
HARLEQUIN
Super Jazmín
Carla Cassidy
Un amor antiguo

Un amor antiguo
Carla Cassidy
4º Los herederos
Un amor antiguo (2003)
Título original: Out of exile (2002)
Serie: 4º Los herederos
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Súper Jazmín 464
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Matthew Delaney y Lilly Winstead

Argumento:

Una mujer por la que valía la pena luchar.

Mathew Delaney llevaba toda la vida loco, por aquella mujer. Había pasado de ser un chico tímido y raro, a convertirse en un hombre duro e implacable; pero sus sentimientos por Lilly Winstead, no habían cambiado.

Ahora ella había regresado a la ciudad y él tendría que volver a reprimir, sus deseos.

Pero tenía otra batalla aún más peligrosa que afrontar: alguien estaba intentando matarla y Mathew iba a hacer todo lo posible, por protegerla.

Porque, aunque él no pudiera tenerla, no iba a permitir que nadie hiciera daño, a la única mujer que había amado en su vida.

Y cuando todo hubiera terminado, ¿podría dejarla marchar y alejarse de ella, de nuevo?

Prólogo

Estaba de pie, su silueta a cubierto por las sombras del granero, contemplando la casa blanca. En aquel momento, solo una luz brillaba en las ventanas de la espaciosa casa, de dos plantas. Matthew Delaney, el mayor de los hijos de la familia Delaney y jefe de aquel rancho, estaría sentado en su estudio, que era lo que llevaba haciendo todas las noches, desde hacía una semana.

Pero al día siguiente, la casa estaría rebosante de luz, porque ella estaría allí. El corazón comenzó a latirle tan deprisa, que temió que fuese a salírsele del pecho.

Lilliana Marie Winstead. Al día siguiente, llegaría. Después del tiempo transcurrido; después de las veces que le habían roto el corazón, a lo largo de la vida, en veinticuatro horas se reuniría con la mujer que era, su alma gemela, su amor…, su vida misma.

Apoyó la espalda contra la pared del granero y cerró los ojos. La imagen de Lilliana se materializó. Aparentaba los dieciséis años que tenía, cuando la conoció, cuando se dio cuenta de que ella era, su destino.

Tenía el pelo largo y oscuro, un lugar en el que hubiera querido ocultarse para siempre; los ojos del mismo azul de las profundidades del mar, un abismo en el que deseó lanzarse, bucear y morir.

Pero antes de que hubiera podido hacerle comprender, que ella le pertenecía, que debían estar juntos, desapareció. Y él se sintió destrozado, hecho pedazos.

Y en los años que siguieron a su desaparición, la había buscado por todas partes, incluso había intentado sustituirla con otras mujeres que se parecían a ella, para, al final, llevarse tremendas desilusiones, ya que solo eran pálidas imitaciones, de la mujer que había nacido para ser suya.

La rabia le ardió en el pecho. Había puesto tantas esperanzas en aquellas dos mujeres, para que luego resultasen ser solo dos zorras estúpidas, que se habían negado a entender cuál era su destino…

Pero ya lo habían entendido. Cada una bajo su lápida, seguro que lo había comprendido todo. Igual que Lilliana terminaría por entender, que solo le pertenecía a él.

Había vuelto a encontrarla, por pura casualidad. Al entrar en un supermercado al que nunca solía ir, la había visto justo delante de él, empujando un carrito.

Tan sorprendido se había quedado, tan absolutamente sobrecogido, que se había marchado de la tienda, sin la carne que había ido a comprar; pero se había quedado sentado en su camioneta, esperando verla salir.

Era el destino, que le daba una segunda oportunidad, una oportunidad que no estaba dispuesto a dejar pasar. Al día siguiente,

llegaría y él iba a estar, esperándola.

Abrió los ojos de nuevo y miró, la casa. Matthew Delaney estaba contratando mano de obra nueva, para el rancho y él iba a ser uno de esos, contratados. Iba a estar allí, para observarla…, para esperar…, para tomarla por fin, para toda la eternidad.

Porque ella no iba a desilusionarlo, como las otras.

Capítulo 1

Diecisiete años. Habían pasado diecisiete años, desde que estuvo en aquel rancho, por última vez. Pero al pasar bajo la portada de madera que anunciaba que, aquella tierra, era el *Rancho Delaney*, sintió como si los años volaran de un plumazo y volviera a ser la adolescente, deseosa de conocer a los nuevos miembros de su familia y de pasar una temporada, en un rancho de verdad.

—Quizá debería haberlos llamado o haberles enviado una carta, para hacerles saber que veníamos.

Lilliana Winstead miró a la mujer que ocupaba, el asiento del copiloto.

—¿No le has dicho a nadie, que venías?

Clara, la tía adoptiva de Lilliana, cambió de postura.

—Iba a hacerlo, pero se me pasó. Pero somos familia, Lilly —añadió, dejando de fruncir el ceño—. Estoy segura, de que seremos bien recibidas.

Eso esperaba. Habían recorrido un largo camino desde Dallas, hasta aquel rancho en Inferno, Arizona; llevaban en el coche, prácticamente dos días.

Lilly volvió a mirar, por el cristal. A lo lejos apareció, la enorme casa blanca de dos plantas, junto con un montón de nuevos edificios auxiliares, y sintió una gran alegría. Algunos de los mejores recuerdos de su juventud, estaban ligados a aquel lugar.

Al acercarse vio dos hombres de pie, junto a la vieja cerca de madera del corral e inmediatamente reconoció, a uno de ellos: era Matthew Delaney.

A pesar de que habían pasado diecisiete años y de que estaba de espaldas, reconoció su figura alta y delgada, culminada por unos hombros anchos y el ángulo característico, con que se colocaba el sombrero de vaquero.

Sintió un enorme placer, por estar de nuevo allí. Algunos de los mejores recuerdos de su juventud, provenían de aquel hombre.

Cuando el coche se acercó, los dos hombres se volvieron y Lilly se alegró de comprobar que, efectivamente, el más alto de los dos era Matthew. Este le dijo algo al vaquero que estaba a su lado, el cual, tras asentir, se encaminó hacia el granero.

Lilly paró el coche, al tiempo que Matthew se les acercaba.

—Lilly… Clara… Qué sorpresa —dijo al verlas bajar del coche, pero no hizo ademán alguno de besarlas o darles un abrazo de bienvenida, sino que se guardó las manos en los bolsillos y las miró con los ojos grises prácticamente ocultos, bajo el ala del sombrero.

—Hemos venido a veros —dijo Clara—. Pensaba haber llamado antes, pero se me olvidó —frunció el ceño—. Últimamente, se me olvidan bastantes cosas.

—Espero no llegar, en mal momento —dijo Lilly.

—Claro que no —contestó él, tras un instante de duda—. Ha pasado mucho tiempo —dijo, mirándola de arriba abajo.

Lilly contuvo el impulso de pasarse la mano por el vestido, de ligero algodón azul, que sin duda debía estar muy arrugado, después de tantas horas en el coche.

—Sí, ha pasado mucho tiempo.

Hubo un momento de incómodo silencio, que le recordó la ocasión en que Clara y ella habían llegado, cuando solo tenía dieciséis años, y Adam Delaney, el padre de Matthew, las había recibido, con la misma falta de entusiasmo.

En aquella ocasión, Lilly se había quedado al lado de su tía, mirando con angustia a los cuatro hijos de la familia, mientras ellos la estudiaban con desconfianza.

—Estaba a punto de entrar, a cenar algo —dijo, sacando por fin las manos de los bolsillos—. ¿Por qué no sacáis el equipaje y os vais acomodando?

Lilly asintió y, cuando su tía se encaminaba ya hacia la casa, abrió el maletero del coche y sacó dos bolsas, entregó una a Matthew y la otra se la quedó ella.

—Está todo muy tranquilo por aquí —comentó, cuando se acercaban ya al porche. Aunque eran poco más de las seis, el sol empezaba a decaer, transformando el cielo azul, en una paleta de colores cálidos.

Esperaba mucha gente. Esperaba niños corriendo entre sus padres; recién casados ajenos a todo y gente de vacaciones, disfrutando de los alrededores.

—Hace una semana, que no tenemos huéspedes —le explicó—. No vendrá nadie, hasta dentro de tres semanas.

Abrió la puerta y las invitó a entrar.

—Vaya. Veo que he llegado, en el momento más oportuno —exclamó Clara, pasando un dedo por uno de los muebles del recibidor, cubierto de polvo.

Matthew se quitó el sombrero y lo colgó, de la percha.

—El ama de llaves, está de vacaciones.

—Entonces, te seré útil —contestó su tía, satisfecha.

Matthew, pareció decidido a protestar; pero, debió cambiar de opinión.

—Si os parece, os acompaño a vuestras habitaciones, para que podáis refrescaros un poco antes de la cena.

A Lilly le gustó descubrir que la habitación, en la que había pasado varias semanas durante tres veranos, estaba tal y como la había dejado. El papel de la pared tenía un aspecto quizá menos brillante, que años atrás y el edredón de la cama estaba, un poco ajado.

La cama era grande y cómoda, y muchas noches las había pasado soñando en ella, con Matthew Delaney. Con una sonrisa, se acercó a la ventana.

La vista, era magnífica. Desde aquella ventana se divisaban los establos y, un poco más allá, los pastos, que debía costar una fortuna mantener, en un clima desértico como aquel.

A través de la pared, oyó a su tía. Estaría deshaciendo el equipaje. No le había gustado que no hubiese llamado a Matthew, para hacerle saber que iban. Eso quería decir que tampoco le había hablado, de su idea de ir a vivir al rancho. Le iba a tocar a ella, decírselo a Matthew.

Matthew. Había sido su sueño de adolescencia. Puesto que los dos tenían la misma edad, le habían encargado a él que la entretuviera, aquellos tres veranos que pasó en el rancho.

A ella le parecía muy guapo, tremendamente fuerte y misterioso, de un modo casi poético, todo lo cual la había llevado a enamorarse perdidamente, de él. Incluso en más de una ocasión, tuvo la sensación de que él sentía lo mismo; pero nunca llegó a haber nada, entre ellos.

Pasar en el rancho un par de semanas, mientras ayudaba a su tía a instalarse, iba a resultar muy agradable. Le vendría bien olvidarse de su diminuto apartamento de Dallas, por unos días, y con un poco de suerte, no pensaría en la tragedia que la había empujado, a tomarse un año de excedencia de su trabajo.

Salió de la habitación y bajó a la cocina. Matthew debía estar allí. Se oía el ruido de cacerolas y sartenes, y se detuvo en la puerta, consciente de que él no se había dado cuenta de su presencia.

Aprovechó la oportunidad para estudiar al hombre, en que se había convertido.

La última vez que se habían visto, tenía casi diecinueve años, y ahora ambos habían cumplido ya treinta y cinco.

A los diecinueve años, era un joven guapo; a los treinta y cinco, resultaba arrebatador. La vida le había dibujado unas cuantas líneas de expresión, en la cara; pero que solo servían para añadirle a su rostro, carácter y fuerza.

Su pelo negro no tenía ni una sola cana, y su cuerpo delgado y fibroso no daba señales, de que el tiempo hubiera pasado por él.

—¿Has bajado a ayudar, o a quedarte ahí mirando?

Lilly sonrió.

—Vaya. Me has pillado. Solo hacía recuento de los estropicios, que el tiempo ha hecho contigo.

Bajó el fuego, sobre el que había puesto una cacerola con judías y la miró. Sus ojos eran tal y como los recordaba: gris claro y con largas pestañas.

—Parece que los años han sido bastante amables, contigo —comentó él, mirándola despacio.

Ella sonrió, intentando olvidar el calor que le recorrió las venas. Era increíble y sorprendente que, después de tantos años, aquellos ojos pudieran afectarla de ese modo.

—Ahora que ya hemos aclarado ese tema, ¿en qué te ayudo?

—Puedes ir poniendo la mesa. Me temo que la cena, no va a ser nada del otro mundo: perritos calientes y judías. No esperaba compañía —comentó, con un tono de censura en la voz.

—Te pido disculpas por eso —contestó, mientras sacaba tres platos del armario y los colocaba, sobre la mesa—. Debería haberme asegurado, de que la tía Clara había hablado contigo. Me lo dijo, cuando llegamos aquí.

Sacó los cubiertos del cajón, preguntándose si no sería aquel un buen momento para mencionar, las intenciones de su tía.

Pero en ese instante, Clara se presentó en la cocina, llenando el aire de alegre charla.

Aunque ella llevaba años sin ir por allí, sabía que su tía había estado en el rancho siete meses atrás, cuando su hermano Adam, el padre de Matthew, había fallecido. También sabía que, aunque de modo esporádico, había mantenido contacto por carta con la hermana de Matthew, Johnna.

La cena resultó un tanto extraña, y Lilly tuvo la impresión de que, a Matthew, no le había hecho mucha gracia su inesperada llegada. Aunque se había mostrado cortés en todo momento, parecía la suya una cortesía ofrecida a regañadientes. Las sombras de sus ojos, que una vez le habían parecido fascinantes, se le antojaron más pronunciadas, más significativas, y se preguntó qué habría sido de su vida en aquellos años, para haber acentuado tanto aquellas sombras.

No era asunto suyo, se recordó; pero lo que la hacía sentirse algo incómoda era que había visto aquellas mismas sombras, en otros ojos, no hacía mucho tiempo. Y

esas sombras habían sido preludio de una tragedia, de proporciones incalculables.

Y en ese preciso instante, Lilly se había acercado demasiado, había permitido que sus defensas se relajasen, y el resultado final había sido, devastador.

No volvería a permitir, que alguien se acercase tanto. Lo único que quería de Matthew Delaney era la certeza de que la tía Clara, la mujer a la que Lilly quería más que a nadie en el mundo, iba a tener un hogar allí. Luego ella volvería a su vida, con el recuerdo de un joven que había sido bueno con ella, cuando más lo necesitaba.

Lilliana. Lilly.

Matthew empuñó la horca y dispuso una cama de paja fresca, en una de las cuadras. La última persona en el mundo a la que esperaba ver era, a Lilliana Winstead. Llevaba años sin pensar en ella, aunque

había habido un tiempo en el que apenas era capaz de pensar, en otra cosa.

Aunque la relación con su tía Clara, nunca había sido nada del otro mundo, el verano de sus dieciséis años había traído a su hija adoptiva, Lilliana, para que la conocieran.

Aquellas visitas anuales, que duraron tres veranos consecutivos, eran al mismo tiempo deseadas y temidas por Matthew, sobre quien siempre recala la tarea de entretener a Lilly.

Pasar horas con la preciosa Lilly era un placer desconocido para él, hasta aquel momento. No solo lo atraía de ella su belleza, sino su risa contagiosa, el brillo de sus ojos y una insaciable curiosidad, que lo tenía absolutamente hechizado.

—Que se lo pase bien y que no se meta en líos —le dijo su padre, el día que llegaron por primera vez—. Haz que me sienta orgulloso de ti, o te arrepentirás.

Matthew apartó el recuerdo de aquellas palabras, pero no había modo de dejar de lado la rabia que habían suscitado, en él. Una rabia que siempre había ido unida a su familia, que siempre había estado presente, latente bajo la superficie.

Terminó de extender la paja intentando no sentirse culpable, por lo pronto que se había levantado de la mesa al acabar de cenar. Su tía había dicho que ella se encargaría de recoger y fregar, de modo que él había aprovechado la oportunidad para huir a los establos.

Ver de nuevo a Lilly había despertado en su interior, un montón de emociones y necesitaba un tiempo a solas, para ponerlas todas en su debida perspectiva.

Estaba deseando que llegasen aquellos días, en los que el rancho se quedaba vacío de clientes. Ni quejas, ni comentarios; solo paz y tranquilidad. Necesitaba tiempo para discernir adónde se dirigían, su rancho y él.

Pero en aquellos veranos en los que Lilly y Clara iban a verlos, había siempre de todo, menos paz y tranquilidad.

—Hola.

Lilly había aparecido en la puerta de la cuadra, en la que estaba trabajando y la melodiosa voz interrumpió, sus pensamientos.

—Siento molestarte, Matthew, pero necesito hablar contigo.

Era obvio que se había duchado y cambiado de ropa, antes de ir a buscarlo. El vestido azul había desaparecido, y llevaba una camiseta azul y unos pantalones cortos… muy cortos.

—¿De qué?

Apoyó la horca en la pared de la cuadra y salió. Al pasar junto a ella detectó un aroma limpio y a flores, un olor que despertaba lejanos recuerdos. Debía llevar aquel mismo perfume, desde hacía años.

—De tía Clara.

Matthew, frunció el ceño.

—¿Qué le pasa?

Lilly se apoyó en la pared de la cuadra. Los pantalones cortos dejaban al descubierto unas fantásticas piernas, que antes habían quedado ocultas bajo el vestido largo. Tenían el mismo aspecto sedoso y fuerte, que años atrás.

—No sé muy bien, cómo decírtelo.

Matthew admitió irritado que, a pesar de los años transcurridos, y a pesar de las palizas que había tenido que soportar por su culpa, seguía despertando deseo en él.

—Dilo sin rodeos —contestó—. Antes no tenías problemas, para decir las cosas.

Los ojos de Lilly, del color del aciano, se abrieron un poco más, ante la brusquedad de su tono.

—Lo ha perdido todo: la casa, los ahorros, sus bienes… Hizo unas inversiones equivocadas y…

—Y ¿ha venido aquí para impugnar, el testamento de mi padre y heredar el rancho?

—Conozco los términos del testamento de tu padre, y sé que todos tenéis que trabajar aquí durante al menos un año, para poder heredarlo. Y sé también que si alguno de vosotros no cumple esas condiciones, el rancho irá a parar a la tía Clara.

Se acercó a él y puso una mano en su antebrazo, y de pronto Matthew recordó que aquella era una de sus costumbres: le gustaba tocar a la gente, con la que hablaba.

—Ella no quiere el rancho, Matthew. Lo único que quiere es tener un hogar aquí, con el resto de su familia.

¿Qué familia? Los Delaney nunca habían sido una familia, sino cuatro niños atrapados en la vida, bajo las órdenes de un dictador brutal. Cuatro mocosos aislados, por el miedo y la desconfianza. Pero él no hablaba, de esas cosas. Nunca, lo había hecho.

—¿Por qué no se va a vivir, contigo? —le preguntó—. Quiero decir… —se apresuró a añadir, al darse cuenta de lo frío que parecía— tú estás mucho más unida a ella, que mis hermanos.

Lilly asintió.

—Ya se lo he ofrecido. Incluso le he dicho que nos trasladaríamos, a un apartamento más grande; pero ella dice, que quiere estar aquí.

Matthew contuvo un suspiro, de resignación.

—Entonces, me imagino que se quedará.

Lilly sonrió y él sintió que, el calor de esa sonrisa que le había iluminado el rostro, llegaba hasta la boca de su estómago.

—Gracias, Matthew. Por encima de todo, quiero que sea feliz.

—¿Pensaste que iba a rechazarla?

—La verdad es que, no sabía qué esperar —contestó, tocándose el

pelo—. No hemos mantenido el contacto, y no estaba segura de cómo ibas a reaccionar.

Tenía razón. Habían pasado muchos años, desde la última vez que habían hablado, y ella no podía tener ni idea, de la clase de hombre que era, y viceversa.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —le preguntó—. ¿No han empezado aún las clases, en Dallas?

Tenía entendido, que era asesora en un instituto.

—Sí, pero me he tomado un año de excedencia —contestó, apartando la mirada.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

Ella, se encogió de hombros.

—Necesitaba, un descanso.

Se acercó a otra de las cuadras y acarició a la yegua, estabulada allí.

Matthew la observó. Tenía la impresión de que había mucho más, pero evidentemente, no era asunto suyo. Ella no era, asunto suyo.

Aunque tenía que admitir que estaba tan guapa, como lo era a los dieciséis…, incluso más. Seguía estando delgada, pero con curvas en los lugares adecuados. No llevaba el pelo tan largo como antes, pero aun así seguía enmarcando su rostro en negro brillante, un contraste perfecto, para sus ojos azules.

—No te has casado.

Ella se volvió.

—Tú tampoco.

—Cierto. Y no pienso hacerlo. Me gusta vivir, a mi aire. ¿Y tú?

Lilly volvió a acariciar, a la yegua.

—Me siento cómoda sola. Nunca he sentido la necesidad, de casarme. Creo que hay algunas personas, que no estamos hechas para la vida en pareja —sonrió—. Y no soy lesbiana.

Él parpadeó, sorprendido.

—No se me había ocurrido, esa posibilidad.

—Te sorprendería saber la cantidad de hombres que, al saber que tengo treinta y cinco años y que estoy soltera, dan por sentado que debo ser homosexual, o que tengo alguna disfunción. A veces me pone, muy nerviosa.

Matthew sonrió. Nunca había tenido problemas para hablar de sus sentimientos, algo que siempre había admirado en ella.

—¿Cuánto tiempo has pensado quedarte? —insistió, cuando salían ya del establo.

—Una semana, quizás dos si te parece bien. Me gustaría ayudar a la tía Clara, a instalarse —dijo con aquella sonrisa contagiosa, que él recordaba tan bien—. Pero no te preocupes, Matthew, que ahora ya no soy una niña y no espero que te ocupes de mí. Soy perfectamente capaz, de entretenerme sola.

Los dos se detuvieron cuando la puerta del establo se abrió y entró, Jacob Tilley.

—¡Jacob! —exclamó. Hacía por lo menos seis meses, que no lo veía. Desde que habían enviado a prisión, a su padre.

—Siento interrumpir, Matthew —dijo Jacob—. Uno de tus hombres me ha dicho que estabas aquí y quería preguntarte, si tendrías un momento para hablar conmigo.

Matthew se volvió a Lilly.

—Jacob, te presento a Lilliana Winstead.

—Sí, ya me acuerdo —contestó, ofreciéndole la mano—. Solías venir, en verano.

—Sí. Y tú venías con tu padre, cuando él pasaba a ver a Adam —estrechó su mano—. Os dejo —dijo, y salió.

—Preciosa, ¿eh? —comentó Jacob, un instante después.

—No está mal. ¿Qué puedo hacer por tí, Jacob?

—Tengo entendido, que el rancho va bien —dijo quitándose el sombrero—. Que vas a tenerlo todo ocupado, durante la Navidad.

—No vamos mal —contestó Matthew con paciencia, esperando el momento en que abordare la razón, por la que se había presentado allí.

Jacob pasó el peso, de una pierna a la otra.

—Esta ciudad puede ser muy dura…, casi implacable.

—¿Has venido en nombre de tu padre? —le preguntó.

Siete meses antes, Walter Tilley era todavía el albacea del testamento de su padre y el abogado, de la familia. Luego se había descubierto que estaba realizando operaciones ilegales, utilizando el rancho como tapadera y que era responsable de la muerte de una joven, que trabajaba en él.

—No. He venido en mi propio nombre… y en el de mi familia —por primera vez, Jacob lo miró a los ojos—. Tengo entendido, que vas a contratar personal.

—Siempre lo hago, en esta época del año. Mañana empiezo, con las entrevistas.

—Temía que si intentaba concertar una, me rechazases —contestó —. Y claro, no te culparía si lo hicieras. Lo que mi padre te ha hecho a ti y al rancho, es inexcusable.

—Yo nunca te he culpado, de los actos de tu padre.

Y que Dios lo ayudara, si alguien llegaba a juzgarlo a él, por las acciones del suyo.

—Entonces, dame trabajo, Matthew —le pidió, sin poder ocultar un punto de desesperación, en la voz—. No consigo que nadie me lo dé, en esta ciudad. Todo el mundo sabe lo que hizo mi padre y, mi mujer…, mis hijos… No puedo darles de comer, si no trabajo.

Los Tilley siempre habían sido muy orgullosos, y Matthew era consciente del esfuerzo que debía haberle supuesto, ir allí.

—Ven mañana al amanecer, y piensa que vas a trabajar más duro, de lo que lo has hecho en tu vida —le dijo. Esperaba no haber cometido, un error.

Jacob, le tendió la mano.

—Gracias. Te prometo, que no lo lamentarás.

Cuando Jacob hubo salido del establo, Matthew se quedó allí un rato más, sentado en una paca de heno. Sus pensamientos volvieron, a la conversación con Lilly.

Era curioso, que no se hubiera casado. Es más, no estaba seguro de conocer a otra mujer, a la que no le interesara casarse. Desde luego, la mayor parte de las mujeres solteras de Inferno, tenían en mente el matrimonio, y nada les gustaría más que echarle el lazo, al último de los Delaney disponible.

Pero su deseo de permanecer soltero, era mucho más que un capricho. Jamás se casaría, porque temía ser el hijo de su padre. Y como hijo de su padre, tenía miedo de enamorarse de una persona y luego ser capaz, de hacerle daño.

Mejor no amar, que repetir los pecados de su padre.

Capítulo 2

Lilly salió del establo y fue a ver a la tía Clara, que ya se había retirado a su cuarto. Luego se preparó un vaso de té frío y volvió a salir, para sentarse en la mecedora del porche.

El sol había desaparecido ya y el púrpura del atardecer empezaba a apagarse, a medida que iban saliendo las estrellas, casi como por arte de magia.

Vio a Jacob Tilley salir del establo y subirse en su camioneta, y se despidió de él con un gesto de la mano, cuando pasó frente a ella.

Esperaba que Matthew no tardase en salir, pero cuando fueron pasando los minutos y no lo vio aparecer, dejó de esperar y se dedicó a contemplar el cielo. Desde su apartamento en el centro de Dallas, no se veían las estrellas; pero allí parecían tan grandes y tan cercanas, como si se pudieran alcanzar con la mano.

Respiró hondo. Se sentía más relajada de lo que lo había estado, en los últimos seis meses. El ritmo frenético de Dallas y el estrés diario de su trabajo, parecían tan lejos en aquel momento…

Un par de semanas allí y estaría preparada, para volver y afrontar su vida… y su fracaso. Respiró hondo de nuevo, para rechazar una profunda oleada de tristeza.

Se obligó a no pensar en el trabajo, y el lugar de aquellos pensamientos lo ocupó, Matthew. Cuando era un muchacho la tenía fascinada, algo que ella atribuía a las hormonas descontroladas de la adolescencia, y le sorprendió descubrir que parte de esa fascinación, seguía viva.

Nada más llegar y verlo, había sentido que el pulso se le aceleraba. Nostalgia.

Seguro que se trataba, de eso. La nostalgia del primer amor, del tiempo que había pasado con un joven guapo… El despertar sexual, entre dos adolescentes.

Oyó unos pasos. El objeto de sus pensamientos se acercaba y los pasos crujían, sobre la grava del camino.

—¿Todo va bien? —le preguntó, al ver que venía frunciendo el ceño.

—Eso espero —contestó, sentándose junto a ella—. Acabo de contratar, a Jacob Tilley y espero no haber cometido, un error.

—¿Por qué iba a ser un error?

—El padre de Jacob, Walter, era el abogado de nuestra familia, desde mucho antes de que mi padre falleciera, y ahora está en la cárcel, acusado de traficar con inmigrantes ilegales, utilizando nuestro rancho como tapadera, y de asesinar a una joven, que trabajaba aquí. Incluso estuvo a punto de asesinar, a mi hermano Mark y a April, su mujer, cuando lo descubrieron.

Lilly lo miraba, boquiabierta.

—¿No habías oído hablar, de esto?

—No, nada de nada. De todas formas, la mayor parte de la información que recibo sobre el rancho y sobre lo que está ocurriendo con tu familia, proviene de la tía Clara y de las cartas que ella recibe a su vez, de Johnna. Además, entre que tu hermana no escribe muy a menudo y que me da la impresión de que a la tía Clara se le olvida, la mitad de lo que le cuenta…

—Así me he enterado yo también, de lo que ha sido de tu vida en estos últimos años —contestó él—. Johnna me contaba lo que a su vez le escribía, Clara.

Lilly sonrió.

—Debían ser unas cartas, bastante aburridas —tomó un sorbo de té y dejó el vaso, en el suelo—. Cuando venía aquí de visita, me parecía que tu vida era la más emocionante, que se podía desear.

—¿En serio? —preguntó, con incredulidad—. Si hubieras estado aquí más tiempo, te habrías dado cuenta de lo poco emocionante que puede ser la vida, en un rancho. Y lo dura. Incluso puede llegar a ser brutal —añadió, con cierta dureza en el tono.

Se aclaró la garganta, se levantó y se acercó a la barandilla del porche. Durante unos minutos permaneció en silencio, como refugiado en la oscuridad, un silencio que no invitaba a entrar.

Lilly, con la mirada clavada en su espalda, se preguntó si saldría con alguien, si habría una mujer especial en su vida. Lo recordaba como una persona a la que le costaba mucho trabajo abrirse, hablar de sí mismo. En los veranos que habían compartido, se esforzó por atravesar las barreras que había erigido a su alrededor, para protegerse de los demás. Y en las ocasiones en que lo conseguía, la victoria le sabía muy dulce.

Pero ya no tenían ni dieciséis ni diecisiete años, y no tenía derecho a irrumpir en sus pensamientos; sus sentimientos o su vida.

—Dices que Clara quiere venirse a vivir aquí, permanentemente —dijo él al fin, rompiendo el silencio—. Tengo que advertirte que no está claro que este lugar siga, tal y como lo conoces.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Se levantó de la mecedora y se acercó a él, pero Matthew siguió mirando a lo lejos.

—Una compañía inmobiliaria me ha hecho una oferta, por el rancho. Quieren comprarlo, cuando ya sea oficialmente nuestro.

—¿No estarás pensando en vender? —contestó, poniendo una mano en su brazo, y cuando él se volvió, sus ojos eran tan oscuros, como la noche que los rodeaba.

—Para serte sincero, aún no sé qué pensar.

—¿Qué dice, el resto de la familia?

Matthew se separó unos pasos de ella y se pasó la mano, por el pelo.

—Aún no les he hablado, de la oferta. Mañana por la noche los voy a reunir a todos, para que lo discutamos. Simplemente quería que supieras que, lo del rancho, no es eterno.

Lilly no supo qué contestar. Le sorprendía enormemente que uno de los herederos de la familia Delaney, se estuviera tan siquiera planteando la posibilidad de vender sus raíces, su herencia.

Cuánto le gustaría a ella tener unas raíces así…, un lugar al que considerar su hogar, que llevase años siéndolo.

Volvieron a quedar, en silencio. Ella intentaba escapar a aquel olor, que era tan de Matthew; una agradable combinación de espacios abiertos, cuero, heno y colonia.

Sentía también el calor de su cuerpo, como si el sol lo hubiese estado calentando todo el día y su piel aún retuviera, ese calor, y, de pronto recordó lo mucho que, hace años, deseaba besarlo.

Hubo un tiempo en el que pensaba que podía morir, si él la besaba, que un único beso de sus labios tendría el poder de desintegrarla, de pura felicidad.

En aquellas visitas de verano, habían explorado juntos todos los rincones del rancho, y habían ido juntos al cine y a tomar un helado. Incluso habían bailado en las fiestas del Cuatro de Julio, y habían flirteado como lo hacían los adolescentes, que empiezan a descubrir el poder y la fuerza de su propia sexualidad, pero nunca habían llegado, a besarse.

Volvió a su mecedora sonriéndose para sus adentros al pensar que, con treinta y cinco años, aún pudiera estarse preguntándose, cómo besaba Matthew Delaney.

—¿Te he dicho que mañana por la mañana llegará una furgoneta, con las cosas de tía Clara? —le preguntó, de pronto.

—No —suspiró, y ella deseó que la noche no estuviera tan oscura, para poder ver su rostro.

—No es que sea mucho. Unas cuantas cajas con ropa y chucherías, su mecedora favorita y unos cuantos muebles más. La semana pasada vendió, casi todas sus cosas.

Él se volvió, a mirarla.

—Mañana por la mañana tengo entrevistas concertadas, para seleccionar a la gente a la que tengo que contratar. Que lo dejen todo en el salón y ya me ocuparé de ello, por la tarde. Y ahora, si me disculpas, me voy a dormir.

No esperó a que contestara, sino que abrió la puerta y entró en la casa.

—Buenas noches, Matthew —dijo ella con suavidad, algo desilusionada por su abrupta marcha.

Siempre había presentido que, Matthew, era un hombre con una

personalidad poco común, una sensibilidad que intentaba esconder, y tuvo la misma intuición, en aquel momento.

Movió despacio la cabeza. Quizá ella también debía irse, a dormir. Había conducido desde Dallas y estaba cansada, y al parecer, ese mismo cansancio le estaba metiendo en la cabeza unas ideas de lo más extraño, sobre el chico que había conocido una vez…, un chico que era ya un hombre, al que no conocía en absoluto.

Se levantó de la silla y estiró con fuerza los brazos hacia arriba, para liberar la espalda; pero, de pronto, tuvo la extraña sensación de que alguien la estaba observando, y esa sensación, le erizó el vello de la nuca. Bajó despacio los brazos y miró a su alrededor. No se veía a nadie, aunque la oscuridad de la noche, sobre todo en torno al establo y al granero, era impenetrable.

Debía ser el cansancio, se dijo, y tras un último vistazo, entró y subió las escaleras.

El camión de la mudanza llegó, poco después de las diez de la mañana.

Matthew les estaba enseñando el rancho a dos de los nuevos contratados, y estaban de pie junto a la cerca del corral, cuando llegó la camioneta.

—Da mucho trabajo mantener en condiciones, un lugar como este —estaba diciendo, intentando concentrarse en aquel par de hombres y no en Lilly, que acababa de salir a la puerta, para recibir a los empleados de la mudanza.

Habría sido mucho más fácil mantenerse concentrado, si Lilly no llevase otro par de pantalones cortos, condenadamente cortos.

—Espero de mis trabajadores que siempre estén dispuestos a dar, el cien por cien —continuó. Con aquella camiseta amarilla, parecía un rayo de sol—. ¿Alguna pregunta?

—Sí. ¿Es su esposa? —le preguntó el más joven de los dos, señalando a Lilly con el pulgar.

—No. Es una invitada del rancho, y una de las principales reglas del trabajo aquí es, que está prohibido confraternizar con los huéspedes. Espero de vosotros que seáis amables y serviciales con ellos, pero nada más. ¿Alguna otra pregunta?

—Por mi parte, no —contestó Ned Sadville, el mayor de los dos.

Eddie Creighton, se encogió de hombros.

—Díganos, por dónde tenemos que empezar.

—Hay un par de cuadras en el establo, a las que hay que cambiarles la paja y ponerles, una cama nueva. Empezad por ahí, y cuando hayáis terminado, venid a buscarme.

Los vio alejarse hacia los establos. Durante un par de días harían cualquier tipo de tarea, hasta que él pudiera valorar su fuerza y su habilidad para destinarlos, a un puesto fijo en el rancho.

El siguiente problema que tenía que afrontar era Lilly y Clara, y desde luego, no estaba de humor para ello.

Había dormido fatal, despertándose cada dos por tres por pesadillas que no había tenido, desde hacía años. Sabía que la presencia de Lilly era responsable en parte, del retorno de aquellas pesadillas recurrentes y tan conocidas, para él.

Ella no podía saber el desorbitado precio que había tenido que pagar, por aquellos días sin preocupaciones que habían pasado juntos, hacía tanto tiempo. Y si de él dependía, nunca llegaría a saberlo.

Pero una noche reviviendo lo peor de su pasado, le había dejado con un torbellino de emociones en el pecho, y sabía que lo que mejor sería interponer cierta distancia y tener un poco de tiempo, para ponerlo todo en orden.

Con aquel pensamiento en la cabeza, en lugar de ir a casa, se dirigió también a los establos. En cuestión de minutos, ensilló a Thunder, su yegua, y salió a montar a galope tendido, como si los mismísimos perros del infierno, lo persiguieran.

Pero no eran los perros del infierno, sino los recuerdos de su padre. ¡Maldito Adam Delaney! Maldito fuera por no tener alma, por asustar y marcar a sus hijos a fuerza de abusos mentales y físicos.

Hundió los talones en los flancos de Thunder y el animal respondió a su señal, volando como el viento, hasta que Matthew decidió que ya era hora de volver, con el fuego que llevaba en el vientre, algo más controlado.

De vuelta a casa, vio uno de los postes de la cerca a punto de caer. Tenía que decírselo a Luke, su hermano menor. Era él quien se ocupaba de mantener en condiciones la cerca del rancho, además de realizar todo el trabajo de carpintería que pudiera surgir.

Si llegaban a vender el rancho, Luke podría arreglárselas perfectamente bien.

Era un hábil artesano con la madera y podría ganarse la vida. Johnna, su hermana, tampoco tendría problemas. Estaba casada con el pastor de la iglesia metodista local, era abogada y su despacho marchaba, viento en popa. Sobrevivirían perfectamente, sin la soga del rancho familiar al cuello.

Era su hermano Mark, quien le preocupaba. No solo tenía su casa en la propiedad, sino que su mujer estaba esperando un niño. La vida de su hermano era, su trabajo con los caballos en el rancho. A eso se había dedicado desde siempre… y era lo que más le gustaba hacer. Si vendían el rancho, Mark no solo perdería su medio de vida, sino también su casa.

Él no sabía, qué quería hacer. A veces pensaba que si tenía que permanecer allí un solo día más, se volvería loco; pero, otras, era incapaz de imaginarse a sí mismo haciendo otra cosa que no fuera,

llevar el rancho.

Había estado montando casi una hora y el ejercicio físico había conseguido borrar, la ira provocada por las pesadillas y los recuerdos. Al llegar de vuelta al establo, eran casi las doce y el furgón de la mudanza se había marchado ya. Le quitó los arreos a Thunder, la cepilló y entró en la casa.

Encontró a Lilly y a Clara en el salón, rodeadas de cajas, cajones y el resto de posesiones de su tía.

—¿Ha llegado todo bien?

Clara sonrió.

—Sí. Han hecho un buen trabajo. Creo que no hay un solo arañazo —su sonrisa se volvió algo embarazosa—. Supongo que Lilly ya te habrá dicho, que soy un desastre de vieja y que lo he perdido, casi todo.

Lilly pasó un brazo, por sus hombros.

—Ni eres un desastre, ni eres vieja. Simplemente una persona de la que, unos desaprensivos, se han aprovechado.

—Es una tontería lamentarse, de lo que ya es inevitable —dijo Matthew—.

Ahora lo que tenemos que decidir es, dónde te gustaría más vivir.

Clara lo miró, sin comprender.

—Yo había pensado quedarme, en la habitación de siempre.

—Si lo prefieres, puedes instalarte en alguna de las cabañas. Así podrías tener todas tus cosas contigo y tu propio espacio. Sería, tu propia casita.

Era la solución perfecta. Podría vivir sin tener que pagar alquiler, en una de las cabañas y Matthew podría seguir disfrutando, de su intimidad.

—Sería maravilloso, hijo —exclamó Clara, aplaudiendo entusiasmada—. Yo te pagaría el alquiler, por supuesto. Me dan una pequeña pensión, todos los meses.

—No es necesario. Eres de la familia, y la familia, no paga alquiler.

A pesar de la deslumbrante sonrisa de su tía, sus propias palabras se le quedaron atascadas, en la garganta.

—Me gustaría ver la cabaña, antes de que se instalara en ella —dijo Lilly.

—Bien. Puedo enseñártela ahora mismo, si quieres.

—Yo mientras, acabaré de preparar la comida y comeremos, cuando volváis —

dijo Clara.

Y antes de que pudieran contestar, se metió en la cocina.

—¿Nos vamos? —preguntó Matthew.

Lilly asintió y salieron juntos.

—Las cabañas de los huéspedes, están allí —le indicó, señalando

una fila de coquetas casas de madera—. Pero prefiero que se instale, en una de las cabañas de los trabajadores, que están más cerca —con el rabillo del ojo vio, que Lilly parecía preocupada—. ¿Es que tienes miedo, de que la meta en un cobertizo?

La sonrisa de ella tenía un brillo, de culpabilidad.

—Sé que no es tu intención, pero a veces los hombres no sois demasiado puntillosos, en cuanto al espacio en el que vivís, y yo quiero que Clara sea feliz y esté cómoda. Me siento fatal por no haberme enterado antes, de lo que le estaba pasando.

No sabía que se estaba metiendo, en ese lío.

—¿Qué es lo que ha pasado, exactamente?

Las casas en las que vivían los trabajadores, aparecieron ante ellos. Aunque no eran tan coquetas como las de los huéspedes, estaban recién pintadas y tenían buen aspecto.

—Conoció a alguien que la convenció de que invirtiera, en una sociedad fraudulenta. Era un artista del engaño, y la convenció además para que hipotecara su casa y exprimiera, sus tarjetas de crédito. Cuando me enteré de lo que estaba pasando, acudí a la policía, pero, evidentemente, el tipo había desaparecido ya, llevándose todo su dinero. Aún no han dado, con él.

Matthew señaló la tercera casa y subieron, al porche.

—¿Ves, como no es un cobertizo?

Ella, se echó a reír.

—Perdona por ser tan escéptica, pero como te he dicho antes, quiero ver que la tía Clara esté en un sitio en condiciones, donde se sienta feliz. ¿Podemos entrar?

Él asintió y abrió la puerta. Era obvio que Lilly adoraba, a la tía Clara. Nunca le había oído hablar, de sus verdaderos padres.

Lo que su padre les había contado años antes era, que Clara había adoptado a una «condenada cría», cuyos padres habían muerto en un accidente de tráfico. Adam no solo se había mostrado escéptico sobre el estado mental de su hermana, sino que había reprobado su acción. No entendía por qué alguien podía tomar, conscientemente, la decisión, de hacerse cargo de una adolescente.

—Es pequeña, pero está muy bien —dijo Lilly, contemplando el pequeño salón, con cocina incorporada. El mobiliario era sencillo: un sofá, una silla color arena y una pequeña mesa.

Tras una puerta encontró, un pequeño cuarto de baño, y la de al lado daba al dormitorio, amueblado con una cómoda y una cama de matrimonio. Fue a mirar por la ventana y Matthew, la siguió.

—La vista no es gran cosa —murmuró, casi más para sí misma que para él.

—Pero el precio, es justo.

Se volvió a mirarlo con una de aquellas sonrisas, capaces de

iluminar toda una habitación.

—Sí, desde luego, el precio es justo, y sé que será feliz aquí —se acercó a él y tomó su mano—. Gracias, Matthew, por pensar en esto. Aquí va a tener, lo mejor de los dos mundos: intimidad, la dignidad de vivir sola y a ti lo bastante cerca, por si necesita ayuda. Ha sido un gesto maravilloso, por tu parte.

Nada de maravilloso. Lo había hecho por puro egoísmo, para no tener que aguantarla a todas horas.

Pero eso no podía admitirlo delante de Lilly, y mucho menos teniendo su mano entre las de él, rodeado por su olor. No podía admitir que la mujer a la que ella adoraba, a él no le hacía demasiada gracia.

Soltó la mano, incómodo por el contacto y por tanta proximidad.

—Será mejor, que nos vayamos a comer.

—¿Cuándo podemos instalarla? —le preguntó, cuando emprendían ya el camino hacia la casa grande—. Me gustaría dejarla acomodada, antes de marcharme.

—Por mí, podemos trasladar sus cosas mañana por la tarde. Lo único que hace falta, creo yo, es darle una mano de pintura a la casa, y puedo decirle a un par de hombres que se pongan con ello —al llegar a la puerta, vieron a Eddie y a Ned, que se acercaban a ellos—. Es más, se lo voy a decir ahora mismo.

—Estábamos buscándolo, jefe —dijo Eddie—. Hemos terminado con las cuadras.

—Lilly, te presento a Eddie Creighton y a Ned Sayville. Van a trabajar en el rancho. Han empezado esta mañana —explicó Matthew.

—Hola. Me alegro de conoceros —les dijo ella, y reparó en una cadena de oro que colgaba del cuello de Ned—. Qué bonita cruz —le dijo. Era bastante gruesa y con las hojas de una parra labradas en el oro y trepando, en los maderos de la cruz.

Ned la tocó con la mano.

—Gracias. Me la regaló mi madre, hace años.

Eddie frunció el ceño.

—A mí, todo lo que me compra mi madre es ropa interior, dos tallas más pequeña de la cuenta.

Todos se echaron a reír y Matthew les explicó después, que Clara se iba a quedar a vivir en la cabaña de atrás, dónde se guardaba la pintura y qué tenían que hacer.

—¿No podríamos también quitar la silla y ponerle, su mecedora? —preguntó Lilly.

Matthew asintió.

—Pasad la silla, a la cabaña dos.

Los dos hombres se despidieron y se alejaron.

—Parecen agradables —comentó Lilly.

—Son buena gente —contestó Matthew, entrando en la casa—.

Ninguno de los dos tiene mucha experiencia en un rancho, pero ambos parecen con ganas de aprender.

—¿Y Jacob? ¿Se ha presentado, por fin?

—Al amanecer. Lo he enviado al viejo granero. Vamos a renovarlo. Hemos pensado transformarlo, en una especie de edificio social. Mark ha estado limpiándolo.

—Mucho personal y muchas renovaciones para tener dudas, sobre si se va a vender —comentó Lilly.

—Ah, justo a tiempo —los saludó Clara, desde la cocina—. Acabo de ponerlo todo, en la mesa.

—No tienes por qué tomarte, tanto trabajo —protestó Matthew, cuando se sentaron—. No es responsabilidad tuya, ocuparte de las comidas.

—Pero quiero hacerlo —contestó, dándole una palmada en el hombro—. Si no hago nada por mi familia, ¿para qué sirvo entonces?

Matthew no contestó. Si quería hacer algo por su familia, debería haberlo hecho años antes. Debería haber hecho algo para salvarlos, a sus hermanos y a él, de su padre.

Cualquier cosa que pretendiera hacer por ellos, en aquel momento, era ya demasiado tarde. Y nunca podría perdonarla, por ello.

Capítulo 3

Matthew había desaparecido nada más terminar de comer, porque tenía cosas que hacer y la tarde se extendía ociosa, ante Lilly. En un principio pensó en ir tras él, como había hecho tantos años atrás; pero algo en su expresión, le impidió hacerlo.

—Ya sabía yo, que las cosas iban a salir bien aquí —dijo la tía Clara, mientras recogían la mesa—. Y es estupendo tener una casita, para mí sola.

—Además es muy acogedora. Pequeña, pero acogedora.

—No me importa que sea pequeña. Para una persona sola… —llenó el fregadero de agua jabonosa—. Cuando vengas a verme, puedes dormir en el sofá o aquí, donde quieras. Porque vendrás a verme a menudo, ¿verdad?

Lilly sonrió.

—Por supuesto. Cuando vuelva al trabajo, tendré vacaciones en Navidad, en primavera y todo el verano.

La tía Clara asintió satisfecha y metió los platos, en el fregadero.

—Lo que sí que estaría bien de verdad sería, que te vinieras a vivir a Inferno.

Aquí también hay colegios, y estoy segura de que estarían encantados de poder contratar a una consejera, tan competente como tú.

Lilly se echó a reír.

—Paso a paso, tía. Por ahora, mi preocupación principal es que tú estés bien instalada.

—No puedo creer que ese hombre me liara, para hipotecar mi casa y darle todo el dinero —comentó, al tiempo que le daba un vaso fregado para aclarar—. Era un joven tan agradable… —se secó las manos en un paño y se sentó, junto a la mesa—.

Bueno, supongo que el refrán de «más vale malo conocido, que bueno por conocer», ha resultado ser cierto.

Cerró los ojos y se quedó callada, un momento.

Lilly se secó también las manos y se agachó, a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

De pronto parecía haberse quedado, muy pálida.

—Sí, estoy bien. Solo un pequeño mareo. ¿De qué estábamos hablando?

—Pues de que me parece que necesitas, que te hagan un chequeo —contestó Lilly, preocupada.

—Tonterías. Estoy perfectamente. Debe ser que, a veces, me muevo demasiado deprisa, o algo así.

Las dos volvieron al fregadero y terminaron de recoger, mientras charlaban.

Una vez concluida la tarea, Lilly le preguntó si le apetecía dar un

paseo; pero Clara dijo que prefería echarse una siesta para estar descansada, con vistas a la reunión de la familia, que era aquella noche.

—Qué ganas tengo, de verlos a todos. ¿Sabías que Mark tiene un hijo adoptivo, de nueve años, y que Luke tiene un niño y una niña? Qué maravilla. ¿Vas a estar en la reunión?

—Pues no lo sé. Saludaré a todo el mundo, pero no creo que sea buena idea que yo…

—Bah, tonterías —dijo, y puso ambas manos en las mejillas de Lilly, un gesto que le era tan familiar, como el latido de su corazón—. Puede que tu apellido sea Winstead, pero, en el corazón, eres tan Delaney como yo. Y deberías estar.

Lilly sonrió y depositó un beso, en cada mano.

—Ya veremos. Ahora me voy a dar un paseo. ¿Seguro que no quieres venir?

—No. Que disfrutes del sol.

El sol. De eso había a raudales, en Inferno. Aunque estaban en el mes de octubre, el sol brillaba con fuerza y la temperatura era, muy cálida. Sin un destino en mente, echó a andar hacia el viejo granero que Matthew le había dicho, que estaban renovando.

Los dos solían pasar mucho tiempo allí dentro, cuando eran adolescentes.

Entonces, el granero estaba en uso. En la parte de arriba se almacenaban, las pacas de paja y en la de abajo, la maquinaria y el grano.

Los dos se subían a la parte de arriba y, echados cómodamente sobre la paja, charlaban. Bueno, la verdad es que era ella, la que hablaba.

Era curioso que, entonces, nunca llegasen a hablar ni de las circunstancias en que ella había sido adoptada, ni de la familia de él. Era como si los dos hubiesen firmado un acuerdo, por el que hablar de sus respectivos padres o de su historia familiar, quedase excluido.

La hierba le rozaba las piernas al andar y el calor que sentía sobre los hombros, era muy agradable. Aunque la mayor parte del rancho Delaney era desértico, había belleza en el paisaje que la rodeaba.

En el horizonte, a su derecha, veía hierba verde y árboles altos que sabía eran regados, por un riachuelo cercano. Matthew y ella lo habían cruzado, muchas veces.

Aún recordaba su aspecto, con los vaqueros remangados y el pecho desnudo, tan moreno y musculoso.

Movió la cabeza, ante aquellos recuerdos. Desde luego, aquel muchacho había despertado en su corazón unos deseos intensos y maravillosos, pero lo que más la inquietaba era el hecho de que, el adulto, parecía despertar aquellos mismos sentimientos.

El granero quedaba ya a la vista. Envejecido y con la madera gris, por el paso del tiempo, no se parecía nada al que ella recordaba. Lo mismo que Matthew, ya no era el joven de sus recuerdos.

Al acercarse vio a Mark, el hermano de Matthew, y a Jacob Tilley cargados con madera vieja, que iban a depositar en la parte trasera de una camioneta.

—Lilly —la saludó Mark, quitándose el sombrero y acercándose a ella, con una cálida sonrisa—. Matthew me ha dicho esta mañana que. la tía Clara y tú. habéis venido de visita.

—Sí, yo estoy de visita, pero la tía Clara tiene pensado quedarse —contestó—.

Tengo entendido. que hay que darte la enhorabuena, ¿no? No solo te has casado y tienes un hijo adoptivo. sino que hay otro en camino. Me alegro por ti, Mark, de verdad.

Su rostro se iluminó. con una sonrisa.

—Sí, es increíble, ¿verdad? Yo creía que ninguno de nosotros iba a casarse, ni a tener familia, y resulta que es, todo lo contrario.

—Excepto Matthew.

La sonrisa de Mark, se volvió triste.

—Sí, excepto Matthew. Creo que quizá se siente más seguro, solo.

Ella habría querido hacerle más preguntas, saber exactamente a qué se refería, pero en aquel momento Jacob llegó junto a ellos para preguntarle a Mark, qué tenía que hacer con lo que quedaba en el granero.

—Siento tener que dejarte. Lilly, pero es que mañana, a primera hora, nos llega un cargamento de madera y necesitamos terminar de limpiar, hoy —se disculpó Mark.

—No te preocupes por mí, que no quiero molestar. Solo me estaba dando un paseo, para estirar las piernas.

—¿Estarás en la reunión esta noche?

Ella, se encogió de hombros.

—Seguramente.

—Me alegro de volver a verte —dijo Jacob, y él y Mark volvieron al granero.

Lilly volvió hacia la casa. «Matthew se siente más seguro solo.» Una declaración interesante. ¿A qué se referiría, exactamente?

Antes de volver a la casa principal, Lily se detuvo en la casita para ver qué tal iban con la pintura. Ned y Eddie estaban trabajando en el salón y ambos la recibieron, con una sonrisa.

—Tendremos este sitio en perfectas condiciones para su tía, antes de esta noche

—dijo Ned.

—Ya hemos terminado, con el dormitorio —añadió Eddie.

—Os lo agradezco. Ha quedado estupendo. ¿Vivís los dos, en el

rancho?

—Yo no —dijo Ned—. Tengo alquilada una casa pequeña, en la ciudad. Me gusta separar el trabajo, de la vida privada.

—Y yo tengo alquilado un viejo cobertizo que han renovado, en el rancho de los Watson —dijo Eddie.

Estaba interrumpiéndoles el trabajo, así que se despidió y volvió a la casa. Entró en la cocina, se sirvió un vaso de té frío y volvió, a la sombra del porche.

«Matthew se siente más seguro solo.»

De nuevo las palabras de Mark, le dieron vueltas en la cabeza. Y no era que le resultara incomprensible. Por supuesto, no entendía qué clase de barreras debía tener en su interior, pero desde luego comprendía la elección de vivir solo, para mantenerse emocionalmente intacto. ¿No era eso lo mismo, que había hecho ella?

Sí, había mantenido relaciones con hombres en el pasado; pero cuando se acercaban demasiado, cuando temía quedar expuesta y vulnerable, se alejaba. Jamás volvería a ponerse en una situación en la que, alguien importante para ella, pudiera darle la espalda.

Era más seguro estar solo, sí.

Desde el dormitorio principal del piso de abajo, Matthew oyó la llegada de su familia, para la reunión.

El ruido de sus risas, la buena relación que había surgido entre sus hermanos y cuñados, en los últimos meses, subrayaba un aislamiento del que Matthew no había sido consciente, hasta aquel momento.

Se miró en el espejo frunciendo el ceño, mientras la risa y la charla entraban en su dormitorio, a través de la puerta cerrada.

Habían encontrado aquella camaradería, porque todos estaban recién casados, disfrutaban de la bendición, de la vida familiar. Y eso estaba bien para ellos, pero era un club, al que no pensaba unirse.

Por un instante, al mirarse al espejo, creyó ver el rostro de su padre en el azogue. Cerró los ojos y se obligó a sonreír, una expresión que su padre raras veces tenía. El fantasma desapareció y con un gruñido de satisfacción, salió de su habitación.

La familia se había reunido en el salón, sorteando con éxito la carrera de obstáculos en que se había convertido, con las cosas de la tía Clara.

Luke y su mujer, Abby, estaban sentados en el sofá; Johnna y su marido, Jerrod, se hallaban a su lado. Mark y April ocupaban el sofá pequeño, y Lilly y Clara se habían instalado, en los sillones de orejas.

Lilly estaba hermosa como un cuadro, sentada en aquel sillón tapizado en color burdeos. Se había hecho algo distinto en el pelo; se lo había recogido en una especie de moño bajo, que dejaba al descubierto la curva de su cuello.

Llevaba un vestido ligero, de algodón color rosa. La falda era corta

y le dejaba al descubierto, las piernas. Calzaba unas sandalias blancas y se había pintado las uñas, de un femenino color rosa.

Le sonrió al verlo entrar y su sonrisa contenía el calor, de un día de verano. Pero él no quería encontrarla atractiva; no quería sentir el tirón del deseo, por ella.

El grupo guardó silencio cuando él se volvió hacia ellos, de pie, apoyado en la chimenea.

—¿Dónde están los niños? —preguntó, refiriéndose a Brian, Jason y Jessica.

—Están fuera jugando con Brian —respondió Mark, padre del muchacho.

—Son un encanto los tres —dijo Clara—. Y hay otro en camino —añadió, sonriendo a April, que se llevó la mano al vientre—. Cuánta felicidad hay, en esta familia.

Matthew frunció, el ceño.

—Empecemos. He convocado esta reunión, porque tenemos que tratar un asunto.

—Bueno, ya nos imaginábamos que no era, porque quisieras vernos —replicó Johnna.

—Johnna, por favor, no empieces —intervino Mark.

—No empiezo nada.

—¿Hay algo de lo que queráis hablar, antes de que os cuente la razón, por la que he convocado la reunión? —preguntó Matthew, sin hacerle caso a su hermana, que siempre parecía disfrutar pinchándolo.

—A mí me gustaría, exponer algo —dijo April. Era una muchacha preciosa, rubia de ojos verdes, que había capturado el corazón de Mark siete meses antes, cuando había llegado a trabajar al rancho, como responsable de actividades para los huéspedes—. Me gustaría organizar una fiesta, para Halloween.

—Pero si no tenemos huéspedes, en Halloween —contestó Matthew —. No empezarán a llegar, hasta el dos de noviembre.

—No quiero organizarla para los huéspedes, sino para los trabajadores. Me gustaría hacer un baile de disfraces, con dulces para los niños, juegos y esas cosas.

Creo que sería bueno, para la moral.

—No estamos aquí, para subirle la moral a nadie, sino para sacar adelante un rancho —le espetó, e incluso a él mismo le pareció, que había sonado inflexible y cortante.

—Pues a mí me parece, una idea maravillosa —intervino Johnna—. Matthew,

¿por qué no te relajas un poco? Las cosas no han sido fáciles aquí últimamente, y los trabajadores contentos, son más productivos.

Varias voces más se unieron, al entusiasmo por la fiesta.

—Está bien —capituló—. Si todos queréis tener fiesta, la tendremos.

Pero tú te ocupas de todo, que yo tengo muchas otras cosas que hacer.

—Bueno, y ¿de qué querías hablarnos? —preguntó Mark.

—El otro día me llamó Dale Maxwell, el presidente de Maxwell Development, una empresa con sede en Phoenix. Nos ha hecho una oferta para comprar el rancho, una vez se hayan cumplido los términos del testamento y sea oficialmente, nuestro.

Mark se incorporó, en su asiento.

—Supongo que le dirías, que se fuese con viento fresco.

—Le dije que tenía que hablar de ello, con todos vosotros.

—He oído hablar, de esa empresa —dijo Luke—. Construyen edificios, en régimen de multipropiedad.

—La oferta, era bastante generosa —dijo Matthew, y les dio la cifra.

—Cuando nos enteramos de los términos del testamento de papá, yo fui la primera en quejarme por tener que trabajar de nuevo, para el rancho de la familia —

dijo Johnna—. Pero ahora, después de haber pasado siete meses trabajando aquí, no estoy segura, de querer vender.

—Estoy de acuerdo —dijo Luke.

Matthew sintió una opresión en el pecho. No se había dado cuenta hasta aquel momento de que, en el fondo, esperaba que todos dijeran que sí a la venta.

—Pero si vendemos, podemos empezar una nueva vida donde queramos, con ese dinero.

Y podrían dejar de fingir, que eran una familia de verdad.

—¿Puedo decir algo? —intervino Clara, con una sonrisa—. Sé que no tengo derecho a votar, ni nada por el estilo; pero me daría mucha pena ver, que vendéis estas tierras. Mis padres se instalaron aquí antes que vosotros, y sus padres antes que ellos. Esto no es solo un rancho, sino vuestras raíces, vuestra herencia, y vuestro padre derramó aquí sangre, sudor y lágrimas, para hacer de ello algo grande.

Y ¿qué sabía ella, de su padre?, se preguntó Matthew, irritado. No habían sido ni las lágrimas ni la sangre de Adam Delaney, lo que había levantado aquel lugar, sino la sangre y las lágrimas de sus hijos, a quienes él había utilizado, como mano de obra esclava.

—Personalmente, no tengo intención de vender —dijo Mark, mirando a Matthew—. Cuando llegue el momento, si tú no quieres quedarte, te compraré tu parte, de un modo u otro.

—Lo tendré en cuenta —dijo Matthew, conteniendo la ira que siempre le producía pensar, en su padre—. Eso era todo, lo que tenía que comunicaros.

Se acercó al bar y se sirvió una copa de coñac, poniendo así fin a su intervención. El resto, comenzó a charlar entre sí.

—¿Puedo? —preguntó Lilly, acercándose a él.

—Por supuesto —contestó Matthew, y le sirvió otra copa,

intentando no pensar en el perfume floral, que siempre la acompañaba.

—¿Podría hablar un momento a solas contigo, cuando se hayan marchado todos? —le preguntó.

—Sí, claro —contestó él, aunque no podía imaginarse de qué podía tener que hablar, con él.

Ella tomó un sorbo de coñac y volvió junto a Clara.

Matthew no había aparecido por la casa, en toda la tarde. Necesitaba estar alejado de ella. Había estado trabajando en los pastos, arreglando la cerca y gastando un montón enorme de energía, en un esfuerzo por agotar las emociones que no lo dejaban vivir, desde que ella había llegado.

Devolvió su atención, a la familia. Las cosas estaban cambiando…, habían cambiado ya. La muerte de su padre y los términos de su testamento, habían transformado a sus herederos.

Mark, que siempre había sido el más calladlo, como si pretendiera ser invisible, se sentaba ahora erguido en su silla, como con una nueva sensación de identidad y orgullo.

Luke, que siempre había estado a punto de traspasar la línea del alcoholismo, afrontaba sobrio la vida junto a su esposa y sus hijos.

Y estaba Johnna, que a él siempre le había parecido la más fuerte de todos. Se las había arreglado para ir a la universidad y luego había vuelto a Inferno, para montar su despacho profesional. Lo único que la había empujado a pasar más tiempo en el rancho, eran los términos del testamento de su padre.

Todos habían sobrevivido, a una infancia infernal y eran adultos llenos de vida, lo cual no dejaba de ser una incógnita, sobre el espíritu humano.

Lo que lo irritaba sobremanera era el hecho de que sus espíritus, parecían haber salido bien parados de la dura prueba mientras que, el suyo, todavía estaba atrapado en el dolor.

Estaba frente a la ventana del salón, contemplando la escena que se desarrollaba dentro. El aire de la noche era cálido, pero no podía competir con el calor que sentía en su interior, al ver a Lilly.

Preciosa. Sorprendente. Estaba tan guapa, como cuando tenía dieciséis años.

Incluso mejor. Y sabía que si aquella ventana estuviera abierta, podría percibir su olor…, un perfume que llevaba en su memoria, desde hacía años.

La sangre le hervía en las venas, llenándolo de fuerza y determinación. Lilly iba a ser suya. Lo sabía, en el fondo del corazón. Tenía esa certeza, en el alma.

Aquella misma tarde había estado tan cerca de él, que podría haberla tocado.

Sabía cómo iba a ser su piel. Había soñado con tocarla, montones de

veces.

Y mientras intercambiaban unas palabras aquella tarde, había percibido algo secreto en sus ojos.

Ella también sabía, que iban a estar juntos. No era necesario decirlo. Los dos, lo sabían.

En aquel momento, vio que Matthew le servía una copa, y algo en el modo en que la miró al entregarle el vaso, lo incomodó. Por un instante creyó ver brillar deseo, en sus ojos.

—No vas a tenerla —susurró—. Es, mía.

La reunión comenzó a dispersarse, en aquel momento y se alejó rápidamente de la ventana, para subir en su camioneta y marcharse de allí. El destino le había dado una segunda oportunidad, de tener a Lilly, y no iba a permitir que, Matthew Delaney, se la arrebatara.

Capítulo 4

Lilly había seguido la conversación entre los hermanos, con interés. Ella no había podido disfrutar del placer de tener hermanos y siempre había albergado una imagen romántica, de lo que podía ser… y, desde luego, los Delaney no encajaban en esa visión.

Se dirigían los unos a los otros con cierta tirantez, pero en ninguno, aquella rigidez era tan acusada, como en Matthew.

Sin embargo, no era de eso de lo que quería hablar con él. No era asunto, de ella.

Salió al porche a despedirlos a todos, y al ver a cada pareja subir a su coche, sintió un extraño vacío. Todos se iban a sus respectivas casas y quizás hicieran el amor, o se pasarían la noche abrazados, charlando sobre lo ocurrido aquel día, ofreciéndose amor y apoyo.

El atardecer era el momento del día en el que, a veces, dudaba de su decisión de permanecer soltera. Le resultaba difícil enfrentarse al final del día, sola.

Se apoyó en la barandilla del porche. ¿Serían conscientes de lo afortunados que eran? ¿Se daban cuenta de lo valiente que había que ser, para abrirse por completo a otra persona y confiar en que ese otro ser, nunca pretendiera hacerte daño ni abandonarte?

Con un suspiro, contempló las estrellas que empezaban a aparecer en el cielo.

Su soledad le pesaba, más de lo normal.

—¿Querías hablar conmigo?

La voz de Matthew la sobresaltó y dio un respingo. Acababa de aparecer en la puerta y se acercó, a ella.

—Sí.

Estaba más guapo que nunca, con aquellos pantalones negros de vestir y la camisa blanca, de algodón. Se acababa de peinar y parecía más un ejecutivo, que un ranchero.

—¿Por qué no nos vamos, a la cocina? —sugirió él—. Acabo de poner, un café.

—De acuerdo.

Entraron en la cocina, iluminada solo por la pequeña luz de encima del fregadero.

Matthew no encendió el fluorescente del techo, sino que fue directamente a la cafetera y sirvió, una taza.

—No sé cómo, lo tomas —le dijo.

Ella sonrió.

—No me extraña. Hace diecisiete años, no tomaba café. Solo, por favor.

Los dos se sentaron a la mesa y él la miró, con expectación.

—Gracias por haberme dejado asistir, a vuestra reunión. Ha sido bastante interesante —empezó.

—¿Interesante? Desde luego, no es la palabra que yo utilizaría para definir, nuestros escasos encuentros —tomó un sorbo de su taza—. ¿De qué querías hablar, conmigo?

—Quería saber si conocerías a un buen médico, por aquí cerca. Me gustaría que a la tía Clara le hicieran un reconocimiento, antes de que yo me marche.

—¿Está enferma?

—No. Lo que pasa es que se ha mareado, en un par de ocasiones y me gustaría que se hiciera, una revisión.

—Johnny Howerton, es el médico del pueblo. Mañana por la mañana, te daré su número.

Y se recostó en su silla; más relajado de lo que lo había estado, en toda la tarde.

—Estupendo. Gracias —ella tomó un sorbo, de café—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si te contestara que no, ¿me la harías? —respondió con una breve sonrisa, que por primera vez permitió a Lilly vislumbrar al joven, con el que tanto había disfrutado en aquellos veranos.

—Seguramente sí —contestó ella sonriendo, y puso ambas manos alrededor de la taza—. ¿Por qué quieres vender, tu parte del rancho?

Él clavó la mirada, en su propia taza.

—Ya te he dicho, que aún no he tomado ninguna decisión.

—Pero ¿por qué estás dispuesto tan siquiera, a considerarlo? Es un lugar tan hermoso… Además, aquí están tus raíces, tu pasado. Recuerdo que cuando eras más joven, hablabas de este lugar como si tuviera vida propia, o como si formase parte de tí.

Él guardó silencio un momento, con el ceño fruncido.

—¿Y a ti qué más te da, si vendo o si no? —le preguntó, con cierta impaciencia.

—Desde luego, a mí me da lo mismo. Era pura curiosidad —dudó un momento, pero luego continuó—. Y también he sentido curiosidad por saber, por qué todos parecéis tan enfadados los unos con los otros.

—No sé de qué me hablas —replicó—. Nadie está, enfadado.

Sus palabras decían una cosa, pero en su mirada había otra muy distinta.

No sabía hasta qué punto podía seguir preguntando, o por qué le parecía importante saber más de aquel hombre, de su estado de ánimo o de la razón por la que sus ojos parecían estar, sumidos en sombras; pero decidió seguir, aunque en un tono más ligero.

—Bueno…, y ¿de qué te vas a disfrazar en Halloween?

—No pienso asistir.

—¿Por qué no? Yo creo, que puede ser divertido. Ojalá estuviera aquí, para entonces.

Las sombras se aclararon, un poco.

—¿Y por qué no puedes estar? Has dicho que estás de excedencia. ¿Por qué tanta prisa, por volver a Dallas?

—Pues no lo sé, la verdad —confesó—. Supongo que por volver, a mi vida de siempre.

—Y ¿cómo es esa vida? —sus ojos eran ya aquellas dos estrellas, que ella recordaba, de las que se desprendía un calor y un brillo, lleno de buen humor—.

¿Sigue siendo tan maravillosa, como lo era antes? ¿Has alcanzado todas esas metas, que tenías?

Ella, se echó a reír.

—La verdad es que estaba totalmente convencida, de todo lo que iba a conseguir, ¿verdad?

Él sonrió, de medio lado.

—Bueno, cuéntame: ¿qué clase de vida lleva, Lilliana Winstead en Dallas?

—Pues una vida, bastante tranquila —dijo, y tomó otro sorbo de café para concentrarse en la conversación, en lugar de en el hombre—. Paso la semana en el colegio, trabajando como consejera, y por las tardes, siempre tengo reuniones a las que asistir. Trabajo con varios clubes, de estudiantes.

—¿Y los fines de semana?

Ella, se encogió de hombros.

—Los sábados por la mañana, suelo levantarme tarde y voy a comer a un restaurante, que hay cerca de mi apartamento. Luego, si hace buen tiempo, me gusta ir a dar un paseo al parque. Por la noche, suelo reunirme con un grupo de amigos, y bien vamos al teatro, bien jugamos a las cartas… O simplemente, charlamos.

Dios del cielo… Dicho así, en voz alta, su vida parecía una pena. Él señaló su taza ya casi vacía, pero ella contestó que no, con la cabeza.

Matthew, se sirvió otra taza.

—¿Sales con hombres? —le preguntó, aún de espaldas a ella.

Lilly esperó, a que se diera la vuelta.

—Pues no mucho. Cuando andaba por los veinticinco, era cuando más salía; como la mayoría de solteros, de esa edad.

—Pero no has encontrado, al hombre perfecto.

Seguía de pie, junto al fregadero.

—La verdad es que no estoy segura, de haberlo buscado —se levantó, aclaró la taza en el fregadero y la dejó, en el escurridor—. Desde muy joven tuve la intuición, de que viviría sola. Me parecía lo mejor, para mí.

Al menos así se lo había parecido, hasta aquella noche, en la que había visto salir a los hermanos de Matthew y sus respectivas parejas.

Perdida en aquella idea, tardó un instante en darse cuenta, de que él la miraba fijamente.

—¿Qué?

De nuevo apareció en el rostro de Matthew, un esbozo de sonrisa.

—Recuerdo una conversación que mantuvimos en el granero, en la que me dijiste que tú solo saldrías con hombres mayores y sofisticados, que te invitasen a cenar y te trataran del modo, que tú querías.

Ella, se echó a reír.

—Palabras de una joven inmadura, que pretendía impresionar, a un determinado vaquero.

—¿Ah, sí? —dejó su taza, en la encimera y se acercó a ella—. Y ¿por qué ibas a querer impresionarme?

—Vamos, Matthew. No seas obtuso —lo reprendió, sintiendo que de pronto el pulso se le había acelerado—. Tenías que saber que estaba enamorada de ti, hasta las cejas.

Pero él, no lo sabía. Al ver la sorpresa en su cara, se dio cuenta de que no tenía ni idea, mientras que ella había temblado simplemente de sentirlo cerca, ocasiones en las que la boca se le quedaba seca y no podía hablar.

—Yo lo que más temía era, ser transparente en ese sentido —añadió ella, con una sonrisa.

—O tú, no eras tan transparente, o yo era, verdaderamente idiota —contestó él

—. Y lo curioso es que yo también andaba, medio enamorado de ti.

Sería una estupidez, pero después de aquella inocente confesión, el corazón de Lilly dio un vuelco.

—¿Ah, sí? —ella suspiró teatralmente y se apoyó, en el frigorífico —. Qué pena, tantas hormonas adolescentes malgastadas, porque yo no fui lo bastante transparente y tú fuiste tan idiota como para no darte cuenta, de lo mucho que deseaba que me besaras.

Él apoyó una mano, en la puerta superior del frigorífico y se acercó tanto que ella vio los hilos de plata, que iluminaban el iris de sus ojos.

—Aunque hubiera sabido que querías que te besara, seguramente no lo habría hecho —contestó, en voz baja.

—¿Por qué no?

El corazón se le había disparado y su olor la embriagaba, una mezcla de olor a limpio y un toque de colonia. Se sentía como si de nuevo tuviera diecisiete años y anduviera desesperada, por uno de sus besos.

—Porque mi padre, me habría matado.

—Pero tu padre, ya no está aquí —tardó un momento, en decirle.

Apenas fue un susurro, seguido de un silencio. Se sentía, un poco tonta. Era como si lo hubiera desafiado a besarla, en aquel momento.

Se separó de la nevera e iba a echar a andar, cuando él la besó.

Durante sus estancias de verano en el rancho, había soñado con besarlo, pero nada en aquellos sueños infantiles la había preparado,

para la intensidad, el hambre y la pasión, de aquel beso de Matthew.

Tomó posesión de su boca, al mismo tiempo que apretaba su cuerpo contra el de ella y contra, el frigorífico.

No hubo dudas en aquel beso, ni en la unión de sus cuerpos, pecho contra pecho; pero el contacto terminó ahí y ella tuvo que controlar el deseo de empujar hacia delante las caderas, para sentirlo todavía más.

Perdida en aquel contacto con su cuerpo, con su lengua, sintió vagamente una energía que emanaba de él y que conseguía controlar a duras penas, y deseó poder abrir las puertas, darle rienda suelta y que le hiciera el amor.

La necesidad creció en su interior, una necesidad demasiado intensa como para contenerla, si es que hubiera querido hacerlo. Alzó los brazos con la intención de abrazarlo, pero en aquel instante, él interrumpió el beso y dio un paso hacia atrás.

—Bueno, ya hemos satisfecho nuestra curiosidad —dijo, con una expresión totalmente indescifrable—. Buenas noches, Lilly.

Y sin una palabra más, la dejó sola en la cocina.

Lilly se quedó allí, y aún tardó un momento en darse cuenta, del frío de la puerta en la que se apoyaba. Tenía la sensación de que, si se separaba, las piernas no la sujetarían.

Dios, lo que aquel hombre había conseguido, tan solo con un beso… Si hubiera llegado a tocarla de algún otro modo, se habría derretido.

Si la hubiera besado de aquel modo en el granero, habrían terminado haciendo el amor, sin duda. Le habría sido imposible, decirle que no.

Se apartó del frigorífico, apagó la cafetera y salió de la cocina. Era un hombre complicado, se dijo, mientras subía a su dormitorio. Definitivamente, Matthew Delaney era un hombre, muy complicado.

«Hemos satisfecho nuestra curiosidad», había dicho, pero se equivocaba. No estaba satisfecha ni mucho menos, y sentía más curiosidad, que nunca.

El beso había sido un error. Un gran error.

A la mañana siguiente, mientras Lilly y él comenzaban a trasladar las cosas de la tía Clara a la casita, Matthew no podía dejar de pensar una y otra vez, en aquel beso; lo mismo que había hecho durante la noche, gran parte de la cual había pasado en vela.

Los labios de Lilly habían resultado ser más suaves, de lo que se imaginaba. Le había sorprendido el calor que retenía en ellos, un calor que le había sofocado todo el cuerpo y que le había resultado tan cautivador, como peligroso.

En aquel momento caminaba delante de él, con una de las cajas de Clara en los brazos. Intentó no reparar en el hipnótico vaivén de sus caderas, ni en sus infernales piernas largas y bien torneadas. Ni en el pelo, que se movía con cada paso.

El calor del beso había sido peligroso, porque le había hecho desear más. Habría querido tomar en sus manos un mechón, de aquel maravilloso pelo. Hubiera querido arrancarle la ropa y perderse en ella. Y eso era muy, pero que muy, peligroso para los dos.

Tenía que concentrarse, en lo que estaba haciendo. Llevaban una hora trasladando cosas, y ya solo les faltaba, la mecedora.

—¡Vaya! —exclamó Lilly tras dejar la caja que llevaba, encima del sofá—. Me alegro de que la tía decidiera trasladarse, después de haber vendido la mayor parte de sus cosas.

Matthew dejó las cajas en el suelo e intentó no fijarse, en el cuerpo de punto azul celeste que llevaba puesto y que era, exactamente, del color de sus ojos.

—Aquí tendrá, todo lo que necesite —contestó—. Y lo que le falte, se lo traeremos.

Ella le dedicó una de aquellas sonrisas, que despertaba algo intenso y al mismo tiempo doloroso, en la boca del estómago.

—Voy, por la mecedora —dijo, pasándose la mano por el pelo—. Tengo muchas otras cosas, que hacer.

Seguramente le habría sorprendido, la brusquedad de su tono. Pues mejor.

Mejor que mantuviera las distancias, con él.

—Bien. Vamos por ella.

Cuando volvieron a la casa e iban ya a llevarse la mecedora, él le dijo:

—Podría pedirle a alguien, que me ayudara a llevarla. Pesa mucho.

—Qué tontería —contestó ella, y para apartarse de la cara un mechón de pelo, se lo colocó tras la oreja en un gesto que, a él, cada vez le resultaba más familiar.

Cuando era joven lo hacía muy a menudo, siempre que andaba organizando sus ideas, o estaba nerviosa o preocupada.

—Entre los dos, la llevaremos sin problemas. ¿Sabías que esta mecedora era, de tu abuela? —le preguntó, cuando salían ya con ella por la puerta—. Esta mecedora es la posesión más preciada, de la tía Clara. Es lo único que conserva, de su madre.

—Al menos, tiene algo.

—¿Tú, no tienes nada?

Matthew sintió, una opresión en el pecho. Raras veces pensaba en su madre, Leah, que había muerto de sobreparto, tras dar a luz a Johnna.

Él tenía cinco años, cuando falleció; lo bastante mayor, para conservar algunos recuerdos de aquella hermosa mujer, de cabello oscuro. Aún recordaba, su olor a lilas. Y aún podía recordarla, con un ojo hinchado, o el labio roto y sanguinolento.

Consciente de que Lilly lo miraba con curiosidad, frunció el ceño.

—No, no conservo nada de ella. El día después de su funeral, mi padre metió todas sus cosas en cajas, y se deshizo de ellas.

Llegaron a la casita, maniobraron en la puerta y dejaron la mecedora, en el suelo. Lilly volvió a apartarse, un mechón de la cara.

—Debía estar sufriendo, mucho.

Le irritó que ella diera por sentados los motivos de su padre, para hacer tal cosa.

—No. No lo hizo por dolor, sino por rabia. Estaba enfadado con ella por haber muerto, dejándole con cuatro mocosos a los que criar.

—No lo dirás en serio —contestó ella, tras una leve pausa.

—Sé que fue así —se acercó a la ventana, perdido sin querer en los recuerdos de aquel horrible día—. Lo recuerdo, como si hubiera ocurrido ayer.

Sintió vagamente el calor de la mano de Lilly, en el hombro. Estaba, a su lado.

—Cuéntamelo —le pidió, con suavidad.

Y de pronto deseó contárselo todo, explotar de una vez.

—Fue uno de los peores días, de mi vida —comenzó, y respiró hondo para tomar fuerzas y retroceder, en el tiempo—. Recuerdo que Johnna estaba en su cuna, en el dormitorio. Era tan pequeña, y lloraba tanto; con la cara tan congestionada y roja, que pensé que iba a morirse también —se apoyó, en el marco de la ventana—.

Mi padre tenía, uno de sus ataques de furia. Estaba sacando del armario las cosas de mi madre, tirándolas al suelo, para luego meterlas en cajas. La maldecía, sin parar.

—Y ¿qué hacías tú, mientras tanto? —le preguntó, con delicadeza.

Él, volvió a respirar hondo.

—Luke, Mark y yo estábamos sentados en el suelo, al lado de la cama. Mi padre nos había dicho que nos sentáramos allí, y siempre obedecíamos.

Lilly no dijo nada. Simplemente tomó su mano y él, cerró los ojos.

—Se deshizo de todo, aquel mismo día: la ropa, los zapatos…, incluso el cepillo del pelo. No quedó nada. Fue como si quisiera pensar, que no había existido nunca, ni para él, ni para nosotros.

La presión del pecho creció, y con ella la ira, que formaba parte de él desde siempre…, una ira que incluso a él, le daba miedo.

Sabía que debía decirle a Lilly, que se marchara, que lo dejara solo. Que aquella rabia era peligrosa…, que él mismo lo era.

Ella soltó su mano y se colocó, entre la ventana y él, obligándolo a mirarla a los ojos, al azul suave de su iris.

—Lo siento mucho, Matthew. Siento que tuvieras que pasar, por algo así —dijo, y puso la palma de la mano, sobre su mejilla. En las tranquilas aguas de sus ojos, el fuego de su ira se adormeció, dejándole solo arrepentimiento por haberle contado aquella experiencia, que

jamás debería haber compartido con nadie.

—No. El que lo siente, soy yo —contestó—. No tenía que haberte hablado, de esto.

Y se separó de ella, porque su contacto le era demasiado grato; demasiado necesario.

—Confía en mí, Matthew, que yo sé bien lo difícil que es perder a los padres, cuando se es joven —por un momento hubo miedo en sus ojos, pero luego se encogió de hombros y sonrió—. Pero los dos, hemos sobrevivido, ¿no?

—¿Sobrevivir? —se guardó las manos, en los bolsillos—. Sí, supongo que eso es, precisamente, lo que hemos hecho.

Lilly lo miró con una franqueza, que le resultó incómoda.

—Y sé de las heridas que pueden quedarte, cuando los pierdes tan joven —

añadió—. Pero lo mejor que se puede hacer es, hablar de ello, reabrir las heridas para que el pus que llevan dentro, pueda salir.

—No me des consejos, Lilly. Guárdatelos para tus alumnos, y créeme si te digo que hay algunas heridas, que es mejor olvidar.

Antes de que pudiera contestar, Luke apareció en la puerta.

—Matthew, tenemos un problema en las casas de huéspedes.

—¿Qué clase de problema?

Qué alivio, aquella interrupción.

Luke, frunció el ceño.

—No sé, cómo explicártelo. Lo mejor es, que vengas y lo veas.

Los tres salieron de la casita y caminaron, hasta la zona de los huéspedes. Luke abrió una puerta y los dejó entrar, primero.

Matthew se quedó boquiabierto y Lilly contuvo la respiración, horrorizada.

Las paredes estaban todas cubiertas de pintadas, obscenidades y extraños símbolos, hechos con pintura roja. Ni una sola pared, había quedado sana. El artista había empleado en ellas todo su vocabulario, de palabras sucias.

—Dios mío… —musitó Lilly—. ¿Quién puede haber hecho, algo así?

—Todas las casas, están igual —dijo Luke—. Ya he llamado, al *sheriff* Broder.

Llegará, en cualquier momento.

Matthew asintió y se frotó, la frente. ¿Quién podía haber hecho tal cosa, y por qué? Como no podía seguir teniendo aquel desastre ante los ojos, salió al porche.

Luke y Lilly lo siguieron, en silencio.

—Vamos a necesitar un milagro para conseguir que, las cabañas, vuelvan a estar en condiciones, en tres semanas —dijo—. Tendré que contratar, más hombres.

—Yo puedo pintar —dijo Lilly.

—No es necesario —espetó.

—Claro que lo es —intervino Luke—. Yo también puedo pintar, lo mismo que Lilly, Abby y Mark. Si lo hacemos entre todos, podemos tenerlo terminado antes de que los huéspedes, empiecen a llegar.

Matthew no dijo nada. Que los Delaney se unieran en algo, sería prácticamente un milagro, y hacía ya mucho tiempo que había renunciado, a los milagros.

Capítulo 5

Acababa de anochecer, cuando Lilly se unió a Matthew, que estaba sentado en el porche delantero, de la casa. No había cenado con ellas, y se había pasado la tarde en la ciudad, comprando la pintura y todo lo necesario, para pintar las paredes de las cabañas.

—No has cenado —le dijo, sentándose a su lado.

—No tenía hambre. ¿Está ya instalada, Clara?

—Sí.

Ella se había pasado la tarde ayudándola, a organizarlo todo y a colocar sus cosas personales, con el fin de que la cabaña pareciera un hogar.

—También he llamado esta tarde, al médico y le he concertado una cita, para la semana que viene.

Matthew asintió.

—Johnny es un buen médico. Si hay motivo de preocupación, te lo dirá.

—Estaba pensando que, puesto que tía Clara está ya en su casa y seguramente comerá y cenará allí, ¿qué te parece si me ocupo yo de cocinar, para nosotros dos aquí?

Él, se encogió de hombros.

—Bien —contestó, sin mirarla.

Ella lo miró atentamente. Su rostro tenía unos rasgos fuertes y rectos, pero algo era distinto en él, aquella noche. Solía emanar de él una intensa energía que, en aquel momento, había desaparecido.

Parecía cansado, roto.

—Tendremos las cabañas listas a tiempo, Matthew —le dijo.

Él suspiró y apoyó los codos, en las piernas. Seguía, sin mirarla.

—Lo sé.

—Ya has oído al *sheriff*. Han debido ser críos que se han pasado de la raya, con una de las trastadas de Halloween.

—Ya, ya sé lo que ha dicho —se recostó en su silla y la miró—. Me has preguntado un par de veces, por qué quiero vender mi parte del rancho y marcharme. Pues es porque a veces pienso, que este lugar está maldito.

—¿Maldito? —repitió, sorprendida.

Él apartó la mirada y sonrió, de medio lado.

—Bah, no me hagas caso. Estoy muy cansado y algo nervioso.

Pero ella tenía la sensación de que había mucho más, detrás de sus palabras.

Matthew no era la clase de hombre que se dejara llevar, por los nervios. También se dio cuenta de que acababa de dejarla fuera, de sus pensamientos. Que lo que pensara o sintiera, no iba a compartirlo.

Con la mirada vagando por el paisaje, ya casi totalmente sumido en las sombras, pensó en un estudiante: Danny.

Danny James era un estudiante de sobresaliente, un muchacho muy agradable de sonrisa dulce, pero oculto siempre, tras un muro.

De vez en cuando, aquel muro caía, y en sus ojos había visto las mismas sombras oscuras, que en los de Matthew.

Danny James era un joven al que solo le faltaba un mes, para graduarse. Danny James era… Mejor olvidarlo. Sabía que removerlo, solo la haría sufrir.

De pronto, quiso ver sonreír a Matthew; quiso ver en sus labios una de aquellas hermosas sonrisas, que solía dedicarle cuando eran jóvenes y la vida parecía, menos complicada.

—He estado pensando en qué clase de disfraz deberías ponerte, para la fiesta de Halloween —dijo.

Él se volvió a mirarla y sus ojos brillaron, como los de un animal nocturno.

—Ya te he dicho, que no voy a asistir.

—Pero si fueras, creo que deberías disfrazarte de lobo…, de lobo solitario.

—¿Así es, como me ves?

—¿No es así, como te ves a ti mismo?

Él emitió, una risa seca.

—¿Lo haces a propósito?

—¿El qué?

—Que todo parezca, algo profundo y psicológico.

—Yo no hago, tal cosa.

—Claro que sí. Incluso lo hacías ya, hace años —contestó, sonriendo —. Te pasabas horas dándole vueltas a las razones, por las que la gente hacía las cosas.

—Debía ser una pesada, ¿no?

—En absoluto. Te apasionabas tanto por encontrar las motivaciones de los demás, que no me sorprendió saber que eras consejera. Lo que sí me sorprendió fue, que te dedicaras a los niños, y no a los adultos.

Ella, se encogió de hombros.

—Me parece que se tienen siempre más posibilidades de salvar a un niño, que a un adulto —de nuevo el rostro de Danny se materializó, ante sus ojos—. ¿Qué te parece mi idea? —cambió de tema.

—¿Qué idea?

—La del disfraz, de lobo.

—Que no voy a ir, a la fiesta.

—Y si no vas a fiestas, ¿qué haces, cuando quieres divertirte?

—¿Divertirme? —repitió, como si aquella palabra fuese ajena a su vocabulario

—. Yo no tengo tiempo, para diversiones.

—Todo el mundo necesita sacar tiempo, para divertirse. Vamos, Matthew, anímate. Estoy segura de que todo el mundo se alegraría

mucho, de que asistieras.

—Está bien —dijo, con irritación—. Se me había olvidado lo persistente que puedes ser, cuando se te mete algo en la cabeza.

—Me hizo falta insistir muchísimo, para que te metieras en el río aquel día que fuimos, por primera vez —contestó, riendo.

—La verdad es, que fue divertido —contestó él.

—Entonces, hagámoslo otra vez… cuando hayamos terminado, con la pintura.

Él la miró un momento en silencio, antes de asentir.

—De acuerdo —de pronto, se levantó—. Y ahora, si no te importa, me voy a dormir. Estos días voy a tener, un montón de trabajo.

Para ella fue una desilusión, que se marchase. Le habría gustado quedarse y charlar un rato más, para intentar conocerlo mejor; pero tenía la sensación de que, por cada pequeña información que le daba sobre sí mismo, se encerraba más en su concha.

Estaba empezando a convertirse en una costumbre, lo de huir de ella. Era como si tuviera miedo, de que pudiera ver demasiado en su interior.

—Y a lo mejor estás dándole, demasiada importancia —murmuró en voz baja, ya que también cabía la posibilidad de que su compañía no le resultara, particularmente agradable.

Al final decidió irse ella también a la cama, y mientras se desnudaba, recordó el beso que habían compartido la noche anterior, y no tuvo más remedio que admitir, que quería repetir la experiencia. Es más: lo que de verdad quería era hacer el amor con él.

Tenía ya treinta y cinco años, y no se hacía ilusiones sobre compromisos o finales felices, y desde luego no esperaría promesas, por parte de Matthew.

Pero lo que quería era verle perder el control, sentir la explosión de la energía que siempre había percibido en él. Tenía la sensación de que hacer el amor con Matthew, sería una experiencia intensa e inolvidable.

Con el camisón ya puesto, se acercó a la ventana y la abrió, para que entrase un poco de aire fresco. Entonces recordó lo que le había dicho la tía Clara, acerca de buscarse un trabajo en Inferno.

En las horas más oscuras de la noche, se había preguntado alguna vez, si sería capaz de volver a su trabajo en Dallas; si sería capaz de sobreponerse al recuerdo de aquel joven, al que no había podido ayudar.

¿Por qué sería que cada vez que pensaba en Danny, terminaba pensando también en Matthew?

Cerró la ventana, se metió en la cama y se quedó dormida, en cuestión de minutos.

A la mañana siguiente, se despertó al amanecer y, tras una ducha

rápida, bajó a la cocina. Al parecer, Matthew ya se había levantado. Había café recién hecho, pero él ya no estaba por allí.

Se tomó una taza y salió, hacia las cabañas. Matthew estaba allí, pintando con un rodillo, y durante un instante se quedó en la puerta, viéndolo trabajar.

—Si me das una brocha, puedo ir ocupándome de los remates —le dijo.

Él se dio la vuelta, de un salto.

—Te has levantado pronto.

—Tú también —sonrió—. Vamos, dame una brocha, que dos avanzan más que uno.

Matthew dejó su rodillo y le buscó la brocha.

—Ya puedes empezar.

Durante unos minutos, trabajaron en silencio.

—Podríamos especular sobre qué clase de persona haría algo así —dijo ella, para romper el silencio.

—¿Es necesario?

Lilly, se echó a reír.

—Bueno, también podemos hablar sobre tu comida favorita; así sabré qué hacer, de cena.

—¿Eres buena cocinera?

—Nunca he matado a nadie, con uno de mis guisos.

Él, se echó a reír.

—Una buena recomendación, desde luego.

Y de ese modo comenzaron a charlar, con la misma facilidad que en aquellos veranos del pasado. Hablaron de política, de los lugares que conocían, de los paisajes que habían visto…

Lilly le habló de los veranos que había pasado trabajando, en un campamento para jóvenes, en el que no solo aconsejaba a los muchachos, sino que también pintaba, cortaba en césped y se ocupaba, de un montón de trabajos más.

Él le habló a su vez de la decisión de su padre, de transformar el rancho ganadero en un centro recreativo de vacaciones, y del trabajo que les había costado, esa transformación.

Y mientras hablaban, Lilly comenzó a tener la sensación de que Matthew se iba relajando. Los ojos le brillaban y no había ya tensión, en las líneas de su rostro.

El único momento en que notó de nuevo tensión en él fue, cuando sus hombros se rozaron accidentalmente. Vio brillar algo en sus ojos, y supo que a él le afectaba tanto como a ella, su proximidad.

Eran poco más de las diez, cuando Johnna y Jerrod llegaron, dispuestos a pintar, a penas con cinco minutos de diferencia, en relación a la llegada de Mark y Abby, la mujer de Luke.

—Le he dicho a April, que se quedara en casa —dijo Mark—.

Estando embarazada, no creo que los vapores de la pintura sean buenos, para ella. Y Luke me ha pedido que te diga, que vendrá más tarde, que tenía cosas que hacer antes.

Matthew asintió.

—Entonces, manos a la obra.

En cuestión de minutos, todo el mundo empuñaba una brocha o un rodillo y, a pesar de las circunstancias que los habían llevado a estar allí reunidos, la atmósfera era festiva.

A las doce, la tía Clara llegó con una bandeja de sándwiches y una jarra de limonada. Hicieron un breve intermedio, para comer y volvieron, al trabajo.

La relación entre los hermanos parecía muy buena, y Lilly volvió a preguntarse por qué Matthew parecía tan aislado, de los demás. Era un lobo solitario, cuando debería pertenecer a la manada.

Un rato después, Luke apareció en la puerta de la cabaña.

—Matthew —lo llamó, con gesto adusto—. Tenemos, otro problema.

—¿Qué pasa ahora?

—Acabo de entrar en el granero viejo, y la mitad de los suministros que nos enviaron ayer, no están.

—¿Cómo que no están? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que no están. Que han desaparecido. Que los han robado. Yo qué sé. La cuestión es, que allí no están.

Matthew se pasó una mano, por la cabeza.

—Pero ¿qué demonios está pasando, aquí? —preguntó, aunque a nadie en particular.

Porque nadie habría podido darle, una respuesta.

Matthew se sentó en una paca de paja, frente al portón del primer piso del granero, desde donde podía verse la casa principal y el resto de edificios, del rancho.

Había pasado casi toda la tarde en la serrería de la ciudad, intentando averiguar qué habían robado y qué era indispensable, pedir de nuevo. Luego había ido a la oficina del *sheriff* y había puesto, otra denuncia.

En un principio podía haber estado de acuerdo con Broder, en lo referente a las pintadas de las cabañas, y atribuirlo a un exceso relacionado con Halloween; pero el robo de los materiales, era harina de otro costal. No podía ser cosa de críos. Pero

¿quién?, ¿quién podía ser responsable, de algo así? Y ¿qué sería lo que pretendería, conseguir?

Respiró hondo y la imagen de Lilly se le materializó, ante los ojos. Había disfrutado de su compañía aquella mañana, mientras pintaban. En aquellos veranos que compartieron, se había mostrado como una acompañante entretenida y encantadora; cualidades que no había

perdido, con los años.

Y de nuevo se encontró pensando, en el beso de la cocina. Había deseado a Lilly con dieciséis años, con diecisiete y con dieciocho. Y le sorprendía, e irritaba en cierta medida, seguir deseándola.

Mejor pensar en otra cosa. En su familia, por ejemplo. Como siempre que se reunían, él se sentía curiosamente solo.

Siempre había llevado a gala ser un hombre solitario, que no necesitaba a nadie; pero ver a sus hermanos relacionarse con aquella facilidad, le había molestado, y, por un instante, había deseado poder bromear con ellos, olvidar el pasado y sentirse unido a ellos, pero no podía… Y verdaderamente, no sabía por qué.

El sonido de los cascos de un caballo sobre la tierra, le hizo incorporarse. Era Lilly.

Montaba, como hacía todo lo demás: poniendo el corazón en ello. Era una de las cualidades, que siempre le había atraído de ella. Parecía volcarse en todas las cosas de la vida, sin miedo y sin reservas.

No podría decir si se alegraba de verla o si le molestaba, que lo hubiera encontrado.

Ya tenía los nervios de punta sin necesidad de que, su presencia, lo alterase aún más.

La vio desmontar y atar al caballo, al lado del suyo.

—¿Matthew? —lo llamó, abriendo la puerta del granero.

Por un momento, él pensó en no contestar.

—Estoy aquí arriba —dijo, al fin.

Un momento después, Lilly aparecía en el primer piso.

—No has venido a cenar —dijo.

Traía el pelo alborotado y las mejillas arreboladas, por el ejercicio.

—Y ¿qué me he perdido?

—Atún sorpresa —contestó, sentándose junto a él en la manta—. La sorpresa es que no sabe para nada, a atún.

Sabía que su única pretensión era, hacerlo sonreír; pero no tenía energía ni tan siquiera, para ese gesto.

—Matthew, ¿estás bien? —le preguntó.

Iba a decirle, que por supuesto que estaba bien; que se había subido allí simplemente para estar solo, pero no lo hizo.

—No lo sé —fue lo que contestó, y volvió a dejar vagar la mirada, a lo lejos.

—¿Has encontrado, alguna respuesta?

—Ninguna, que tenga sentido.

—¿Han robado, mucho material?

—Lo suficiente.

Se tumbó boca arriba y clavó la mirada, en las tablas del techo. Donde un momento antes el único olor era el de la paja, el heno y la piel de los caballos, ahora solo era capaz de percibir, el olor de Lilly.

Su proximidad lo había inquietado, toda la mañana. Vestida con una breve camiseta color coral, que exponía el inicio de sus pechos, y otro par de aquellos pantalones imposiblemente cortos, era la tentación en persona. Y esa tentación, no había disminuido.

Si cerraba los ojos, podía imaginarse a sí mismo y a ella, años atrás. Pasaban muchas horas en aquel granero, intentando solventar los problemas del mundo; pero aun en medio de una conversación seria, él nunca había podido dejar de pensar en lo atractiva que era.

—¿Tienes alguna idea, de quién puede ser el responsable?

Matthew se volvió hacia ella, apoyándose en un codo.

—No tengo, ni idea.

Ella, frunció el ceño.

—¿Y si fuera alguien de la empresa, que quiere comprar el rancho?

—¿Por qué iban a querer causarnos, esa clase de problemas? —preguntó, conteniendo el deseo de tocar su pelo, oscuro y brillante.

—No lo sé. Quizá para conseguir un precio de compra, más bajo.

—Podría ser —contestó, aunque no lo creía así—. O quizá Jacob Tilley quiere hacernos pagar, el que su padre esté en la cárcel.

—¿De verdad crees, que podría ser?

Matthew volvió a tumbarse. Era más fácil concentrarse en la conversación, si no la miraba.

—Quién sabe. A veces tengo la impresión, de que este lugar está maldito.

—Ya dijiste eso, anoche —contestó ella, poniendo una mano en su brazo—.

Maldito ¿por quién? ¿En qué, sentido?

Su mano estaba caliente…, demasiado caliente. ¿Cómo decirle que tenía la sensación de que aquel rancho estaba maldito, por el espíritu de un hombre malvado? ¿Cómo decirle que el espectro de su padre parecía estar, en cada habitación, en cada rincón, y que nunca podría encontrar la felicidad allí, por su presencia?

—Olvídalo —dijo incorporándose, y se preguntó por qué, en aquel momento, todos sus sentimientos parecían estar demasiado cerca, de la superficie.

—Matthew, háblame. Dime lo que estás pensando…, lo que sientes —hubo una pausa—. Pareces estar tan solo…

—Me gusta, estar solo.

—Pues en este momento, no lo estás.

Y se acercó más a él. Durante unos minutos, hubo solo silencio. El sol empezaba a ocultarse ya, pintando el cielo de rosa y naranja.

—Hay una vista preciosa, desde aquí —dijo ella.

—Sí.

—¿No te gustaría tener un hijo o una hija, al que pasarle todo esto? —le preguntó, pero no esperó a que contestara—. Eso es lo único que

lamento, de no haberme casado: no tener hijos.

—Podrías tenerlos, sin casarte. Muchas mujeres, lo hacen.

Ella negó, con la cabeza.

—A mí, no me gustaría. Me parece que soy más conservadora, de lo que pensaba.

Él, frunció el ceño.

—Debería haberme marchado de aquí, hace mucho tiempo y haberme abierto camino, en otra parte.

—Y ¿por qué no lo hiciste?

—Porque tenía, que quedarme. Tenía, que protegerlos.

—¿Protegerlos? —tardó un momento, en contestar—. ¿A tus hermanos, quieres decir? —volvió a poner la mano, en su brazo—. Protegerlos ¿de qué?

Matthew dudó. No sabía si después podría llegar a lamentar, aquella conversación.

—De mi padre, el bastardo más perverso del mundo —se volvió a mirarla, conteniendo la rabia que siempre crecía en su pecho, al hablar o pensar en Adam Delaney—. Tenía que quedarme para asegurarme, de que las cosas iban bien, de que se hacía lo que él quería, para mantenerlo contento y para pedirle a Dios que en una de sus explosiones, no me matara a mí o a alguno de mis hermanos.

Con los ojos abiertos de par en par, Lilly apretó su brazo.

—¿Tu padre… abusaba de vosotros?

—Mi padre era un hijo de perra enfermo, que disfrutaba pegando y atormentando a sus hijos —respiró hondo—. Abusó mental y físicamente de nosotros, todos los días de su vida.

—Oh, Matthew…

Él se volvió a mirarla y contuvo la respiración, al ver la expresión de compasión con que lo miraba.

—Ya no importa —dijo, intentando sonreír—. Forma parte, del pasado.

Ella puso la mano dulcemente, en su mejilla.

—Lo siento muchísimo, Matthew. No tenía ni idea.

Él, se encogió de hombros.

—¿Cómo podías saberlo? El viejo siempre se portaba de maravilla, cuando vosotras estabais aquí.

Le quitó la mano de la mejilla, pero en lugar de soltarla, la retuvo. Tenía unas manos de dedos largos y delgados, con las uñas pintadas, en un suave tono nacarado.

—Las semanas que venías de visita eran, las mejores de mi vida —confesó—.

Sabía que durante esos días, mi padre no me pegaría a mí ni a ninguno de mis hermanos. Durante esas semanas podía fingir que éramos, una familia normal y que teníamos un padre, normal.

Ella apretó su mano y Matthew sintió una tensión, que no tenía nada que ver con su padre. Tenía que separarse de ella, así que se levantó y fue hasta el portón. De no hacerlo, no estaba seguro de lo que podía ocurrir.

—Pero siempre teníamos que pagar las consecuencias, de una semana sin malos tratos —continuó, pasándose una mano por la frente —. El día que Clara y tú os ibais, recibía la mayor paliza del año.

—¿Por qué? —le preguntó, acercándose.

Matthew, se volvió.

—Por lo que fuera. Por ser amable contigo o por no serlo suficiente. Por haberte mirado de cierta manera en la mesa o por no haberlo hecho —se encogió de hombros y miró hacia el horizonte—. Creo que sabía que me gustabas, y quería manchar eso también, destrozarlo. Sabía que me lo pasaba bien contigo, que disfrutaba con tu compañía; así que se aseguraba, de que pagase por ello.

Ella tomó su mano y lo hizo mirarla.

—Ya no está aquí. No vas a volver a pagar, por nada —le susurró, y muy despacio, depositó un beso en sus labios.

Con los sentimientos tan a flor de piel, no tenía defensa contra la ola de calor y deseo que maduró inmediatamente, en su boca.

Era lo que se temía…, lo que deseaba.

Un gemido de placer se le escapó de los labios al abrazarla, para devolverle el beso con un hambre salvaje, que debía llevar años enterrada en él.

Cuando por fin se separó de ella, Lilly se tumbó sobre la manta.

—Hazme el amor, Matthew —le susurró—. Hazme ahora el amor, como deseaste hacérmelo entonces. Nadie va a castigarnos, y te prometo, que no habrá consecuencias.

Como si quisiera romper el hechizo que lo tenía clavado en el sitio, se quitó la camiseta y quedó ante él, solo con el sujetador color visón, que apenas ocultaba sus senos.

Inmediatamente supo, que iba a hacerle el amor y que sería un error; que aunque su padre no estuviera ya para castigarlo, acabaría castigándose él mismo.

Pero en aquel momento, todas las razones por las que no debía hacer aquello, no eran más que ecos distantes, ahogados por el calor abrasador del deseo.

Con un gemido febril, se tumbó junto a ella y la tomó en sus brazos.

Capítulo 6

Cuando Matthew la abrazó sobre la mullida cama de heno, Lilly tuvo la sensación de que aquel momento estaba destinado a llegar, desde hacía mucho tiempo. Fue como si aquellas horas que habían pasado charlando y riendo tanto tiempo atrás no hubieran sido más que un juego previo que, en aquel momento, daba sus frutos.

La confesión que le había hecho sobre su padre, la había dejado atónita. Jamás se habría imaginado lo que los hijos de la familia Delaney habían sufrido, a manos de Adam. El dolor de Matthew había inundado aquel espacio y empapado su corazón, hasta el punto de que lo único que deseaba era hacer lo que fuera, para borrar su sufrimiento.

Pero cualquier pensamiento sobre su padre y los abusos cometidos desaparecieron, cuando Matthew se apoderó de su boca en un beso de intensa pasión y dulce maestría. Era imposible, mientras sus manos le recorrían la espalda y le abrasaba los labios, pensar en otra cosa que no fuera en hacerle el amor.

Matthew se separó de ella solo lo necesario, para sacarse la camiseta por la cabeza y volver a su boca, mientras sus piernas se entrelazaban.

Pasaron momentos sin fin, besándose, lamiéndose, buscando, empezando de nuevo. Había una naturaleza desbordada en su beso, que la embriagaba, y el contacto tan estrecho con su cuerpo la llenó de una necesidad intensa y rica, una necesidad que no había conocido antes.

—Lilliana —murmuró contra su pelo, junto a su oído, mientras le desabrochaba el sujetador.

—Matthew —susurró ella, y fue maravilloso paladear su nombre, en los labios.

Gimió cuando notó, que el sujetador caía al suelo y sintió que sus manos le cubrían, los senos.

Sus pezones respondieron inmediatamente, a las caricias de sus pulgares, palpitando con una dulce intensidad, y lo empujó suavemente, hacia abajo. Quería sentir su boca, en ellos.

Él obedeció, utilizando la punta de la lengua para atormentarlos y hacer crecer su deseo, como espirales de humo.

Tenía las manos muy calientes, casi febriles, una fiebre que ella también estaba sintiendo en su interior, y mientras él le desabrochaba el botón de los pantalones cortos, ella hizo lo mismo con sus vaqueros.

La impaciencia la hacía torpe. Quería sentirlo desnudo, sobre ella. No quería barreras. Y como si él sintiera lo mismo, se levantó y, sin dejar de mirarla a los ojos, se desabrochó los vaqueros y se los quitó. Por un momento Lilly tuvo ante los ojos una imagen de él, vestido solo con calzoncillos azul marino, y su belleza la sorprendió. Pero los calzoncillos desaparecieron enseguida y Matthew se agachó para tirar de la cintura de sus pantalones cortos, con movimientos lentos y

deliberados.

Ella se estremeció, consciente por instinto de que iba a hacerle el amor del modo más concienzudo, más apasionado en que nunca se lo habían hecho. Lo vio en las llamas de sus ojos, lo sintió en el calor casi eléctrico, que impregnaba el aire.

—Eres tan hermosa… —dijo él.

Lilly hubiera querido decirle, que él también era muy hermoso, que tenía unos hombros esculturales que la asombraban, unos músculos abdominales que la excitaban, y una erección que le robaba el aliento. Pero no tuvo oportunidad de decir nada, porque de nuevo se apoderó sin paliativos, de su boca.

Y sin dejar de besarla, le bajó las braguitas de seda, mientras ella levantaba las caderas.

Sintió que llevaba años preparada para aquel contacto, y sus caricias le hicieron alcanzar un placer tan intenso, que la derritió de dentro afuera.

Por un momento se quedó inmóvil, sin aliento por la propia intensidad de aquella sensación. Él se había quedado inmóvil y creyó oír el latido de su corazón, en el granero en silencio. Pero tampoco estaba segura de si era el de él, o el suyo propio.

La miró a los ojos y ella le acarició el miembro erecto, contemplando cómo los ojos se le oscurecían de deseo y sintiendo la tensión que se apoderaba, de sus músculos.

—Eso es, peligroso —le advirtió.

—Lo sé —contestó ella, acariciándolo de nuevo. Su control era ya una línea frágil, y ella quería que saltara, que se rompiera. Quería verlo fuera de control, salvaje, loco de necesidad.

Quería que todas aquellas emociones que había presentido en él, desde que volvió, se liberaran y lo consumieran…, y a ella también.

Y cuando lo acarició por tercera vez, el control se rompió y con una maldición ahogada, apartó su mano, se colocó entre sus piernas y la penetró.

Lilly quedó perdida, para cualquier pensamiento. Su boca volvió a buscarla y cuando la besó, los ojos se le llenaron de lágrimas…, unas lágrimas de placer tan intenso, que creyó que podía morir.

Empezó a moverse sobre ella, despacio al principio, con un ritmo viejo como el mundo, que a Lilly la abrasaba. Y la cadencia fue subiendo, empujada por los dos, cada vez más rápido, en un frenesí de urgencia, aferrados el uno al otro mientras, fuera, el atardecer se apagaba y llenaba de sombras, el granero.

La sensación siguió creciendo y creciendo, hasta picos jamás alcanzados, y de pronto se encontró allí, cayendo por el precipicio, oyéndole a él musitar su nombre.

Los minutos pasaban y seguían inmóviles, sus cuerpos unidos aún.

Su respiración fue calmándose y el latido de Lilly recuperó, el ritmo normal.

Aun así, no se separó de él. Quería seguir en sus brazos, para siempre. Quería permanecer allí, durante toda la noche y ver el amanecer, entre ellos.

—Deberíamos haber hecho esto, hace años —dijo Lilly, rompiendo el silencio.

—No —contestó él, enredándose un mechón de su pelo en un dedo —. Éramos demasiado jóvenes, para haber sido capaces de manejarlo. Habría complicado mucho, las cosas.

Su expresión quedaba oculta por la oscuridad, que había empezado a adueñarse del granero.

—Puede que tengas razón, aunque entonces yo me creía lo suficientemente madura, para enfrentarme a cualquier cosa.

—Signo indiscutible de que eras, demasiado inmadura —contestó él, sonriendo.

—¿Por qué nunca me hablaste, de tu padre? —le preguntó, e inmediatamente se dio cuenta, de que había cometido un error.

Matthew se incorporó y se pasó una mano, por el pelo.

—Porque tú no podías hacer nada, al respecto.

—Podría habérselo dicho a Clara —contestó, levantándose también.

—Se está haciendo de noche —dijo él, y se metió con rapidez los vaqueros—. Tienes que volver a casa.

Lilly se puso el sujetador. Cuánto lamentaba, haber roto el momento.

—¿Y tú? ¿Es que no vienes?

—Iré, más tarde.

—Te espero.

—No —le espetó, pasándole los pantalones cortos—. Esto ha sido un error, Lilly. Lo habría sido hace años y ahora lo es, todavía más.

Sus palabras le causaron un daño tan grande, que se sorprendió. No quería que menospreciara lo que acababan de compartir, y menos aún teniendo todavía su olor en la piel y su sabor en la boca.

—Si de verdad ha sido un error, nunca he cometido otro tan sumamente agradable —replicó, vistiéndose con rapidez.

—Sí, pero porque haya sido placentero, no quiere decir que sea un acierto. Ni quiero tener a una mujer en mi vida, ni la necesito.

Lilly habría querido decirle, que jamás había conocido a alguien, que estuviera tan necesitado de amor como él, pero sabía que no era ni el momento, ni el lugar.

—Te esperaré abajo —dijo él, dejándola para que terminara de vestirse.

Lilly bajó enseguida, a donde tenían los caballos. En el rostro de Matthew era imposible encontrar al hombre, que acababa de hacerle el

amor.

—Siento mucho, Matthew, que tu padre fuese un bastardo maltratador —dijo tras montar—, pero eso no quiere decir que tú también, tengas que serlo. El pasado es eso, pasado, y solo se tiene control sobre lo que se hace, con el futuro.

Lilly se sobresaltó al oírle dar un manotazo, en la grupa de su caballo. El animal se lanzó al galope y ella tiró con fuerza de las riendas, para aminorar la marcha.

Había recorrido una pequeña distancia, cuando se volvió a mirar. Matthew estaba allí, en las sombras, mirándola, y nunca había visto un hombre que pareciera tan desesperadamente solo, como él.

—Gracias por reunirte conmigo, Judd —le dijo Matthew, al hombre de cabello oscuro que estaba sentado al otro lado de la mesa, en el café de Inferno.

Judd Stevens asintió, mirándole fijamente con sus ojos verdes.

—Por teléfono me dijiste, que estáis teniendo problemas en el rancho. ¿Qué tipo de problemas?

Judd Stevens era un agente del FBI retirado que, en ocasiones, había trabajado para Johnna, como investigador privado. Sabía poco de él, aparte de que a su hermana le caía bien y confiaba en él.

Brevemente le resumió, lo de las pintadas de las cabañas y el robo, del material.

—El último incidente, tuvo lugar ayer —dijo—. A uno de los trabajadores le pareció que un saco de avena olía, de un modo extraño, y vaya si lo era: alguien había echado veneno para matar ratas y lo había mezclado, con la comida de los caballos.

Judd tomó un sorbo de su café.

—Vaya. Un asunto desagradable. Y ¿qué quieres de mí?

—No estoy seguro —admitió—. Ni siquiera sé si la persona responsable de todo esto, trabaja en el rancho o no.

—¿Has tenido alguna refriega? ¿Se te ocurre alguna razón, por la que alguien pueda querer hacerte daño?

Matthew frunció el ceño.

—Walter Tilley está en la cárcel, por introducir emigrantes ilegales y ha sido acusado de matar, a una trabajadora del rancho. Lo pillamos cuando pretendía matar, también, a mi hermano Mark y a su mujer. Jacob Tilley, su hijo, vino a pedirme trabajo hace poco.

—Y ¿crees que pueda querer vengar, a su padre?

Matthew suspiró.

—Pues no lo sé, la verdad. Parece avergonzado, de los delitos de su padre y no me da la impresión de que nos tenga odio, por lo ocurrido; pero es el único que se me ocurre que podría tener motivos, para causarnos problemas. Por eso quería hablar contigo: para ver si tenías alguna sugerencia que hacerme. Los huéspedes empezarán a llegar

dentro de dos semanas y no quiero que pueda ocurrir algo, que los ponga en peligro.

Judd bebió, otro sorbo de café.

—Lo primero que te recomendaría sería que hablases, con algunos de tus hombres de más confianza y les preguntaras, si han visto a alguien actuando de un modo sospechoso, e incluso que les pagaras horas extra, para que se queden un rato más a vigilar.

—Eso ya lo he hecho. He hablado con dos de los hombres, que llevan años a mi lado.

—Pues aparte de eso, no estoy muy seguro de que puedas hacer algo más.

Quizá podrías revisar los antecedentes, de todos los que trabajan para tí —sugirió—.

No sé si encontrarías alguna respuesta, pero, al menos, podrías intentarlo.

—¿Puedes hacer tú, algo así?

Judd asintió.

—Si me das la información que necesito, claro que sí. Tienes que facilitarme sus datos personales y una copia de su currículum, y veremos qué puedo hacer. También sería bueno que me dieras información, sobre cualquiera que haya estado trabajando en el rancho y lo haya dejado, durante los últimos dos o tres meses.

—Puede que encuentres mucha información falsa, en esos currículos —le advirtió—. La gente que trabaja en los ranchos, suele estar de paso, y no son siempre completamente sinceros, con la información que te dan.

Judd sonrió.

—Entonces, veremos quién miente y por qué.

Matthew asintió y miró su reloj.

—Tengo que irme. He dejado a mi tía, en la consulta del médico y ya debe haber terminado —apuró su taza y se levantó—. Te traeré esos currículos, dentro de un par de días.

Tras despedirse, salió del café y se encaminó, hacia la consulta del médico. A cada paso que daba, se iba preparando para volver a ver a Lilly.

Durante los últimos cuatro días, había mantenido deliberadamente las distancias con ella. Se marchaba de casa al amanecer y volvía de noche, para encontrarse con un plato esperándolo en la cocina. No tenía ni idea de cómo pasaba los días. Él, por su parte, se pasaba el suyo intentando olvidar. Quería olvidar el sabor de su boca, el calor aterciopelado de su piel, sus gemidos y el placer exquisito que había sido, hacerle el amor.

Trabajaba todos los días, hasta el agotamiento. La familia había seguido colaborando y solo quedaban dos cabañas, por pintar. Él, por

su parte, no había participado en la pintura, sino que se había dedicado a ayudar a Cal Simmon, con las renovaciones del viejo granero.

Entró en la consulta del médico. No había nadie en recepción y Lilly era la única persona que aguardaba, en la sala de espera. Llevaba un vestido color turquesa, que realzaba el azul de sus ojos; levantó la mirada, de la revista que estaba leyendo y sonrió.

—¿Has podido ocuparte, de ese asunto? —le preguntó.

Él asintió, intentando no percibir su olor y no dejarse arrastrar, por la respuesta de su propio cuerpo.

—¿Han dicho, cuánto van a tardar?

—No, pero no puede faltar mucho —dijo ella.

Miró a la puerta por la que sabía que saldría Clara, consciente de que la mirada de Lilly no se apartaba de él. Era la primera vez que estaban solos, desde lo del granero.

—Me has estado evitando —dijo ella.

—He estado ocupado.

—No. Es algo más que eso —cerró la revista y la dejó en la mesa—. Pero no tienes de qué preocuparte, Matthew. Que hayamos hecho el amor no significa que esté dispuesta a todo, por tener una relación estable contigo. Sé que no quieres casarte, y tú sabes que yo tampoco.

—Prefiero, no hablar de ello —replicó, tenso.

—¿Por qué será, que no me sorprende?

Por fin la miró. Parecía molesta.

—Ya te dije, que había sido un error.

—Vale, puede que lo fuera; pero no tienes por qué castigarme, por ello.

—Yo no te estoy castigando. Es que he estado ocupado, eso es todo.

—¿Tan ocupado para no poder compartir, ni una simple comida conmigo? No has venido a cenar ni una sola noche, durante toda la semana —se acercó un poco más, a él—. ¿De qué tienes miedo, Matthew? —le preguntó, y su olor lo envolvió—.

¿Es que tienes miedo, de repetir el error?

Se libró de tener que contestar porque, Clara y el doctor Johnny Howerton, salieron de la consulta en ese momento. Matthew y Lilly, se levantaron.

—Johnny —lo saludó Matthew, tendiéndole la mano—, me alegro de verte.

—Yo también, Matthew —le estrechó la mano—. Bueno, pues parece que Clara está en plena forma —dijo—. Hemos hecho todas las pruebas que se podían hacer en la consulta, pero he programado algunas más para la semana que viene, que tendrá que hacerse en el hospital.

—¿Qué clase de pruebas? —preguntó Lilly, preocupada.

—Un electrocardiograma y una prueba de esfuerzo. Son pruebas

sencillas. Con esos mareos que me dice que tiene, me gustaría ver los resultados.

—Qué tontería —dijo Clara cuando, un momento después, dejaban la consulta

—. Estoy, perfectamente bien.

—De todos modos, tienes que hacerte esas pruebas —dijo Lilly, pasándole un brazo por los hombros.

Clara asintió y miró, a Matthew.

—Matthew, hijo, ¿te importaría que parásemos un momento en el supermercado? Tengo que comprar, unas cuantas cosas.

—Ya sabes que puedes utilizar todo lo que haya en el rancho. Tenemos el congelador lleno de carne y la despensa, con un montón de conservas.

Ella asintió.

—Ya lo sé, y te lo agradezco, pero ya es más que suficiente, que me hayas dejado la casa sin pagar nada. Lo menos que puedo hacer es pagar, mi propia comida.

—De acuerdo. Pasaremos por el supermercado —contestó, aunque lo que quería era volver al rancho y separarse cuanto antes, de Lilly.

Aparcó y Clara entró. Él decidió bajar del coche y sentarse en el banco que había, frente a la puerta. Para desesperación suya, un momento después Lilly se sentaba, junto a él.

—El orgullo de Clara ha sufrido un poco, con estos últimos acontecimientos —

dijo, estirando las piernas.

Matthew, no contestó.

—¿Por qué no la llamas, «tía»?

—¿Cómo dices?

—Tía, tía Clara. Siempre la llamas Clara, a secas.

—¿Y?

—Nada. Pura curiosidad —hizo una pausa—. No te gusta demasiado, ¿verdad?

—No seas ridícula. Es una persona mayor y es mi tía. ¿Por qué no iba a gustarme?

—No lo sé. Eso es lo que quisiera, averiguar. Pareces frío y distante, con ella.

—Lilly, creo que tu problema es que piensas demasiado.

—Puede que tengas razón. Siempre he pensado demasiado, sobre todo en la gente por la que siento algo. Pero tú eso no lo puedes entender, ¿verdad?

Matthew, respiró hondo.

—Lilly, no quiero discutir contigo —estaba cansado.

—Ni yo tampoco —contestó ella con suavidad, tocando su brazo—. Es que estoy preocupada por tí, Matthew. Es como si siempre

estuvieras, enfadado.

—Pues sí, estoy enfadado —se levantó—. Alguien ha llenado de pintadas las cabañas, han robado material y han intentado envenenar, a los caballos. Yo diría que tengo derecho, a estar enfadado.

—Sí, lo tienes —contestó, levantándose también—. Siempre y cuando tu rabia se dirija, a donde debe. Lo que me preocupa es, que me parece que no es así.

Volvió a poner la mano en su brazo y él la apartó. Sabía que no tenía ni idea de que el contacto más inocente, era una tortura para él.

—Tienes razón, Lilly. Estoy enfadado permanentemente, y lo mejor que puedes hacer es, mantenerte alejada de mí. No quiero que te metas, ni en mi cabeza ni en mi vida.

Y volvió al coche.

Ella desapareció, dentro de la tienda.

Capítulo 7

—Háblame de tu padre —le dijo Lilly a Johnna, al día siguiente.

Las dos llevaban trabajando juntas, más de una hora; estaban terminando, la última de las cabañas.

Johnna la miró, sorprendida.

—¿Cómo es que quieres, que te hable de él?

Lilly se encogió de hombros y se rascó la punta de la nariz, con el mango de la brocha.

—Matthew me comentó, que era un hombre difícil.

—Pues es raro que te dijera nada, porque nunca habla de él. Y si te dijo que era un hombre difícil, se quedó enormemente corto —dejó la brocha, estiró los brazos por encima de la cabeza y frunció el ceño—. Era un hombre malo, Lilly. No recuerdo un solo día de mi infancia, que pasara sin estar aterrorizada. Todos lo estábamos, aunque es probable que Matthew no lo estuviera tanto, como nosotros. Él era el niño bueno, el que le servía las copas y le llevaba las zapatillas. No recuerdo que le pegara, tanto como al resto.

—¿Es esa la razón de que los demás estéis tan unidos y a Matthew se le vea, tan aislado?

—Matthew está aislado, porque él lo ha elegido así. Siempre había sido muy severo e implacable, pero desde que mi padre murió, se ha mostrado siempre tan…

tan…

—¿Enfadado?

Johnna asintió.

—Sí, exacto. Empeoró con la muerte de mi padre y ahora parece estar enfadado, permanentemente. Cada día me recuerda más, a él —la miró fijamente, un instante

—. No lo hagas, Lilly.

—¿El qué?

—Intentar acercarte a Matthew. Terminará haciéndote daño. No quiere que nadie entre en su vida. De algún modo creo que, de todos nosotros, él es quien tiene más cicatrices.

Lilly sonrió.

—No te preocupes, que no pretendo meterme en su vida. Era solo, curiosidad.

—Sí, ya, pero ya sabes lo que se dice, que la curiosidad…

Lilly se echó a reír.

—Que mató al gato, ya lo sé. Pero como yo no soy un gato, no me preocupan esas consecuencias.

Su conversación pasó a tratar la fiesta de Halloween, que April estaba preparando. Aunque no se lo mencionó, Lilly no tenía intención de quedarse. En cuanto Clara tu,—viera los resultados de las pruebas, volvería a Dallas.

Había cambiado de opinión el día anterior, cuando Matthew le había dicho que se mantuviera lejos de él. En ese momento se había dado cuenta, de que no tenía sentido quedarse allí, más de lo necesario; que Matthew era una causa perdida, igual que lo había sido Danny.

A las doce, terminaron de pintar la cabaña.

—Tenemos que limpiar las brochas; debo irme ya —dijo Johnna, mirando el reloj—. Esta tarde tengo, un juicio.

—Entonces, vete ya —le dijo Lilly—. Yo termino, de limpiar.

—¿Estás segura?

Lilly la empujó, hacia la puerta.

—Vamos, lárgate.

Johnna sonrió.

—Gracias, Lilly.

Ella fue al fregadero a limpiar las brochas, y mientras trabajaba pensó en lo que Johnna le había dicho, sobre Matthew.

Había sido el hijo bueno, el que había intentado controla la violencia que palpitaba en la casa, intentando que su padre no encontrara motivos por los que enfadarse. Pero claro, eso era imposible; nadie podía controlar la rabia, de un padre.

Debió ser horrible crecer en un hogar, en el que nunca se podía saber, qué iba a desencadenar la furia de un hombre violento, teniendo miedo constantemente. Pero el resto de sus hermanos, había sido capaz de dejar el pasado atrás y empezar, una nueva vida. ¿Por qué Matthew, no?

—¡Uy! No sabía, que estabas aquí.

Lilly se volvió. Era Eddie.

—Hola, Eddie. Estoy terminando de limpiar, las brochas —dijo, mientras cerraba el grifo.

—El jefe me ha pedido que echara un vistazo a las cabañas, para asegurarme de que todo estaba ya terminado y que las dejase después, bien cerradas —frunció el cerio—. Es increíble que alguien haya podido hacer, algo así.

—Desde luego.

—He oído, que es usted de Dallas.

—Sí. ¿Conoces la ciudad? —le preguntó, secando las brochas en un trapo.

—Hace años. Trabajé en un rancho, en las afueras de Plano. Era un sitio agradable. No hacía tanto calor, como aquí.

—¿Y te gusta trabajar, para los Delaney?

—No está mal. El trabajo en un rancho cambia poco, de un lugar a otro.

—Bueno…, te dejo que termines —dijo, y con una sonrisa, salió de la cabaña.

Dejó las brochas junto a las demás, en los establos y se fue a la casa.

Lo que más deseaba en aquel momento era, darse una buena ducha y comer, algo.

La casa estaba en silencio. Matthew debía estar fuera trabajando. Subió a su dormitorio, sacó ropa limpia y en cuestión de minutos estaba bajo el agua de la ducha.

Un rato después, salió del baño vestida con unos pantalones cortos limpios y una camiseta rosa pálido, y con el cepillo que tenía sobre la cómoda, comenzó a desenredarse el pelo.

Se lo había pasado ya unas cuantas veces, cuando oyó un ruido extraño. Se quedó inmóvil durante un momento, intentando identificarlo. Parecía provenir de un punto, a su espalda. Miró al espejo, pero nada parecía distinto. Estaba sola, desde luego. ¿Qué estaría provocando, aquel ruido tan extraño?

Se dio la vuelta y entonces, la vio. En medio de la cama, enroscada, una enrome serpiente de cascabel, la miraba fijamente, agitando la cola, dispuesta a atacar.

Por un momento, no pudo respirar. Temía que el más mínimo movimiento, pudiese provocar el ataque de la serpiente. Un miedo gélido le recorrió la espalda.

No tenía ni idea de cómo aquel animal, podía haber llegado a su cama, y en aquel momento tampoco le importaba. Solamente quería, que desapareciera.

Fue como si el tiempo se detuviera. Unos segundos largos y tortuosos pasaron y ella siguió inmóvil, clavada en el sitio.

Sin saber qué hacer, temiendo mover un solo músculo, abrió la boca y dejó salir el grito, que tenía atrapado en la garganta. La serpiente se irguió, agitando la cola frenéticamente y, Lilly, volvió a gritar.

La puerta de su dormitorio se abrió de par en par y Ned Sayville entró, como una exhalación.

—Pero ¿qué…?

Inmediatamente vio el problema y se quedó inmóvil, junto a Lilly.

—Deme el zapato —dijo, sin apartar la mirada de la serpiente.

—¿El qué?

—El zapato…, la sandalia —dijo, estirando la mano.

El ruido que emitía la serpiente era tan fuerte, que llenaba la habitación.

Lilly levantó un pie, se quitó la sandalia y se la entregó a Ned, y luego contempló horrorizada, cómo este se acercaba a la cama.

—Ned…, espere…

—Chist. Sé lo que hago.

Y con un movimiento rápido, acercó la sandalia, a la cabeza de la serpiente.

El animal atacó, inmediatamente y sus colmillos se clavaron, en la goma de la suela de la sandalia. Al mismo tiempo, Ned la sujetó por

detrás de la cabeza y la quitó de la cama.

—Ya está —dijo.

Lilly respiró hondo y lo siguió, a la planta baja. Matthew y otros hombres entraban a todo correr, alertados por sus gritos.

—¿Se puede saber…?

—Estaba sobre su cama —explicó Ned, que salió y soltó al animal, lejos de la casa.

—¿Estás bien? —le preguntó Matthew, obviamente preocupado.

Ella asintió, aunque en realidad hubiera deseado que la abrazara contra su pecho. Pero, no lo hizo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a Ned, al volver este.

El joven, se encogió de hombros.

—Estaba trabajando aquí, quitando hierbas como usted me dijo, y la oí gritar —

lo miró angustiado—. No pensé en nada más… Simplemente, entré.

—No pasa nada, Ned —lo tranquilizó Matthew, dándole una palmada en la espalda. Ned se tranquilizó, ostensiblemente.

—Me gustaría saber cómo ha podido llegar una serpiente, al primer piso —

comentó, preocupado.

—Y a mí también —contestó Lilly, y tras acercarse a él, tomó su mano—.

Gracias, Ned. Has sido muy valiente.

El joven enrojeció.

—No es nada. Era solo, una serpiente vieja.

—¿Has visto a alguien, entrar en la casa?

—No. Pero apenas llevaba unos minutos aquí, cuando la oí gritar —explicó, y miró tímidamente a Lilly—. Tiene buenos pulmones.

Lilly se echó a reír, y su risa sonó, algo histérica.

—Bueno, cada cual a lo suyo —dijo Matthew, al grupo de trabajadores que se habían arremolinado, y luego miró a Lilly—. Será mejor que subamos a revisar tu habitación, no vaya a haber más sorpresas.

—Bien.

Tras mirar agradecida a Ned, siguió a Matthew hasta su dormitorio.

Buscaron bajo la cama, en el armario, bajo la cómoda, buscando cualquier cosa que pudiera estar fuera de sitio o que pudiera parecer una amenaza, pero no encontraron nada.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó él, preocupado.

Ella asintió y quitó el edredón, de la cama.

—Estoy bien. Es que me he llevado un buen susto, al ver esa… ese bicho en la cama, al salir de la ducha.

—¿No sabes si ya estaba ahí, antes de ducharte?

Ella negó con la cabeza.

—Podría ser, no lo sé. No me fijé. Tengo que lavar esto —dijo, mirando el edredón—. No podría taparme con él, esta noche.

Matthew se lo quitó, de las manos.

—Yo lo llevaré.

Volvieron a bajar, en silencio. Cuando llegaron a la cocina, Matthew entró en el cuarto de la lavadora y Lilly se sentó, junto a la mesa.

Aunque ya nada la amenazaba, las piernas le seguían temblando y continuaba asustada. Cerró los ojos y se imaginó lo que podría haber ocurrido, de no haber visto a la serpiente… si se hubiera acercado más a la cama sin darse cuenta, del peligro.

Oyó que la lavadora empezaba a funcionar y luego Matthew, salió a la cocina.

Pero en lugar de sentarse con ella, se quedó apoyado en la encimera.

—Pienso llegar al fondo de todo esto, Lilly. Te lo prometo.

Ella asintió. Sabía que su intención era buena, pero seguramente había hecho una promesa, imposible de mantener. Nadie había observado nada, fuera de lo normal. Nadie había visto a una persona escabullirse en la casa, con una serpiente.

¿Y por qué iba a querer alguien meterle una serpiente de cascabel, en la habitación? ¿Quién podía querer hacerle daño? y ¿por qué?

—Siempre hemos sido muy descuidados, en lo de cerrar las puertas; pero eso, va a cambiar —dijo Matthew—. Esta misma tarde iré a la ciudad, para hacer un par de copias de las llaves, una para tí y otra para Clara. A partir de ahora quiero que siempre que salgáis de casa, cerréis con llave —la miró un momento, en silencio—.

¿De verdad que te encuentras, bien?

—Sí, de verdad. Solo estoy, un poco nerviosa. Ver a esa serpiente en mi cama ha sido, el momento más terrorífico de toda mi vida.

Él siguió mirándola y, con un suspiro, se pasó la mano por el pelo.

—Lilly, en cuanto a lo de ayer… Siento haber sido un poco duro, contigo.

—No, soy yo quien debe disculparse —contestó ella, complacida—. A veces soy una verdadera peste. Me meto en cosas, que no son asunto mío y te pido disculpas, por ello.

—La verdad es que sí, pero sé que tu intención es buena.

—Y lo es —contestó ella, cuando habría querido decir tantas cosas más…

Quería decirle que sentía algo por él, que en parte incluso tenía miedo por él, porque la ira que presentía palpitando en su interior, terminase por consumirlo.

Pero guardó silencio. No podía hablar de todo aquello, si quería aceptar la rama de olivo que parecía estar ofreciéndole.

—Voy a hablar con los muchachos, a ver si alguno ha visto algo que

pueda proporcionarnos una pista.

—¿Vendrás a cenar?

—No cuentes conmigo. No estoy seguro de cuánto voy a tardar, en la ciudad.

Tengo que reunirme con Judd Stevens y darle, algunos papeles. Tomaré algo en el café.

—¿Judd Stevens?

—Es un detective. Está examinando la información que nos proporcionaron en sus currículos, los trabajadores del rancho.

—Entonces, ya nos veremos mañana.

Él asintió y la dejó sola, en la cocina.

Aunque tenía hambre antes de la ducha, el apetito se había desvanecido con el susto, así que se sirvió un vaso de té frío, se sentó de nuevo junto a la mesa y esperó a que la lavadora acabase el ciclo de lavado. Luego, metió el edredón en la secadora, salió al porche y se sentó justo a tiempo de ver la furgoneta de Matthew, salir del rancho.

Por un momento deseó, que le hubiera pedido que lo acompañara; porque las horas de la tarde le parecían, tremendamente vacías.

Se quedó en el porche, hasta que el edredón estuvo seco; lo subió e hizo la cama. Luego bajó de nuevo a la cocina y se preparó, algo de comer.

Después, cerró con la llave que le había dejado Matthew y se fue a la cabaña, de su tía.

Pasaron la tarde juntas. Primero dieron un paseo, luego cenaron un delicioso estofado y después vieron la tele, hasta que se hizo la hora de irse a dormir.

Pero mientras veían una de esas comedias de situación, Lilly se dio cuenta de que sus pensamientos divagaban y que volvía otra vez a pensar en Matthew, en sus hermanos, en su padre…

—Tía Clara…

—¿Sí, cariño?

Clara estaba sentada en el sillón, tejiendo con suave lanas en color verde y amarillo. Estaba haciendo una manta de bebé para April, la mujer de Mark.

—Háblame del tío Adam —le pidió.

Clara la miró, sorprendida.

—¿Qué quieres saber, de él?

—¿Qué clase de hombre, era?

Clara reanudó la labor, frunciendo el ceño.

—Fue un muchacho infeliz, que terminó siendo un adulto infeliz. Nunca estuvimos muy unidos —volvió a mirar a Lilly—. ¿Por qué me preguntas sobre él?

¿Qué es lo que te ha hecho, recordarlo?

—¿Sabías que maltrataba a sus hijos?

Lilly vio la sorpresa, en la cara de Clara y ya tuvo, la respuesta.

—¿Quién te ha dicho eso? —quiso saber, con las manos en el regazo.

—Matthew. Y Johnna. Me han dicho, que era un monstruo.

—Sé que era duro con los chicos, pero…

—Según ellos, era algo más que duro. Los maltrataba, física y emocionalmente.

—Dios mío…, pobrecillos. Yo intenté ayudar a Adam, cuando Leah murió. Vine y le dije que estaba dispuesta a ayudarlo con los niños, pero él me despachó diciendo que era perfectamente capaz, de cuidar de sus hijos —dejó a un lado las agujas y se quedó un momento en silencio, con la mirada puesta en la televisión—. Venía a visitarlos, cuando podía —dijo sin mirarla—. Todo parecía ir bien. Nunca había conocido niños, tan bien educados…

Lilly se sentó junto a ella, en el sofá. Su intención no era ni mucho menos herirla, pero parecía que lo había hecho.

—Llamé un par de veces a los servicios sociales, y me dijeron que vendrían a ver a los niños, regularmente —continuó—. Necesitaba hacerlo, para mi tranquilidad de espíritu.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues nada. Que me dijeron que Adam Delaney era un ciudadano respetable, que educaba a sus hijos con mano firme, pero cariñosa. Lo que pasa es que a mí me preocupaba, que estuviesen maquillando las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que Adam era un ranchero rico, con mucho poder en la zona. Cuando transformó el rancho, ganó aún más poder. Traía el comercio a la ciudad, y estaba segura de que nadie querría meterse con él —suspiró—. Cuando eran pequeños, no debí permitir que Adam me alejara de ellos. Debería haberme imaginado que iba a educar a sus hijos, como nuestro padre nos educó a nosotros; pero esperaba que fuese mejor, que se comportara de otro modo.

—¿Tu padre abusaba de vosotros? —le preguntó, tomando sus manos.

Clara sonrió.

—Sí. Era un hombre violento, pero ¿qué podíamos hacer? Uno no elige a sus padres. Tú deberías saberlo, mejor que nadie.

En raras ocasiones hablaban de sus verdaderos padres, y hacerlo le dejaba siempre, un poso de amargura.

—Creo que Dios sabía lo que hacía, cuando nos unió —dijo, besándola en la mejilla.

—Desde luego —contestó, y en sus ojos brilló el amor que había sostenido a Lilly, durante años.

Aquel fue el final de la conversación, pero no impidió que Lilly le

siguiera dando vueltas a las cosas, en su cabeza. Así que Adam Delaney había sido un niño maltratado que, después, se convirtió en un padre maltratador… Era una historia trágica, que se repetía con demasiada frecuencia; un ciclo, de dolor.

Eran casi las nueve cuando Lilly oyó la camioneta de Matthew, que volvía a casa. Clara y ella estaban sentadas en el porche, de la cabaña.

—Será mejor que me vaya, no sea que Matthew me cierre la puerta y me quede fuera —dijo, levantándose.

—Sí. Yo también quiero irme, a dormir —dijo Clara, besándola en la mejilla—.

Que duermas bien, hija.

—Tú también.

Entró en la casa, cuando Matthew bajaba las escaleras.

—He subido a llamar a tu puerta, pero no estabas.

—He pasado la tarde, con la tía.

Él sacó una llave del bolsillo y se la entregó.

—Tengo otra, para Clara. Mañana, se la daré.

—Bien. Pareces cansado —añadió.

—Lo estoy, así que, si me perdonas, cierro y me voy a la cama.

—Buenas noches, Matthew —le dijo, y mientras él iba hacia la puerta, ella subió despacio las escaleras, deseando encontrar algo que decir; algo que pudiera derribar el muro, que tanto empeño ponía él en levantar.

Abrió la puerta del dormitorio y entonces la vio: una rosa roja de tallo largo la esperaba, en el centro de la cama.

La tomó con dos dedos y se la acercó a la nariz.

Matthew.

A lo mejor había conseguido, sin darse cuenta, abrir una pequeña brecha en ese muro. Se desnudó y se puso el camisón mientras todos sus sentidos pedían caricias a gritos…, sus caricias.

Le había regalado una rosa, y aquella única flor la conmovió, más que cualquier otro regalo que le hubieran hecho, en su vida.

¿Sería una invitación, un preludio para el romance? El corazón se le aceleró.

¿Con qué fin si no, se la habría regalado?

Sin pensárselo dos veces, salió de su dormitorio, bajó las escaleras y se encaminó, a la habitación de Matthew.

La puerta estaba entreabierta, llamó y entró. Se oía caer el agua en el baño.

Debía estar en la ducha.

Aquel dormitorio era enorme. Estaba decorado en azul marino y marrón, lo que le confería una atmósfera, decididamente masculina.

Con el corazón latiéndole con fuerza, se sentó en el borde de la cama y rezó porque no hubiera malinterpretado, sus intenciones.

Capítulo 8

Matthew se sentía a las mil maravillas, debajo del chorro del agua caliente, que le relajaba los músculos. Tenía la sensación de haber estado sometido al asedio, de un enemigo desconocido. Y el problema con los enemigos desconocidos era, que resultaba imposible defenderse, imposible anticiparse a sus movimientos.

Que alguien se hubiera colado sin ser visto, en la casa y hubiera dejado una serpiente de cascabel en la cama de Lilly, lo asustaba y lo enfurecía, al mismo tiempo.

¿Y si no hubiera visto a la serpiente, a tiempo? ¿Y si se hubiera sentado, en el borde de la cama? El animal habría atacado y el resultado habría sido, fatal.

Imaginarse a Lilly tendida en una cama de hospital, con los ojos vidriosos y vacíos, le retorcía el corazón.

Con una pastilla de jabón en la mano, metió la cabeza bajo el agua, y mientras se enjabonaba, pensó en lo frustrante que había sido, su visita a la ciudad.

Lo primero que había hecho había sido ir a la ferretería, a encargar unas llaves.

Lo ponía enfermo pensar que su casa ya no era el puerto seguro que había sido, hasta aquel momento; que alguien había violado su espacio. Inferno era la clase de ciudad en la que nadie cerraba con llave, la puerta.

Después de la ferretería, se dirigió a la oficina del *sheriff*, a quien le contó el episodio de la serpiente. No es que se hiciera ilusiones sobre las pesquisas que Jeffrey iba a llevar a cabo, pero quería informarlo.

Se aclaró el jabón, cerró el grifo y salió de la ducha. Se secó y salió del cuarto de baño.

Ella fue lo primero que vio. Lilly estaba sentada en el borde de su cama, iluminada por el suave halo de luz, de la lámpara de la mesilla.

El camisón rosa pálido que llevaba, no conseguía disimular las curvas de sus pechos, y a través del tejido se adivinaba, la oscuridad de sus pezones.

Inmediatamente su cuerpo reaccionó, y se alegró de haberse dejado la toalla puesta, en la cintura.

—Lilly, ¿qué haces aquí?

Ella se levantó y se acercó a él mirándolo de tal modo, que Matthew se quedó sin aliento. No dijo una palabra, se limitó a abrazarse a él.

A pesar del hecho de que no quería que volviera a ocurrir, la abrazó, y ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

Matthew cerró los ojos y se dejó inundar por el olor de su pelo y el calor de su presencia, un placer tan intenso que resultaba casi sobrecogedor.

—Quería que me abrazases —musitó ella—. Necesitaba, que lo

hicieras.

Matthew acarició su cabeza. Comprendía bien cómo era esa necesidad, fruto del miedo que había pasado al encontrase con la serpiente, en la cama.

—Lilly…

Intentó separarse de ella, antes de que pudieran cometer otro error, antes de que perdiera el control y volviese a hacerle el amor, pero le fue imposible. Su cabeza dictaba una cosa, pero sus brazos hacían otra.

Y siguieron así un momento más, abrazados; pero cuando él pensaba que no iba a poder soportarlo más, ella levantó la cabeza y lo miró con una sonrisa dulce.

—Gracias por la rosa —le dijo.

Matthew se quedó helado y todo el placer físico, desapareció.

—¿La rosa?

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Es que no es tuya la rosa roja, que había en la cama? —le preguntó, separándose de él y apretándose los brazos, alrededor del cuerpo. La sorpresa de su expresión se vio reemplazada, por el miedo.

—¿Una serpiente y ahora una rosa? Pero ¿qué demonios está pasando aquí? —

exclamó Matthew, mientras sacaba un par de vaqueros limpios de un cajón. Se visitó rápidamente y lanzó la toalla, al suelo del baño.

Cuando se giró, Lilly había vuelto a sentarse en el borde de la cama, como si las piernas no la sujetasen. Se sentó a su lado y le pasó una mano, por el pelo.

—¿Cerraste todas las puertas, al marcharte a casa de Clara esta tarde?

Ella asintió.

—Me aseguré de cerrar tanto la principal, como la de la cocina.

Él, frunció el ceño.

—¿Cómo habrán entrado, para dejarte la rosa en la cama?

Los ojos de Lilly parecían más grandes de lo normal, más iluminados incluso.

—Solo caben dos posibilidades: o alguien se coló mientras yo estaba en la cocina o esa persona ha estado dentro de la casa, todo el tiempo.

Estiró el brazo hacia él y Matthew tomó la mano, entre las suyas. Sabía que necesitaba el contacto. Tenía la mano, helada.

—No lo entiendo. No entiendo nada. ¿Por qué iban a dejarme una serpiente en la cama y después, una rosa? No tiene sentido.

—La verdad es, que no —contestó él—. Lo único que sé con seguridad es que hasta tu llegada, no había pasado nada fuera de lo normal aquí.

Ella retiró la mano.

—¿Estás intentando decir, que es culpa mía?

—Claro que no —protestó él—. Solo pensaba en voz alta —frunció el ceño y volvió a agarrar su mano—. Yo pensaba que lo que estaba ocurriendo, era por mí. Me refiero a lo de las pintadas en las cabañas, el robo de materiales…, pero ahora tenemos que enfrentarnos a la posibilidad de que, lo que está ocurriendo, pueda tener que ver contigo.

Ella se levantó.

—No puede ser. ¿Qué puedo yo tener que ver, en todo esto? No conozco a nadie aquí, y no hay nada en mí, que pueda provocar algo semejante.

Con la lámpara a su espalda, el camisón era casi transparente, y Matthew apartó la mirada. Era imposible pensar, así.

—No sé qué pensar —dijo—, pero es una posibilidad que no debemos descartar

—dudó un momento—. ¿Por qué dejaste tu trabajo, Lilly?

Ella parpadeó, sorprendida.

—Eso, no tiene nada que ver —contestó, bajando la mirada.

Nunca había visto a Lilly ocultar algo, pero en aquel momento supo que lo hacía. Se levantó y se acercó a ella.

—Cuéntamelo, Lilly. Si no puede tener relación alguna, lo descartamos y ya está.

—Ojalá pudiera yo descartarlo de ese modo, de mis pensamientos —contestó con tristeza, y luego miró a su alrededor, como si buscase una vía de escape, un respiro; pero luego volvió a mirarlo a él y se rodeó el cuerpo, con los brazos—. Perdí a un alumno.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, poniendo las manos en sus hombros.

Sabía por instinto, que volvía a necesitar ese contacto.

—Se llamaba Danny Carpenter —dijo, con los ojos llenos de lágrimas—. Era del último curso. Apenas le faltaban unas semanas, para graduarse.

—¿Eras su tutora?

Ella asintió y las lágrimas le rodaron, por las mejillas.

—Era un estudiante excelente, pero no estaba seguro de si quería o no ir a la universidad, y habían surgido incidentes…, peleas, que no eran propias de él.

Algunos de sus profesores estaban preocupados y me lo enviaron —se secó las lágrimas, con el dorso de la mano—. Nos vimos durante varias semanas y hablé con sus padres, sobre la posibilidad de que visitara a un psicólogo. Sabía que algo le preocupaba…, lo veía en sus ojos, pero creía que estaba haciendo progresos, con él.

Las lágrimas rodaban más deprisa, de lo que ella podía secarlas, y el dolor que emanaba de sus ojos, le llegaba a Matthew al corazón. Era la primera vez que la veía llorar, y con suma ternura la abrazó. Ella

volvió a apoyar la cabeza, en su pecho.

—La última vez que lo vi, parecía encontrarse mejor. Me dijo que había decidido ir a la universidad y parecía más feliz, de lo que lo había sido nunca.

Las lágrimas se habían transformado en sollozos ahogados, que zarandeaban su cuerpo, y Matthew la abrazó con más fuerza, como para absorber su dolor.

—Un día salió de mi despacho, se fue a su casa y se tomó una sobredosis de pastillas —dijo, entre sollozos—. Se suicidó, Matthew. Ese pobre muchacho se quitó la vida.

—Tú no podías saber, lo que iba a pasar —le dijo él, acariciando su pelo—. No podrías haber actuado, de otro modo.

—Pero, debería habérmelo imaginado —protestó—. Yo sabía que había una especie de oscuridad en sus ojos, un vacío como… —no terminó la frase y se separó de él—. Ahora ya sabes, por qué me he tomado este descanso, y no puede tener nada que ver, con lo que está pasando aquí.

Una vez más se sentó en la cama y se limpió las lágrimas, como si la avergonzaran. Él se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, intentando consolarla.

—No puedes salvar al mundo, Lilly —le dijo, con dulzura.

—Lo sé, pero quería salvarlo a él —suspiró—. Tenía tanto potencial…, pero supongo que la vida era demasiado dolorosa, para él.

Matthew conocía esa clase de dolor. Para él la muerte también habría sido en ocasiones un alivio, pero la determinación de sobrevivir a su padre, a pesar de todo, había sido más fuerte.

—Seguimos sin saber, quién pudo dejar esa rosa en mi cama y por qué —dijo ella.

Matthew deseó, haber sido él. Pensó en el brillo de sus ojos, en su sonrisa, cuando aún le creía artífice del regalo.

Pero ahora, tenía los ojos enrojecidos y parecía agotada.

—Ven —le dijo, ofreciéndole una mano y poniéndose en pie—. Estás cansada.

Lilly puso la mano, en la que él le ofrecía y se levantó. Juntos salieron del dormitorio y subieron las escaleras. La rosa seguía en el centro de la cama, un misterio encarnado, que lo llenó de desconfianza.

Lilly la tiró rápidamente a la papelera, mientras él abría la cama y la invitaba a acostarse. No había nada que deseara más en aquel momento, que tumbarse junto a ella y hacerle el amor despacio, con dulzura, y luego mantenerla abrazada durante el resto de la noche.

Pero al hablarle de lo que le había ocurrido a su alumno, había caído en la cuenta de cuál era el verdadero motivo, por el que se sentía atraída por él: quería…, no. «Necesitaba», curarlo. Era como si de ese modo pudiera atemperar el sentimiento de culpa que la agobiaba, por

no haber sido capaz de ayudar a Danny.

—Volveré a echarle un vistazo, a la habitación —dijo, cuando ella se hubo acostado.

Lilly asintió, aunque ya casi tenía los ojos cerrados de cansancio.

Miró bajo la cama, en el armario y en el baño, y una vez que se convenció de que todo estaba bien, le dijo:

—Que duermas bien, Lilly.

Ella murmuró algo casi ininteligible por el sueño y Matthew salió de la habitación, sin hacer ruido.

Sin dudarlo, fue a su estudio y sacó del cajón de la mesa, que siempre tenía cerrado con llave, el revólver que guardaba dentro. Tras asegurarse de que estaba cargado, revisó el resto de la casa, cada habitación, cada armario, cada rincón o zona en la que podía esconderse alguien, con el arma en la mano.

Cuando se convenció de que la casa estaba segura, volvió a revisar las cerraduras y regresó a su habitación. Al dejar el revólver sobre la mesilla, sintió una rabia tremenda porque alguien lo obligase a dormir con un arma, junto a la cabecera de la cama.

Se quitó los vaqueros y se acostó, pensando en Lilly. Jamás había visto tanto dolor en sus ojos, y era la primera vez, que la veía llorar. Ya entendía lo que la empujaba a intentar comprenderlo, a hacerle preguntas comprometidas y a insistir en que debía olvidar el pasado e irse olvidando, del dolor. El trauma de la muerte de Danny la empujaba a todo aquello, e incluso era posible que creyera que ayudándolo a él, encontraría la salvación también para ella.

Cuánto había deseado, al tenerla en sus brazos, hacer desaparecer aquellas lágrimas y verla sonreír. Oírla hablar de cualquier otra cosa y ver sus facciones, llenas de vida y espíritu.

Frunció el ceño. Por primera vez en su vida, sospechó que no era simplemente un hombre que había elegido la soledad. Por primera vez en su vida, tuvo que enfrentarse al hecho, de que quizá estaba solo.

Lilly se sorprendió al descubrir que, tras haberle hablado a Matthew sobre Danny, tras derramar aquellas lágrimas de honda tristeza, una parte del dolor que llevaba dentro se había disipado, ya no era tan intenso.

Mientras preparaba la cena al día siguiente, pensaba en aquellos momentos en la habitación de Matthew, en el abrazo que él le había ofrecido, tan lleno de ternura, mientras ella lloraba.

Siempre había sospechado que Matthew poseía, un hondo pozo de ternura, y sus sospechas habían resultado, ciertas.

Pero el problema era que estaba permitiendo que se acercara demasiado, que entrase en zonas de su corazón que siempre había declarado fuera del alcance, de cualquiera. No podía quedarse mucho más tiempo, allí. No podía volver a enamorarse, de él.

Mientras les daba la vuelta a las hamburguesas, descartó aquel último pensamiento. No podía enamorarse de un hombre frío, autoritario y que se negaba a formar parte de otra cosa, que no fuera de sí mismo. Era un hombre difícil, lleno de ira, y ni siquiera estaba segura, de que tuviera capacidad para amar.

La puerta de la cocina se abrió, justo en aquel momento y Matthew entró.

—Ah, justo a tiempo —dijo—. Estoy a punto de sacar, las hamburguesas.

—Estupendo. Me muero de hambre —fue al fregadero y se lavó las manos—.

¿Te ayudo en algo?

—No, ya está todo.

Al cabo de unos minutos estaban sentados a la mesa, disfrutando de la sencilla cena que había preparado.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó ella.

—Bastante bien. El trabajo del granero viejo, avanza rápidamente.

Lilly sonrió.

—April va a estar encantada. Tiene grandes planes, para el granero.

—¿Has hablado hoy con ella? —le preguntó, con curiosidad.

Lilly asintió.

—Se ha pasado hoy para pedirme ayuda en la decoración del salón, para la fiesta de Halloween. Empezaremos mañana.

—Pues conociendo a April, no estará satisfecha hasta que el último detalle esté perfecto.

—Es buena en su trabajo, ¿no?

—La mejor, que hemos tenido.

—¿Seguirá trabajando, cuando haya nacido el niño?

—Esa es una de las primeras cosas que le pregunté, cuando supe que estaba embarazada, y me contestó, que sí.

Estuvieron un momento, en silencio.

—April tiene una interesante teoría, sobre lo de la serpiente —comentó Lilly.

—Y ¿cuál es?

—Dice que a lo mejor, lo de la serpiente fue cosa de una persona y lo de la rosa, de otra. Quizá alguno de los trabajadores dejó la rosa, después de enterarse de lo de la serpiente, para que me sintiera mejor.

Él, frunció el ceño.

—Pues yo sí, que no me siento mejor. Todo eso significaría que dos personas han entrado en mi casa, que no tendrían por qué haberlo hecho.

—Al menos hoy, no ha pasado nada. Y creo que eso, hay que celebrarlo.

—¿Celebrarlo?

Ella se echó a reír.

—No pongas esa cara, que no voy a sugerir nada radical.

—Entonces ¿qué?

—Dijimos que, cuando terminásemos con las cabañas, íbamos a ir al río. ¿Por qué no ensillamos dos caballos y nos vamos?

Por un momento pensó que Matthew iba a decir que no, pero luego la sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios y asintió.

—Me parece buena idea.

—¡Estupendo! —exclamó.

Poco después de las siete, se pusieron en marcha. Fueron charlando sobre el rancho y los cambios que experimentaría el lugar, cuando los huéspedes empezasen a llegar.

Desde luego, Matthew componía una figura magnífica a caballo. Montaba con la confianza de un hombre acostumbrado, a pasar muchas horas a lomos de un caballo.

Pronto llegaron a los árboles, que delimitaban el curso del río; desmontaron, ataron los caballos y se sentaron sobre la hierba, al borde del agua.

—Este es uno de mis lugares favoritos, en el rancho —dijo ella, quitándose los zapatos.

—Sí, es muy agradable. Muchos huéspedes vienen a nadar aquí o simplemente, a disfrutar de la sombra.

Se quitó los zapatos, se puso de pie y le ofreció una mano.

—Vamos, Lilly, que quiero ver hasta dónde estás dispuesta a llegar —le dijo, con una sonrisa.

Riendo, le ofreció la mano y entraron juntos en el agua.

Estaba tan cerca como para oír sus voces, pero demasiado lejos para distinguir lo que decían. Los había visto montando juntos, demasiado juntos en su opinión, y los había seguido a distancia, hirviéndole la sangre.

Matthew Delaney estaba empezando a ser, una verdadera amenaza. Pasaba demasiado tiempo con Lilly, mirándola de un modo que… que no estaba bien.

Agachado detrás de un árbol acarició la culata del rifle, de largo alcance, que empuñaba mientras le llegaba la risa de la pareja, nadando en el agua.

Habían entrado en el río de la mano, y se volvía loco de pensar que Matthew había tenido en la suya la mano, que solo le pertenecía a él.

El sol brillaba en el cuerpo de Lilly, y estaba tan preciosa que sintió arder la sangre. Su deseo era cada vez más fuerte. La necesidad era tan intensa, que lo iba a consumir.

Esperaba que Matthew hubiera estado ocupado durante semanas, con lo de las cabañas. Nunca se habría imaginado que los Delaney se unirían, para restaurarlas.

Según tenía entendido, los hermanos no se llevaban demasiado bien, pero…

Lilly… Su nombre era como un salmo, que le llenaba el alma. Creía que a aquellas alturas ya se habría dado cuenta, de que estaban hechos para estar juntos.

Creía que habría experimentado la magia, al estar cerca el uno del otro. Pero claro, la distracción de Matthew, no se lo permitía.

Matthew. Maldito fuera. Ya era hora de ocuparse de ese problema. Levantó el rifle y se lo apoyó en el hombro, y con una sonrisa vio aparecer la figura de Matthew, en el visor.

—Adiós —murmuró entre dientes, y puso el dedo en el gatillo.

Capítulo 9

A Matthew se le había olvidado, lo divertida que podía ser Lilly. Su risa parecía animarlo todo, cuando entraron en las cálidas aguas del riachuelo y mientras comentaban las bondades, de enterrar los pies en el limo del fondo.

—A mí me parece, que es muy terapéutico —estaba diciendo ella—. Es imposible preocuparse por nada, cuando el barro se te está metiendo entre los dedos.

Él volvió a reír. La verdad era que tenía razón. Al menos para él, las preocupaciones del rancho quedaban muy lejos, en aquel momento.

—Hablando de cosas terapéuticas… —continuó ella—. Gracias por lo de anoche.

—¿Por qué?

Lilly, se encogió de hombros.

—Por ser tan comprensivo. No había hablado con nadie de Danny, y supongo que lo necesitaba.

—¿Ni siquiera se lo has contado, a Clara?

Ella negó, con la cabeza.

—Sabía que se preocuparía mucho, así que preferí no entrar en detalles cuando le hablé del permiso que iba a tomarme. Solo le dije, que necesitaba descansar.

Él asintió. Sabía que el motivo de que hubiera acudido a su habitación no había sido ese, sino el deseo motivado por un gesto, que le había atribuido a él.

La miró a hurtadillas. Estaba más guapa que nunca, con aquella blusa rosa sin mangas y los vaqueros cortos. Llevaba el pelo recogido en una coleta, pero parte se le había soltado ya y le colgaba, desarreglado. Estaba encantadora.

De pronto se sobresaltó, al sentir agua en la cara. Lilly se echó a reír y volvió a salpicarlo.

—¡Te vas a enterar! —exclamó él, secándose la cara, y llenó las manos de agua, para responder al ataque.

Una explosión sonó a cierta distancia y el zumbido de una bala, le pasó rozando la cabeza. De un empujón, tiró a Lilly al agua para quedar ocultos, tras la protección de la orilla.

—¿Estás bien? —le preguntó, angustiado.

—Sí, pero ¿qué ha pasado?

—Alguien nos ha disparado —contestó, con el corazón en un puño. De no haberse agachado a meter las manos en el agua, seguramente estaría muerto.

Levantó la cabeza para intentar ver algo y hubo, otra explosión. Bajó la cabeza inmediatamente, con una mezcla de miedo y rabia.

¿Quién demonios estaba escondido entre los árboles, intentando hacer blanco sobre ellos?

—Tengo que llegar a mi caballo —dijo, mirando hacia donde los dos animales estaban atados.

—No, Matthew. Ni se te ocurra salir de aquí —contestó ella, aferrándose convulsivamente a su brazo.

—Lilly, no podemos quedarnos aquí, como patos en una laguna. Tengo un arma en las alforjas. Al menos, podremos defendemos —dijo, apretando su mano, en un intento de comunicarle tranquilidad.

Respiró hondo, soltó su mano y, agachándose cuando podía, trepó hasta el borde de la orilla, consciente de que en cualquier momento podían volver a disparar, e incluso a hacer blanco.

El silencio que lo rodeaba, no era normal. Ni siquiera se oía el canto de un pájaro, ni el zumbido de un insecto. El único sonido era el latido acelerado de su corazón.

Al llegar al punto en el que tenía que abandonar la protección de la orilla, miró a Lilly. Incluso desde aquella distancia, podía ver cómo el miedo le hacía abrir los ojos de par en par, agachada como estaba, para parapetarse tras la orilla.

¿Sería él el blanco del tirador o sería ella? Si lo alcanzaban mientras intentaba llegar a su caballo, ¿qué sería de Lilly?

Tenía que correr, tanto como le permitieran las piernas y sacar el arma de las alforjas, antes de que el tirador pudiera acertarle.

Al salir a toda velocidad, Lilly se levantó y gritó. Con aquella blusa rosa ya era un blanco perfecto, si no estuviera además gritando y moviendo los brazos.

—¡Agáchate! —le gritó, sin dejar de correr. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Vio que se agachaba de nuevo, y en un par de segundos, llegó al lado de Thunder y sacó de la alforja, su revólver.

Entonces llamó su atención, el sonido de los cascos de unos caballos y vio que sus hermanos, Mark y Luke, avanzaban rápidamente hacia ellos. Los dos iban armados.

Matthew movió los brazos intentando decirles que buscasen refugio, pero ellos siguieron avanzando. Nadie disparó, cuando se detuvieron junto a él.

—Hemos oído disparos y hemos pensado, que alguien podía tener problemas

—dijo Luke, mirando a su alrededor y sin dejar de empuñar, su arma.

—Nosotros —contestó Matthew, también mirando hacia los árboles —. Alguien ha decidido, que sirvamos de blanco.

Lilly llegó entonces, hasta ellos.

—Están intentando, matarnos —dijo, temblándole la voz.

—¿Sabes de dónde venían los disparos? —preguntó Mark.

Matthew señaló, hacia los árboles.

—De por allí.

Mark miró a Luke.

—Vamos a echar, un vistazo.

Volvieron a montar y salieron hacia la arboleda. Matthew se volvió a Lilly.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando, para ponerte a gritar y a gesticular así?

Con qué ganas la habría zarandeado, por los hombros. Con las mismas que la habría abrazado, hasta asegurarse de que estaba bien.

—Quería distraerlo. Que no te disparara.

—¡Pero, podría haberte disparado a tí!

Ella bajó la mirada.

—No quería que te disparasen…

Matthew se la quedó mirando en silencio, atónito por el sacrificio que había estado dispuesta a hacer. Nadie había hecho algo así por él jamás, y no supo qué decir. Afortunadamente Luke y Mark volvieron, en aquel momento.

—Alguien ha estado oculto, entre los árboles —dijo Luke, desmontando con facilidad—. Había un arbusto roto y la hierba está aplastada, pero no hay nada que nos pueda indicar, de quién se trata.

—O por qué quería dispararos —añadió Mark, frunciendo el ceño—. Esto se está poniendo muy serio, Matthew.

—Lo sé. Vámonos de aquí.

Montaron todos en silencio y Matthew no podía parar de darle vueltas en la cabeza al interrogante, de quién podía querer hacerles daño a Lilly o a él.

—La rosa que te dejaron en la cama, me confunde —le dijo a Lilly, cuando llegaron de vuelta a la casa, mientras desmontaban.

—¿Qué rosa? —preguntó Luke.

Matthew les contó lo que había pasado, la tarde anterior: lo de la serpiente y lo de la rosa.

—Lo de la rosa no encaja con el resto de cosas, que están pasando aquí —

concluyó.

—Es que a lo mejor, no tiene que ver con los demás incidentes —opinó Luke—.

A lo mejor Lilly tiene, un admirador secreto.

¿Un admirador secreto? No habría sabido decir por qué, pero la posibilidad no le hizo a Matthew ninguna gracia. No le gustaba pensar que alguien podía andar por ahí soñando con ella, incluso deseándola.

—Nunca lo he tenido —contestó ella—, y no sé, si me gusta la idea.

—¿Vas a llamar al *sheriff*? —preguntó Mark.

Matthew frunció el ceño y asintió.

—Sí. No creo que Broder pueda decirnos quién ha efectuado esos

disparos, pero tiene que saberlo.

Terminaron de preparar los caballos, los guardaron en sus cuadras y salieron.

Matthew miró a su alrededor, preguntándose si el tirador andaría por allí observando…, esperando otra oportunidad.

Pero no vio a nadie. Todos los trabajadores habían terminado ya, y no había modo de saber quién, era el culpable; lo mismo que tampoco se podía saber si, el objetivo era él o Lilly.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Mark.

—Pues no tengo ni idea —contestó Matthew. Se sentía indefenso, impotente ante una amenaza sin rostro, y era una sensación que le desagradaba, en extremo—.

Supongo que lo único que podemos hacer es, tener cuidado —miró a Lilly—. No vayas a ningún sitio, sola. Es más, lo mejor sería que no te alejaras de la casa.

—La tía Clara tiene esas pruebas pasado mañana, en el hospital —le recordó—, y tengo que llevarla.

—Yo, os acompañaré.

—¿Qué podemos hacer nosotros?

Matthew volvió a arrugar, el entrecejo.

—No estoy seguro de que podáis hacer, algo. He contratado a Judd Stevens, para que investigue el pasado de todos nuestros trabajadores, por ver si hay algo que oculte alguno y que deberíamos saber.

—Bien hecho —contestó Luke—. Y ¿qué hay, de Jacob Tilley? Él sí que tendría motivos, para querer vengarse.

—No sé qué pensar, la verdad —admitió Matthew.

Miró de nuevo a Lilly y recordó cómo había estado dispuesta a que le disparasen, para apartar el peligro de él.

En aquel momento, reconoció que estaba a punto de enamorarse de ella, y esa certeza le produjo más terror, que los disparos a los que acababan de enfrentarse.

Se despidió de todos y fue a ver, al *sheriff*.

Estaba enamorada, de Matthew Delaney. No tenía ni idea de cómo había ocurrido, al igual que tampoco podía comprender cómo, a pesar de su determinación de no permitirlo, había llegado a ocurrir.

Aunque no podría decir el momento, sabía cuándo sus sentimientos se habían hecho claros como el agua, ante sus propios ojos, y ese momento había sido cuando la primera bala silbó, por encima de su cabeza.

En aquel momento, su amor por él explotó y la dejó aturdida. Y aquella noche apenas había podido dormir, de tantas vueltas como le había dado en la cabeza.

Saber que lo quería y hacer algo al respecto, eran dos cosas distintas. Querer a Matthew no había cambiado su decisión, de vivir

sola.

—Lilly, ¿quieres alcanzarme el papel naranja? —le pidió April.

Ella, la tía Clara y April estaban trabajando, para transformar el salón en una zona festiva, para la celebración de Halloween.

—Claro.

—Necesitamos una escalera, para empezar desde el techo —dijo tía Clara.

—Voy a ver, si encuentro una.

Aquella mañana parecía haber más actividad de la normal en el rancho, ya que apenas faltaba una semana para que empezasen a llegar, los huéspedes.

Matthew había salido temprano, para ayudar con las renovaciones del viejo establo. Arneses, bridas y sillas estaban fuera, colocadas en caballetes, y dos de los hombres estaban ocupados, engrasándolo todo.

—Hola, Eddie. Ned… —los saludó al acercarse.

Los dos le sonrieron.

—Buenos días —contestó Eddie.

—Hola, Lilly —la saludó Ned.

—Quería preguntaron si sabéis dónde puedo encontrar, una escalera. Estamos decorando el salón, para la fiesta de Halloween y nos hacía falta, una.

—Creo que la he visto, en uno de los armarios del establo —dijo Eddie.

—Yo voy por ella —se ofreció Ned.

—Qué bien. Muchas gracias —contestó Lilly, con una sonrisa.

Mientras Eddie seguía engrasando una de las sillas, Ned entró en el establo y salió un momento después, con una escalera de seis peldaños.

—Perfecta —dijo Lilly, y los dos se encaminaron, a la casa.

—Así que lo estáis decorando todo, para la fiesta —comentó Ned.

—Sí. Vas a venir, ¿no?

—No me lo perdería, por nada del mundo —contestó, sonriendo—. Aunque todavía no sé, de qué me voy a disfrazar. Tú ¿ya lo tienes?

—No sé si voy a estar aquí —contestó, intentando disimular la tristeza que le producía pensar en dejar aquel lugar y a Matthew.

—¿Ah, no? ¿Tan pronto vuelves a casa?

—Mi tía tiene que hacerse unas pruebas en el hospital, y seguramente yo tendré que volver a Dallas, al día siguiente o al otro.

—Pues es una pena, que te la pierdas.

Llegaron al porche y Lilly le abrió la puerta. Ned llevó la escalera hasta el salón, donde esperaban April y Clara.

—Déjala por aquí —dijo Lilly—. Gracias, Ned.

—Ha sido un placer —contestó, y se marchó.

Lilly se despidió con un gesto de la mano y se preguntó si habría sido él, quien los acechaba desde los árboles el día anterior.

De hecho, se había pasado la mayor parte de la noche preguntándose, quién podría querer hacerles daño a Matthew o a ella; pero, por más vueltas que le diera, no había conseguido encontrar respuesta.

Solo tenía una cosa clara, y era que se había enamorado de Matthew. Lo único que iba a hacer al respecto era, salir corriendo y esconderse en su vida, en Dallas.

—Pongamos la escalera contra la chimenea, para decorar esa pared —sugirió April.

Lilly colocó la escalera, pero no permitió que April se subiera.

—Yo subo. Tú eres la embarazada.

April se echó a reír.

—Embarazada sí, pero no inválida. Aunque la verdad es que, Mark, ha empezado a tratarme como si lo estuviera.

Lilly sonrió.

—Qué encanto.

April sonrió también.

—Sí, que lo es.

—Se me alegra el corazón de ver a Mark, Luke y Johnna tan felizmente casados

—dijo la tía Clara, desde donde estaba, preparando la decoración para la mesa.

—Gente dura, los Delaney —comentó April—. Todos ellos tienen un caparazón, que suele asustar a la gente; pero afortunados, quienes consiguen atravesarlo.

Aquellas palabras no se le borraron de la cabeza a Lilly, mientras trabajaban.

Hacia las doce, la tía Clara anunció que iba a preparar comida para las tres y entró, en la cocina.

—Mark me ha contado, lo que os ocurrió ayer —dijo April, en voz baja.

—Gracias por no comentarlo, delante de tía Clara. No quiero, preocuparla.

—Debisteis pasar verdadero pánico —añadió, sentándose en el sofá.

Lilly lo hizo a su lado.

—No más que cuando, el padre de Jacob Tilley, quiso mataros a Mark y a ti.

—Así que Matthew, te ha hablado de eso —sus ojos verdes se ensombrecieron

—. Sí, fue horrible. Walter Tilley nos encerró en el granero, y estaba a punto de matarnos, cuando aparecieron Matthew, Luke y Johnna —sonrió—. Aunque fue encerrada allí cuando me di cuenta, de lo mucho que quería a Mark.

Una experiencia universal, pensó Lilly. Al parecer, cuando a uno lo

enfrentaban con su propia mortalidad, era capaz de ver sentimientos ante los que, de otro modo, estaba ciego.

—Tú estás enamorada de Matthew, ¿verdad? —preguntó April, poniendo la mano en el brazo de Lilly.

Su primera intención fue negarlo, pero no pudo hacerlo.

—Yo… siento algo por Matthew… algo profundo, pero…

—Pero, es un hombre difícil de querer —concluyó April—. Todos son difíciles de querer. Tienes que atravesar sus muchas capas de protección, para llegar al corazón de cualquiera de los Delaney —movió despacio la cabeza—. Desde luego, su padre los dejó, hechos una pena.

—Los demás han conseguido dejar atrás su infancia y el dolor, pero creo que Matthew, no. Parece tan lleno de… rabia.

El ruido de un golpe en la cocina, interrumpió la conversación.

—Tía Clara, ¿ocurre algo? —llamó Lilly.

No hubo respuesta.

—¿Tía Clara? —insistió, levantándose inmediatamente del sofá para salir a toda prisa hacia la cocina, con el corazón en la garganta.

April fue tras ella, y al entrar en la cocina se encontraron a la tía Clara tirada en el suelo, con un plato roto al lado.

Aterrorizada, Lilly vio las facciones, de la mujer a la que tanto quería, distorsionadas y convertidas en una máscara de dolor.

—El corazón —dijo, sin aliento—. Es, el corazón.

—¿Llamo a una ambulancia? —preguntó April, muy asustada.

—No, no hay tiempo. Ve y dile a un par de hombres que vengan, para ayudarme a llevarla al coche —decidió, rezando por no equivocarse—. Tengo que llevarla, al hospital.

Antes de que terminara la frase, April había desaparecido.

—Aguanta, tía Clara —le dijo, tomando su mano—. Vamos al hospital. Tú, aguanta un poco.

Eddie y Ned tardaron unos minutos preciosos, en llevarla al asiento trasero de su coche.

—¿Voy contigo? —le preguntó April.

Lilly puso el motor en marcha.

—No. Dile a Matthew, que nos vamos al hospital.

E inmediatamente, arrancó.

Oyendo la respiración entrecortada y los gemidos de dolor de tía Clara, era como si ella misma estuviese sufriendo el ataque, de profundo e intenso que eran el dolor y el miedo que sentía.

—Aguanta, por favor —le dijo, intentando controlar el pánico—. Ya verás, como te repones de esta. Intenta relajarte y respirar.

Lilly conducía, como un piloto de carreras. Menos mal que encontraron poco tráfico, entre el rancho y el hospital.

Pisó el freno, en la puerta de Urgencias del hospital y se alegró

enormemente de ver, al doctor Howerton esperándola en la puerta.

—April me ha llamado para avisarme —dijo, mientras pasaban a tía Clara a la camilla—. Luego hablaré contigo, en la sala de espera.

No esperó a que ella contestase, sino que salió apresuradamente tras su paciente.

Lilly se quedó allí plantada, con la mirada fija en la puerta de entrada de los pacientes, conteniendo las lágrimas mientras pensaba en la mujer que le había dado sentido a su vida, a la mujer que la había querido cuando no lo había hecho nadie más.

No podía imaginarse la vida, sin ella. Clara había sido su ancla, la familia que nunca había tenido.

Por primera vez en su vida, lamentó haber escogido una vida tan solitaria.

Nunca había necesitado tanto tener a alguien en quien apoyarse, como en aquel momento.

Capítulo 10

La encontró en la sala de espera, sentada sola, en una de aquellas sillas de plástico, pegadas a la pared. Siempre había considerado a Lilly una mujer enérgica y vital, pero en aquel momento le pareció frágil y tremendamente vulnerable.

Tenía los ojos cerrados y las manos entrelazadas, como si orase en silencio.

—¿Lilly? —la llamó con suavidad.

Ella abrió los ojos, se levantó y se echó directamente, en sus brazos.

—¡Matthew! —exclamó, ocultando la cara en su cuello—. Cuánto me alegro de que estés aquí —tan súbitamente como se había abrazado a él, se separó—. Llevo mucho tiempo esperando, pero nadie quiere decirme nada. Algo debe ir mal.

Matthew tomó sus manos y la obligó, a volver a sentarse.

—Lilly, no ha pasado tanto tiempo. He venido en cuanto Eddie me ha encontrado, y en total ha transcurrido menos de una hora.

—Pues a mí me parece que llevo toda la vida, aquí sentada.

—¿Qué ha pasado, exactamente? April solo me ha dicho que Clara se había caído al suelo y que la habías traído, al hospital.

—No lo sé —contestó, apartándose el pelo de la cara—. April y yo estábamos en el salón y tía Clara había entrado en la cocina, para preparar algo de comer. Oímos un ruido y entramos corriendo, pero ya nos la encontramos en el suelo, apretándose en el pecho —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Tiene que ponerse bien, Matthew.

Es todo, lo que tengo. Nunca he tenido más familia, que ella.

Matthew habría querido abrazarla, borrar sus lágrimas con besos, pero en aquel momento, el doctor Howerton entró en la sala.

—¿Cómo está? —preguntó Lilly, poniéndose de pie inmediatamente.

—Ha tenido un ataque al corazón, pero por ahora hemos podido estabilizarla —

contestó, muy serio—. Estamos haciéndole pruebas para averiguar, qué le pasa a su corazón. Dentro de quince o veinte minutos, tendremos los resultados.

—Y luego ¿qué? —preguntó Matthew.

—He llamado al doctor Winesburg, de Tucson —explicó—. Es un magnífico cardiólogo. No tardará en llegar. Será él quien tome la decisión de lo que ha de hacerse, después —el doctor la miró sonriendo —. Yo os sugeriría que fueseis a tomar algo, a la cafetería. Aún tardaremos un tiempo en saber, exactamente, qué está pasando.

—Esperaremos aquí, hasta que llegue el doctor Winesburg —contestó Lilly.

—Bien.

Y volvió a desaparecer, por donde había entrado.

Matthew y Lilly, se sentaron de nuevo.

—Verás, como se pone bien —dijo Matthew, intentando calmar sus temores—.

Es fuerte, y la has traído, sin perder tiempo.

Ella asintió, pero estaba claro, que sus palabras no habían servido de mucho.

Los minutos iban pasando, agonizando, lentos. Siguieron allí sentados, el uno junto al otro, en silencio. Matthew sabía que nada de lo que pudiera decir iba a ayudar. Solo el médico podría borrar las líneas que la tensión marcaba, en el rostro de Lilly.

Hubo de pasar casi una hora, para que el doctor Winesburg apareciese en la sala de espera. El cardiólogo era un hombre de edad, con unos dulces ojos azules y el pelo blanco. Tomó las manos de Lilly en las suyas, mientras explicaba lo que habían encontrado.

—Clara tiene seriamente obstruida una arteria y vamos, a desbloqueársela.

—¿Tienen que operarla? —preguntó, alarmada.

—Sí. Inmediatamente. Si no conseguimos liberar esa arteria, podría sufrir otro ataque, en cualquier momento.

—¿Es una intervención peligrosa? —preguntó.

El doctor sonrió.

—Es un procedimiento relativamente sencillo, que ya he hecho un millón de veces. Estará un par de horas en el quirófano, y si todo sale bien, podrá volver a casa en veinticuatro.

—¿Podemos verla?

—Sólo un minuto. Vamos a llevarla al quirófano, enseguida. Está en la habitación diez, por el pasillo a la izquierda.

Como si necesitara su apoyo, Lilly buscó la mano de Matthew y juntos siguieron las instrucciones del médico, para llegar a la habitación.

Matthew se sorprendió al ver a Clara tan inmóvil, tan pálida, en aquella cama de hospital. Lilly se soltó de su mano y corrió, a su lado.

—Tía Clara —la llamó con suavidad, y la mujer abrió despacio, los ojos.

—Ay, mi niña. Qué susto te he dado. Cuánto lo siento.

—Ni se te ocurra decir eso —contestó Lilly, tomando su mano.

—Supongo que te habrán dicho, que me van a operar.

—Sí, y hemos entrado para decirte que te queremos y que el doctor Winesburg nos ha dicho, que todo va a ir bien.

—Claro que sí. Lo único que me fastidia es que seguro que después, ya no me dejan comer lo que más me gusta —miró a Matthew—. Matthew, cariño. Estás aquí

—dijo, extendiendo el brazo hacia él.

Matthew dudó un instante y luego se acercó, pero al mirarla sintió

aquel viejo resentimiento que siempre había acompañado, su relación con ella…, un resentimiento atemperado por primera vez, por algo más dulce y muy extraño. Tenía la mano muy seca, de piel fina como el papel.

—Matthew…, lo siento —dijo, mirándolo a los ojos—. Lilly me ha contado lo de tu padre. Yo… no lo sabía. Aun así, me preocupé por vosotros…, pero me temo, que no lo suficiente.

Matthew le dio unas palmadas en la mano, angustiado por el dolor que emanaba de sus ojos azules; un dolor que nada tenía que ver, con su estado físico.

¿Por qué no habría sido capaz de ver, que necesitaban ayuda desesperadamente? ¿Tan difícil era darse cuenta de que los niños de aquella familia, temían por sus vidas?

—¿Por qué no viniste a vernos, más a menudo? —le preguntó, guardándose las manos en los bolsillos.

Clara cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos, estaban llenos de lágrimas.

—Adam me dejaba siempre muy claro, que no era bienvenida en su casa —hizo una pausa—. Yo… yo también, le tenía miedo. Cuando éramos pequeños, me aterrorizaba. Era un hombre, perverso.

Intentó aferrarse a su ira, pero no lo consiguió. Saber que ella le había tenido tanto miedo a su padre como él y sus hermanos, lo cambiaba todo.

¿Por qué había esperado más de ella, que de sí mismo, o de otros adultos? Al fin y al cabo, era una mujer que estaba sola. ¿Por qué se había convencido de que era su deber enfrentarse, a un hombre malo?

—No podía estar segura, de que las cosas fueran mal, y rezaba porque Adam fuese un buen padre —continuó ella—. Esperaba que al hacerse un hombre, hubiese perdido parte de su maldad. Aun así, llamé varias veces a los servicios sociales para que investigaran, la situación de la familia.

Hizo otra pausa, como si necesitase hacer acopio de la energía necesaria, para seguir hablando.

—Tu padre era un hombre poderoso, con amigos influyentes. Lo siento, Matthew. Siento, haberos fallado.

—Tú no eres culpable, de nada —la tranquilizó. Ya debía haber sido bastante malo crecer, teniendo un hermano como su padre. Su infancia no debía haber sido mucho mejor, que la de los niños de la familia Delaney—. Además, ahora tienes que concentrarte, en ponerte bien.

Con un impulso que lo sorprendió a él mismo, la besó en la mejilla.

En aquel momento, entró el médico y les pidió que salieran, de modo que volvieron a la sala de espera. Allí estaban, todos los Delaney.

Cuando Jerrod, Johnna, Mark, April, Luke y Abby se arremolinaron en torno a Lilly, para preguntar por el estado de Clara, Matthew salió a

la calle.

El sol aún caldeaba la tarde y caminó hasta un banco de piedra, a la sombra de un árbol. Allí se sentó. Necesitaba poner en orden, sus pensamientos.

Era sorprendente el cambio que habían experimentando sus sentimientos, hacia Clara. En el pasado se había empeñado en hacerla culpable, en obligarla a cargar con toda la tristeza, todo el dolor, que sus hermanos y él habían tenido que soportar. Tía Clara había sido un chivo expiatorio fácil, cuando, en realidad, no tenía más posibilidades de escapar a aquella situación, que sus hermanos y él. Si se hubiera interpuesto en el camino de Adam, él la habría aplastado bajo el tacón de su bota.

Apoyó la cara en las manos y rezó porque Clara aguantara, la operación. Tenía que ponerse bien; no por él, sino por Lilly, que tanto la quería.

Es todo lo que he tenido, en mi vida. Eso era lo que le había dicho, con los ojos llenos de lágrimas, algo que lo confundía. Según su padre, Lilly tuvo familia hasta los dieciséis años, cuando sus padres murieron en un trágico accidente de tráfico. ¿Cómo podía decir entonces que Clara era, todo lo que había tenido?

—Matthew…

Levantó la mirada y la vio, acercarse.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella, sentándose a su lado.

—Respirar aire fresco, pensar…

—Quiero darte, las gracias.

—¿Por qué?

—Por ser tan dulce, con tía Clara. Por haberle dado un beso y decirle, esas palabras.

Él, respiró hondo.

—Durante años la he culpado, por no rescatarnos de mi padre.

—Supongo que no juzgó bien la situación, por el trauma de su infancia con tu padre.

Matthew asintió.

—Antes me has dicho que Clara es todo lo que has tenido, en la vida. Pero tú tenías dieciséis años, cuando tus padres murieron, ¿no?

Lilly se sorprendió.

—¿No sabes, cómo conocí a tu tía?

—No. Mi padre me dijo que los tuyos murieron, en un accidente de tráfico, cuando tú tenías dieciséis años y que Clara, te había adoptado.

Lilly movió la cabeza.

—Seguramente tía Clara tuvo miedo, de confesarle a tu padre la verdad.

—Y ¿cuál es la verdad?

—Que conocí a tu tía, cuando acababa de cumplir dieciséis años e

intentaba robarle el bolso en la calle, delante de su casa.

La sorpresa de Matthew fue tan exagerada, que la hizo sonreír.

—Es cierto. No es algo de lo que me sienta orgullosa, pero intenté robarle el bolso y echar a correr. Pero fue ella la que me enganchó y no me dejó, escapar.

—Y ¿por qué querías, robarle?

Su sonrisa se desvaneció y dejó vagar la mirada, a lo lejos.

—Porque llevaba tres semanas, viviendo en la calle y tenía hambre.

Matthew la miró, sin comprender.

—No lo entiendo. ¿Por qué vivías en la calle? ¿Fue después de que fallecieran tus padres?

—No. Esa es la historia, que nos inventamos —contestó, volviéndose a mirarle

—. Tú no eres el único que tuvo, una infancia difícil. Mis padres eran drogadictos y mi niñez fue, un caos.

Matthew se quedó atónito.

—Cambiábamos constantemente de casa, porque no podíamos pagar el alquiler

—continuó—. Pasamos el verano de mis seis años, viviendo en el coche —se apartó el pelo y apoyó la cabeza, en el tronco del árbol—. Mi padre era carpintero. Intentaba mantenerse limpio, trabajar, pero esos periodos nunca eran, demasiado largos.

—¿Qué les ocurrió?

—No lo sé. Cuando yo tenía ocho años, vivíamos en un pequeño apartamento, y por primera vez desde hacía mucho tiempo, la vida parecía haber vuelto a la normalidad. Una mañana me fui al colegio y cuando volví por la tarde, no estaban.

Habían recogido lo poco que teníamos y se habían marchado. Una trabajadora social, me estaba esperando.

Cerró los ojos y Matthew supo que estaba recordando, aquel día. Tomó su mano con intención de consolar a la niña, que había sido, a la niña que abandonaron sus padres.

—Yo estaba segura de que volverían, que se trataba de un error. Le pedí a la trabajadora social que se sentara conmigo, en la escalera de entrada del edificio, para esperarlos. Estuvimos allí toda la noche. Cuando se hizo de día, supe que no volverían.

Matthew pasó el brazo sobre sus hombros y la apretó, a su costado.

—Después, entré en una casa de acogida. Desde los ocho a los dieciséis, fui pasando de una casa a otra, y cuando cumplí los dieciséis, me escapé.

—¿Adónde fuiste?

Ella se encogió de hombros y se apoyó, en él.

—A las calles de Dallas. Me metí durante tres semanas, en un edificio abandonado. Jamás en mi vida había estado tan sucia, ni tan

hambrienta, ni tan asustada. Lo mejor que pude hacer fue intentar robarle el bolso, a tu tía. Ella me llevó a su casa, me lavó, me dio de comer y me quiso, como nadie lo había hecho antes.

Durante unos minutos, ninguno de los dos habló. Matthew digería todo lo que acababa de saber, intentando imaginar cómo sería para un niño que sus padres lo abandonaran y tener miedo, de la soledad.

—¿Por qué no me contaste esto, hace años? —preguntó, al fin.

Ella, lo miró a los ojos.

—Seguramente por la misma razón, por la que tú no me hablaste de tu padre.

Hay cosas demasiado dolorosas para compartirlas, en el momento en que las estás viviendo. El primer verano que tía Clara me trajo aquí, tenía tanto miedo de hacer algo que lo echara todo a perder que, desde luego, no iba a decir nada a nadie sobre mi pasado.

Era increíble darse cuenta de lo mucho que creía que habían compartido en aquellos veranos cuando, en realidad, apenas habían exteriorizado nada. Lo más importante de ellos, la esencia de sus experiencias, había quedado celosamente guardado.

—Tiene que ponerse bien, Matthew —musitó.

Él, apretó su hombro.

—Ya verás, como sí. Es una mujer, fuerte.

—Espero que tengas razón. Bueno, voy dentro —dijo, aunque no se movió de su lado.

—Yo me voy a quedar aquí fuera, un poco más —dijo él.

Lilly entró.

Aquella mujer era sorprendente. Ahora que conocía su pasado y el dolor que había padecido, su capacidad para amar y para afrontar la vida con optimismo, le parecía increíble.

Parecía no tener cicatrices del pasado, y la envidiaba por ello. Pero las suyas eran demasiado hondas, demasiado venenosas, para poder ser olvidadas.

Podía quererla, pero hacía tiempo que se había prometido no amar jamás, a una mujer. Y él, nunca rompía sus promesas.

Eran poco más de las diez, cuando Lilly aparcó frente a la casa. Matthew se había marchado del hospital dos horas antes, cuando el médico les había dicho que la operación había salido bien y que no habían tenido, complicaciones.

Lilly se había quedado esperando, a que llevasen a Clara a la habitación y se había quedado junto a su cama, satisfecha con verla dormir plácidamente.

La enfermera terminó pidiéndole que se marchara, que se fuera a casa a dormir y que volviera, por la mañana. Y al final, había seguido su consejo.

La puerta principal, no estaba cerrada con llave y encontró a

Matthew sentado en el salón, con una copa de coñac en la mano.

—Ah, a mí también me sentaría bien una —dijo, dejándose caer en un sillón de orejas.

Matthew se levantó y le sirvió una copa, de líquido ámbar.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Tomó un sorbo y recostó, la cabeza.

—¿Todo va bien?

—Sí —abrió los ojos y tomó otro sorbo—. La enfermera casi me ha echado de la habitación, para que volviera a casa.

—Una chica lista —contestó—. Pareces cansada.

—Ha sido un día muy largo —se quitó las sandalias y hundió los pies, en la gruesa alfombra—. Y por aquí, ¿todo bien, también?

—Sí. Varios trabajadores, han venido a preguntar por Clara.

—Me alegro. Es una mujer muy especial. Si le das la oportunidad, enriquecerá tu vida.

Él asintió, apuró el coñac y dejó el vaso.

—¿Te han dicho, cuándo le van a dar el alta?

—Pasado mañana —terminó también su coñac y llevó el vaso, al fregadero—.

Es increíble, que vaya a regresar tan pronto.

—Sí, que lo es —contestó, mirándola largamente—. Bueno, me voy a la cama.

—Yo también —contestó ella, y el pulso se le aceleró ligeramente. Había algo en su mirada, que le había disparado la adrenalina.

Matthew apagó la luz del salón y salieron juntos hasta la escalera, que era donde se separaban, para ir cada uno a su habitación.

—Matthew, gracias por haber estado a mi lado hoy —dijo—. Siempre había temido tener que enfrentarme sola, a lo que pudiera ocurrirle a tía Clara. Ha sido maravilloso teneros a ti y a tu familia, conmigo.

—Me alegro, de haber podido estar —contestó él, apartándole un mechón de pelo de la cara.

Hambre. Eso fue lo que vio brillar, en los ojos de Matthew. Hambre, de ella.

La garganta se le quedó seca y el pulso se le aceleró. Cuánto deseaba volver a estar en sus brazos, sentir cómo sus caricias le ardían en la piel.

—Matthew —susurró.

—Te deseo, Lilly —dijo él—. Quiero tenerte en mi cama, entre mis brazos.

—Yo también, te deseo.

Él la abrazó y la besó en la boca, apasionadamente, a lo que Lilly contestó entreabriendo los labios y pegándose a su cuerpo. Sabía a

coñac y a pasión, y ella quería perderse en él. Matthew la tomó en brazos, la llevó a su habitación y la dejó suavemente, sobre la cama.

Él se desvistió y ella hizo lo mismo. No había timidez ni dudas, en su interior.

Cuando ambos estuvieron desnudos, se unió a ella sobre la cama, una mano apoyada a cada lado de su cara, y permaneció así un momento, solo mirándola.

—Menuda pareja estamos hechos, tú y yo —murmuró—. Tú te has pasado la mayor parte de tu vida sin familia y sintiéndote sola, y yo me he pasado la mayor parte de mi vida rodeado de familia, pero sintiéndome igualmente solo —la besó con ternura, en los labios—. Pero al menos por esta noche, ni tú ni yo vamos a sentirnos, solos.

Sus palabras le llegaron a un lugar frío del corazón, cuya existencia ella desconocía, y lo caldearon inmediatamente.

Sí, se había pasado buena parte de su vida sintiéndose sola, pero en aquel momento, rodeada por los brazos de Matthew, esa soledad desapareció.

Pero no pudo pensar más, porque él volvió a besarla y a acariciar su cuerpo, con aquellas manos ligeramente ásperas. Su beso fue explosivo, pero con una ternura latente, que le llegó directa al corazón.

El amor que sentía por Matthew, un amor contra el que había luchado, se expandió y la inundó, en cuerpo y alma.

Sus caricias estaban siendo distintas, de la primera vez. Aquel frenesí frenético, había sido reemplazado por lo que parecía ser una especie, de languidez.

Gimió al sentir sus manos cubriéndole los pechos, sus pulgares acariciándole los pezones.

—Lilly…, estos últimos días, creía que iba a volverme loco. No podía pensar más que en besarte, en hacerte el amor.

—Y yo no he dejado de desearte, ni un solo segundo.

—Lo más difícil que he hecho en mi vida, fue llevarte a tu dormitorio cuando viniste a darme las gracias por la rosa.

Bajó la cabeza y capturó uno de sus pezones, con la boca.

Lilly fue incapaz de contestar, y cuando cambió un pezón por otro, enredó los dedos en su pelo y gimió de placer.

No tardó en estar ardiendo de necesidad, pero él se tomó tiempo para seguir acariciando lánguidamente sus senos, su estómago, sus muslos, su entrepierna.

Ella entró también en el juego, acariciando su pecho, su abdomen, sus muslos como columnas, y disfrutó al ver el fuego que salía por sus ojos, cuando cubrió su pene con una mano.

Aquella fiebre mutua alcanzó rápidamente un punto, en el que los empujaba a ambos a alcanzar la posesión completa, y apenas se colocó entre sus piernas y la penetró, bastó con unos movimientos de sus

caderas, para que Lilly alcanzara el clímax.

Matthew esperó un momento, para que recuperara el aliento y comenzó a moverse de nuevo, arrastrándola con él arriba, cada vez más arriba, hasta que la hizo alcanzar un placer, que ni siquiera sabía que existía.

Cuando la pasión volvió a devorarla, tuvo un último pensamiento: ¿cómo iba a ser capaz de alejarse, de aquel hombre?

¡No!

Estaba al otro lado del cristal de la ventana, contemplando la escena que iluminaba sutilmente, la lámpara de la mesilla. Quería huir de aquella imagen, pero al mismo tiempo, sus pies lo conducían cada vez más cerca. Quiso cerrar los ojos, no ver la imagen de aquella pareja haciendo el amor, y sin embargo, sus párpados se negaban a obedecer.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo tenía la desfachatez de acariciarla de esa manera, cuando en realidad debía estar muerto? Matthew Delaney nunca debería haber salido de aquel río, por su propio pie. Debería haber caído de bruces en el agua y su sangre, debería haberse mezclado con la corriente.

Apretó los puños. Debería haber hecho otro disparo, pero consciente de que la detonación habría llamado la atención, había optado por marcharse.

No podía culpar a Lilly por su traición, porque ella era una mujer inocente de la que, aquel vaquero, se estaba aprovechando. Lo que tenía ante los ojos no era a una pareja haciendo el amor, sino una violación, y un odio visceral por Matthew Delaney, lo hizo temblar de pies a cabeza.

Tenía que sacar a Lilly de allí. Tenía que alejarla de él. Luego ya podría hacerle entender, que estaban hechos el uno para el otro. Le haría comprender que era suya, solo suya.

Capítulo 11

Tenía la sensación de llevar años hambriento y de que, Lilly, era un trozo del pan que da la vida. Tenía la sensación de haber estado muerto de sed y de que, Lilly, fuese un trago de agua fresca y clara.

Sabía que, en el fondo, era un error hacerle de nuevo el amor; pero al poseerla, al sentirse rodeado por su calor, al ver la pasión en sus ojos, también supo que no podía resistirse a hacérselo, por última vez.

Porque, a partir de esa noche, se mantendría alejado de ella. Nunca volvería a besarla, ni a abrazarla, ni a hacerle el amor. Pero esa noche, iba a ser suya.

Se había pasado la tarde pensando en lo que le había revelado, sobre su niñez, y por primera vez desde hacía años, había sufrido por el dolor de otra persona.

Se la había imaginado de niña, sentada en aquel porche, esperando que volvieran sus padres. Se había imaginado su dolor al transcurrir la noche y no volver a verlos. Había sufrido al sentir el deseo de abrazarla y no volver a soltarla, nunca.

Había deseado poder borrar su pasado y escribirlo, de nuevo, lleno de felicidad y amor.

Y una vez más, había vuelto a sorprenderle darse cuenta de que no solo había sobrevivido a su pasado, sino que lo había superado. Y mientras esperaba a que volviera del hospital, una necesidad desesperada de tenerla en sus brazos, se había ido adueñando de él.

En aquel momento, la oyó musitar su nombre y aceleró el ritmo, moviéndose dentro y fuera de ella, con el ritmo inmemorial de los amantes.

Quería que aquel momento durase para siempre, pero al mismo tiempo sabía que su clímax se acercaba, a toda velocidad, y redujo el ritmo, para intentar controlarse.

Con cada gemido, cada vez que la oía quedarse sin respiración, las llamas de su deseo crecían, y una vez más aceleró sus movimientos, incapaz de sustraerse al penetrante placer que era, estar haciéndole el amor, y vagamente se preguntó si alguna vez podría olvidar el sabor de su boca, el aroma de su piel, el recuerdo de su pasión.

Sintió que su orgasmo se acercaba, cada vez más rápido… más rápido… hasta que, gimiendo su nombre, se apoderó de él por completo.

Luego se colocó a su lado y los dos guardaron silencio, esperando que la respiración recuperase la normalidad. Después, apoyándose sobre un codo, la miró.

Nunca había estado tan hermosa, con el pelo revuelto y los labios ligeramente inflamados, por sus besos.

Con un dedo, trazó el contorno de su rostro y ella se llevó la mano a los labios y la besó en la palma, para luego cerrarle los dedos.

—Así es como beso yo, a tía Clara —le dijo, y frunció el ceño—. Matthew, tienes que saber que ella se preocupaba mucho, por vosotros. Llamó varias veces a los servicios sociales, para que investigaran a tu padre; pero siempre le decían que todo estaba bien, que vosotros estabais bien. Y tengo la impresión de que habría venido a veros más a menudo, pero que tu padre no se lo permitía.

Matthew suspiró. No le sorprendía enterarse, de aquello.

—Ya no la culpo —dijo, un instante después—. Haberla visto en el hospital, en esa cama, y oírle decir que lo siente, le ha devuelto a las cosas su justa perspectiva.

Ella estaba tan indefensa ante mi padre, como nosotros.

—¿Sabes lo que pienso, cuando recuerdo mi niñez? —preguntó ella, con los ojos brillantes.

—¿El qué?

—Pues siempre recuerdo ese refrán que dice que; lo que no te mata, te hace más fuerte.

Él sonrió.

—Entonces, tú y yo debemos ser muy fuertes.

—Yo creo que sí. Y no tiene nada de malo, siempre que no caigamos en la trampa de pensar que, por ser fuertes, no necesitamos a nadie.

—Ya estás, otra vez.

—¿Qué?

—Que ya estás, dándome consejos.

Ella se incorporó, riendo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Aún no había terminado, de abrazarla. Quería tenerla a su lado toda la noche y despertarse, junto a ella.

—Voy al baño —dijo, e iba a levantarse cuando de pronto, se metió de nuevo en la cama—. Matthew, hay alguien, al otro lado de la ventana.

—¿Estás segura? —le preguntó, con la adrenalina ya disparándose por sus venas.

Ella asintió, asustada.

Matthew sacó el revólver, del cajón de la mesilla y se puso, los vaqueros.

—Voy, por algo de comer —dijo, en voz alta.

—Me apetece algo dulce —contestó ella, por seguirle el juego.

Matthew asintió y nada más salir del dormitorio, corrió hasta la puerta. Una rabia ciega explotó en su interior, al bordear la casa a toda velocidad. La ida de que alguien hubiese podido estar viéndolos, mientras hacían el amor, que hubiera podido estar contemplando la belleza desnuda de Lilly, le resultaba insoportable.

Empuñando el arma, se asomó a la parte exterior de su ventana, desde la esquina. No había, nadie.

Miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie se ocultaba en las sombras.

La verdad era que había cientos de sitios en los que esconderse, favorecidos por la oscuridad de la noche.

Se acercó a la ventana. El arbusto que crecía debajo, estaba aplastado. Alguien había estado allí de pie, y la ira volvió a dominarlo.

Era una ira que había ido creciendo en él, desde la niñez; alimentada por los acontecimientos de las últimas semanas y atizada, por aquella última invasión. Y con todo ello iba mezclado el arrepentimiento, por haberse permitido hacerle el amor a Lilly, una vez más.

No era justo para ella, como tampoco lo era para él, puesto que no pretendía que formase parte estable, de su vida.

Darse cuenta de lo débil que era, en lo que a ella se refería, solo sirvió para avivar la llamas de su furia. Revisó el perímetro de la casa y volvió a la puerta, donde se encontró con Lilly, que se había puesto una bata rosa pálido.

—¿Has visto a alguien? —preguntó, visiblemente asustada, mientras él entraba y cerraba la puerta con llave.

—No, aunque la hierba está aplastada, debajo de la ventana. Alguien la ha pisado, hace poco.

Ella se cruzó de brazos y se estremeció.

—Alguien nos ha estado mirando, mientras hacíamos el amor.

—Pues quienquiera que fuese, ya no está. Deberías irte a la cama. Yo voy a quedarme un rato, por aquí.

La desilusión brilló brevemente en sus ojos y supo, que esperaba pasar la noche con él, entre sus brazos.

—¿Qué está pasando, Matthew? La rosa, los disparos… y ahora, esto.

Él, para controlar su propia desilusión, se aferró a la rabia que también sentía.

—No lo sé. Ojalá lo supiera, pero no tengo ni idea. Lo mejor que puedes hacer ahora es, meterte en tu habitación y cerrar con llave. No quiero distracciones, en este momento.

Sus palabras pretendían causar dolor y lo consiguió; pero, inmediatamente, se arrepintió.

—De acuerdo —dijo ella, apretándose el cinturón de la bata—. Buenas noches.

Y mientras subía la escalera, Matthew sintió ganas de llamarla; de tomarla en brazos y pedirle perdón; pero, no lo hizo.

Aquella noche se reunía, toda la familia. A tía Clara hacía dos días que le habían dado el alta, la fiesta de Halloween se celebraba la noche siguiente y Matthew nunca había estado tan frío y distante como se había mostrado con Lilly, durante los últimos tres días.

Y no solo eso, sino que la rabia que parecía palpitar siempre en su interior había sobrepasado el muro y estaba latente, a plena luz. Contestaba con aspereza a los trabajadores, a su familia y a ella, y se mantenía aislado, de todo el mundo.

Aquel comportamiento había despertado en Lilly, una intensa ira. ¿Cómo se atrevía a ir de un extremo al otro de ese modo, pasando de ser un amante apasionado y sensible, a un déspota frío e insoportable?

No lo entendía. No entendía aquella rabia, que parecía formar parte de su ser; pero sentía miedo, por él. Sabía que tenía una enorme capacidad de amar, que en el fondo de su ser había un manantial de ternura, de compasión y de sensibilidad; pero esa capacidad de amar yacía aplastada, por el peso de aquella cólera inexplicable.

—Estás muy callada —le dijo Clara.

Las dos estaban sentadas en el porche, esperando a que llegase la hora para acudir, a reunirse con los demás.

—Estaba pensando.

—¿En algo importante?

Lilly sonrió.

—¿Es que no sabes, que todos mis pensamientos son importantes? —bromeó—.

En realidad andaba pensando, que quizá sea ya hora de que vuelva a Dallas —dijo, más seria—. Quizá podría conseguir un puesto de aquí, a final de curso.

—¿Echas de menos tu trabajo?

El dolor de haber perdido a Danny, aún le partía el corazón; pero con la distancia había llegado a admitir, que había hecho todo lo que estaba en su mano por él.

—Sí, lo echo de menos —contestó, a pesar de que sabía que era una pequeña mentira. Lo que verdaderamente echaba de menos era, tener algo en lo que pensar, en lo que concentrarse, y que ese algo no fuera, Matthew Delaney.

—Me da mucha pena que te marches —dijo Clara, con la sonrisa de una madre

—. Recuerdo, cuando te vi por primera vez —recordó—. Estabas hecha una pena, tan delgaducha y tan sucia, pero la belleza de tu alma brillaba, en esos ojos azules tuyos.

Lilly sonrió.

—Aún me siento culpable, por intentar robarte el bolso.

Clara hizo un gesto con la mano, para quitarle importancia.

—Qué tontería. No eras más que una niña, que intentaba sobrevivir —puso la mano en el brazo de Lilly—. Sé que piensas que hice algo maravilloso por ti, llevándote a mi casa y abriéndote mi corazón; pero, en realidad, fuiste tú quien hizo algo maravilloso por mí. Llenaste todo el vacío de mi vida, y no pasa un solo día sin que le dé gracias a Dios,

por habernos unido.
Lilly se quedó momentáneamente, sin palabras.
—Yo también, se las doy todos los días —contestó.
—Sí. No quiero que vuelvas a Dallas, pero sé que es egoísta por mi parte querer, que te quedes aquí.
—Qué va. Si tú no has sido jamás egoísta —sonrió—. Pero más tarde o más temprano, tengo que volver. Además, la Navidad está a la vuelta de la esquina y vendré a verte.
—Este año, va a ser una Navidad preciosa —se animó—. Estaremos todos juntos, hijos y nietos de la misma familia. Va a ser, maravilloso.
—Sí —contestó. Solo esperaba que, para la Navidad, el amor que sentía por Matthew se hubiera apagado y quedara de él solo un lejano recuerdo, que ya no pudiera hacerle daño.
—Y no quiero que andes preocupándote por mí, en Dallas —añadió tía Clara—.
Ya has oído lo que ha dicho, el doctor Howerton. Estoy perfectamente bien, y lo único que tengo que hacer es cuidar la alimentación y tomarme esas pastillas, para el colesterol.
—Lo cual, es un alivio —miró el reloj—. Será mejor, que nos vayamos ya. Todos deben estar, a punto de llegar.
—Sí, y quiero hacer café y té frío, para todos.
Juntas dejaron la casita de Clara y entraron, en la casa grande. Matthew estaba, en el recibidor.
—Matthew, hijo, voy a hacer café y té frío, para la reunión de esta noche —dijo tía Clara—. ¿Quieres que prepare, algo más?
—No sé por qué, te tomas tantas molestias. Así querrán quedarse todos, más tiempo de lo normal —frunció el ceño—. Estaré, en mi despacho.
Y se marchó.
—A veces tengo la impresión de que, ese muchacho, necesita una buena azotaina —murmuró tía Clara—. Voy, a la cocina.
Lilly se quedó en el vestíbulo, y la cólera que había ido creciendo en su interior aquellos tres días, continuó aumentando. Sin darse tiempo para pensar, echó a andar pasillo adelante y entró, en el despacho de Matthew. Lo encontró sentado, tras una gran mesa de roble.
—Quiero hablar contigo —dijo, sin más.
—Estoy ocupado —le espetó él.
—Ya —contestó ella, y cerró la puerta, a su espalda.
Durante un instante no supo exactamente, qué era lo que quería decirle, pero se lanzó al final.
—Me dijiste que tu padre siempre os castigaba, cuando la tía Clara y yo nos habíamos marchado ya.
—¿Y?
Se acercó a la mesa y apoyó ambas manos, en el tablero.

—Pues que me gustaría saber por qué, ahora que tu padre ya no está, has decidido castigarme a mí y a todo el mundo, en general.

Él, apartó la mirada.

—No seas ridícula. Yo, no castigo a nadie.

—Sí, que lo haces. Y tengo la sensación de que, por alguna extraña razón, llevas años castigando a tu familia.

Lilly dio un paso atrás, cuando vio que él se levantaba y se plantaba, ante ella.

—Tú no sabes, nada de nada —le espetó.

Lilly tuvo que contener el impulso de acariciarle la mejilla, justo en el punto en que le temblaba un músculo.

—Lo que sí sé es que esa ira que llevas dentro, va a terminar comiéndote vivo.

—Yo no soy Danny. No me voy a tragar un montón de pastillas, ni me voy a meter el cañón de una pistola, en la boca.

—Pero ¿es que no te das cuenta, Matthew? Te estás matando —continuó con suavidad. Dios, cuánto lo quería…—. La diferencia es que tú has decidido hacerlo más despacio, menos espectacularmente que Danny.

Él se guardó las manos en los bolsillos y el temblor del músculo en la mejilla, se hizo más pronunciado.

—Ya te lo he dicho más veces, Lilly: deja de darme consejos.

—¡Pues dátelos tú mismo, por amor de Dios! —exclamó, exasperada—. Tu padre era un hombre violento, que abusó de vosotros; pero ahora ya no está y tú, ya no eres un niño. Y tampoco eres el único hombre en el mundo, que ha tenido un mal padre. Supéralo de una vez y déjalo, donde debe estar: en el pasado.

Dio media vuelta con intención de marcharse, pero él la sujetó por un brazo.

—¿Es eso lo que has hecho tú, Lilly? ¿Superar el pasado?

Ella lo miró, desafiante.

—Exactamente.

—Si eso es cierto, dime por qué tienes treinta y cinco años y sigues estando, sola. Dime por qué has decidido no casarte, ni tener familia.

La pregunta la pilló desprevenida y tardó un momento, en contestar.

—Lo uno, no tiene nada que ver con lo otro.

Sus miradas siguieron desafiándose, y Lilly sintió un profundo dolor al darse cuenta, de que no iba a poder ayudarlo… Ni ayudarlo, ni amarlo.

De pronto, la soltó.

—Y ¿a tí qué te importa, de todos modos? No dejas de darme la lata, con que me abra a los demás; que deje de aislarme, mientras que tú vas a volver corriendo a tu vida solitaria, en Dallas. No eres tan

diferente de mí, Lilly. Simplemente, has conseguido engañarte, pensando que lo eres.

—Nosotros, no nos parecemos en nada —le espetó, dejándose llevar por la ira y sujetándolo por un brazo—. Tú has decidido desentenderte, de tu enorme capacidad para amar. La rabia por lo que pasó en tu infancia te tiene tan devorado, que no eres ya capaz de abrirle a nadie tu corazón —soltó su brazo y retrocedió—. Pero yo sé que soy capaz de amar, porque me he enamorado de ti.

No podría decir quién de los dos se quedó más sorprendido, al oírselo decir.

Desde luego, no era esa su intención, y la sorpresa de él expresaba claramente, que no se esperaba una confesión así.

—Qué tontería —dijo, y volvió a apartar la mirada—. Estás confundiendo sexo, con amor.

—No te atrevas a rebajar así, mis sentimientos —le espetó, y sintió el escozor de las lágrimas en los ojos—. Tengo treinta y cinco años, y no soy una adolescente hechizada, por su primera experiencia sexual. Sé perfectamente bien lo que siento y no voy a permitir que lo manches, o que te burles de ello.

Matthew dio un paso hacia atrás y se pasó una mano, por la cabeza.

—Lilly, yo no puedo quererte —dijo, y sus ojos se volvieron pozos de oscuridad

—. No puedo querer a nadie —respiró hondo y se colocó de nuevo tras la mesa, como si quisiera interponer un obstáculo entre ellos—. Siento que me hayas interpretado mal…, haberte dado falsas expectativas…

—No ha sido cosa tuya —lo único que quería era huir, escapar de aquella humillación—. Solo espero… —tragó saliva— solo espero que consigas descubrir, la fuente de toda esa cólera y sobreponerte, a ella.

Salió del despacho, con las lágrimas rodándole por las mejillas y subió, a su habitación.

Una vez allí, dejó fluir las lágrimas; no por ella, sino por él. Si seguía por el camino del aislamiento, jamás conocería el gozo de amar. No conocería la unión de una pareja, la sensación de plenitud.

Pero sus lágrimas acabaron siendo también por ella, por los años que llevaba cargando con las cicatrices del pasado; unas cicatrices que la habían mantenido aislada, de los demás.

Él se había pasado la vida enfadado, pero ella se la había pasado dominada por el miedo. Miedo de dejar que un hombre se acercase demasiado, de abrir su vulnerable corazón. El abandono de sus padres la había empujado a protegerse, tras un muro. Nadie, aparte de tía Clara, había penetrado tras esa protección; pero lo que más le dolía no era saber que Matthew estaba en lo cierto respecto a ella, sino saber que por él habría estado dispuesta, a correr el riesgo.

Tenía que afrontar el hecho de que, aunque estaba convencida de que Matthew Delaney era su alma gemela, era también un lobo solitario en cuya vida, no había sitio para ella.

Capítulo 12

Ella lo quería.

Matthew se sentó en la silla del despacho, atónito. A pesar de haber intentado ser duro y frío con Lilly, a pesar de haber intentado por todos los medios mantenerla a distancia, lo quería.

Saberlo le produjo un dolor en el pecho, que le impedía respirar. Tenía que estar equivocada. No podía ser.

—Oh, Lilly —susurró, tapándose la cara con las manos.

Las cosas, se le habían ido de las manos. No debería haberse acostado con ella.

Pero su deseo había sido más intenso, que su sentido común. Su deseo por ella era más intenso, que cualquier otra cosa que hubiera podido sentir en su vida.

En los pocos días que llevaba en su casa, le había aportado mucha alegría. En el tiempo que pasaban juntos, le proporcionaba una extraña paz. Pero se trataba de una paz falsa, que podía explotar en cualquier momento.

Lilly había dicho que la estaba castigando, pero lo que ella no sabía, lo que no podía decirle, era que lo que, de verdad, estaba haciendo era protegerla. Sabía que era peligroso, que alguien se acercara demasiado a él.

Levantó la cabeza al oír el ruido que hacía su familia al llegar, pero no se movió de donde estaba. Ella también había dicho, que llevaba años castigando a su familia; pero eso era, ridículo. Él quería mucho, a sus hermanos.

Se había pasado la vida, intentando protegerlos de su padre. Para ello había intentado ser le hijo perfecto, hacerlo todo bien, para que el viejo estuviera contento y los dejara en paz.

«Mentiroso», le susurró una voz interior. ¿Por qué? ¿Por qué iba a mentirse, a sí mismo?

En contadas ocasiones rememoraba, conscientemente, aquellos años; pero entonces recostó la cabeza y retrocedió hasta aquel tiempo… aquellos horribles años que habían sido, su juventud.

Todos sus recuerdos, todos los años en que Lilly había ido de visita al rancho, habían estado llenos de terror e incertidumbre. El último día de la última visita de Lilly, cuando él tenía ya dieciocho años, fue también la última vez, en que su padre intentó pegarle.

Adam había echado hacia atrás el brazo, con el puño apretado y él, se lo había sujetado.

—Si te atreves a pegarme, te devuelvo el golpe —le dijo.

Aquella fue la última vez en que, su padre, intentó pegarle; pero el abuso mental continuó, hasta el mismo día de su muerte.

No podría decir cuánto tiempo había estado allí, envuelto en aquellos recuerdos, cuando alguien llamó a la puerta del despacho.

—Adelante —dijo.

Luke, asomó la cabeza.

—Eh, Matthew. Ya estamos todos. Solo faltas tú.

—Enseguida voy.

Cuando Luke volvió a cerrar la puerta, intentó desprenderse de aquellas imágenes.

Con la confesión de Lilly, aún tintineando en sus oídos y la retrospección en su juventud, llenándole la cabeza, se sentía más vulnerable, que en ningún otro momento de su vida.

Incómodo con aquellas emociones, entró en el salón.

«Tengo la sensación de que, por alguna extraña razón, llevas años castigando a tu familia.» Las palabras de Lilly le daban vueltas y más vueltas, en la cabeza.

—Ah, ya está aquí el cabeza de familia en persona —dijo Johnna, con el tono áspero con que acostumbraba a dirigirse, a él.

La imagen de su hermana recién nacida, llorando desconsoladamente el día del funeral de su madre, se le materializó ante los ojos. No había conocido a la mujer que le dio la vida, y durante su infancia, Matthew le gritaba a menudo, intentando que no se desmandara, que no provocase la ira, de su padre.

Había sido un hermano duro, para todos ellos. Los había obligado a callarse, cuando discutían o se echaban a llorar. Les ordenaba que recogiesen sus habitaciones, que se ocuparan de sus tareas, que hicieran todo lo que fuese necesario, con tal de mantener la paz de la casa.

Y en aquel momento, al mirarlos, se dio cuenta del enorme amor que sentía hacia ellos, a pesar de que no habían tenido tiempo que compartir juntos, ni risas con las que disfrutar, ni secretos que susurrarse al oído. Todo había sido, pura supervivencia.

Se apoyó en el frontal de la chimenea, consciente de que todos lo miraban.

Como siempre, esperaban que les comunicara la razón, de aquella reunión.

Intentando apartar con desesperación los recuerdos y la emoción, que amenazaban con ahogarle, comenzó a hablar.

—Intentaba mantenerte a salvo —le dijo a Johnna, sorprendiéndose a sí mismo, horrorizándose, pues no era eso ni mucho menos, lo que pretendía decir.

Ella frunció el ceño, confusa.

—¿Cómo dices? ¿Me he perdido algo?

La emoción le estaba partiendo el pecho, pero ya no podía controlarse. Era demasiado intensa, demasiado abrasadora, y buscó la ira de siempre, aquel recurso que siempre había acudido en su ayuda, en cualquier momento; pero, en aquel momento, no le sirvió.

—Cuando éramos pequeños —dijo al fin; miró a sus hermanos y luego a Johnna

—. Intenté manteneros a todos, a salvo.

Jerrod, el marido de Johnna, se levantó y miró a Abby y a April.

—Creo que deberíamos salir y dejarlos un momento, a solas. No deberíamos estar presentes, en esta conversación.

Mientras salían de la habitación, Matthew se sirvió una copa, sorprendido de comprobar, que las manos le temblaban.

Tenía que controlarse. Nunca se había sentido así. Respiró hondo y se tomó un trago de whisky.

—Tú nunca has hablado de ello —dijo Johnna, con suavidad—. Nunca hablas de nuestro padre y de nuestra niñez. Es como si para ti nunca nos hubiera ocurrido, nada malo.

—Quizá porque era el favorito de papá —contestó Luke, y Matthew lo miró sorprendido—. No pongas esa cara. Papá se pasaba la vida diciéndome, que yo era un perdedor y que por qué no podía parecerme más, a tí.

—Y a mí me decía que era un mierda y que era una pena, que no me pareciera más a Luke —añadió Mark.

Todos se miraron, sorprendidos.

—¿No os dais cuenta? Papá pretendía dividirnos, para dominarnos —dijo Johnna—. Cuando hacía algo mal, siempre me decía que cualquiera de vosotros se había chivado: Matthew, Mark, Luke… Daba igual. Lo que él quería era que yo pensara, que uno de mis hermanos era un chivato. Quería que desconfiáramos, los unos de los otros.

Matthew sabía que era cierto. Adam Delaney había manipulado a sus hijos, para que no se fiaran los unos de los otros, para que nunca dependieran o confiasen.

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, no había sido capaz de evitar que sus hijos se quisieran.

De nuevo se sintió lleno de amor por sus hermanos, un amor manchado por otra emoción: el peso rastrero y sucio, de la culpa.

Tenía que hablar con ellos, decirles muchas cosas que era necesario que supieran, pero eran pensamientos y sentimientos que llevaba tanto tiempo ocultando en su interior, que no estaba convencido de ser capaz de exteriorizarlos.

Dejo la copa y sintió una sofocante presión en el pecho, y de nuevo recurrió a la socorrida ira, su compañera de tantos años, la barrera ante cualquier otro sentimiento, pero, una vez más, se negó a acudir en su ayuda.

Sus hermanos lo miraban expectantes, así que respiró hondo y se pasó la mano por la cabeza.

—Yo era el mayor —empezó—. Debería haber hecho algo, para salir de aquella situación —entonces la ira, sí que volvió a volarle por las

venas, empujándole a estrellar un puño en la mesa—. Maldita sea, debería haber hecho algo.

Johnna se acercó y puso la mano, sobre su puño. Tenía la mano fría, y Matthew no habría podido decir si el temblor era suyo, o de ella.

—Y ¿qué podías hacer? —le preguntó.

Matthew apretó todavía más el puño, hasta que las uñas se le clavaron en la palma.

—Debería, haberlo matado.

—No, no podías —contestó Mark, acercándose a ellos y mirando a Matthew a los ojos—. Tú no eres capaz de matar. Ninguno lo somos. A pesar de lo que papá nos decía, a pesar del modelo que era para nosotros, somos buenas personas.

Algo dentro de Matthew…, algo profundo, escondido y feo, salió a la superficie. Las lágrimas le inundaron los ojos, nublándole la imagen de Mark; luego la de Johnna y, por último, la de Luke.

—Yo no —dijo, y se separó de ellos. Necesitaba distancia para asimilar, lo que acababa de descubrir de sí mismo—. No soy buena persona —repitió, limpiándose avergonzado las lágrimas—. Hasta este momento, siempre había pensado que intentaba ser el hijo perfecto para protegeros, pero eso es mentira. Es una mentira, con la que me engañaba a mí mismo. Intentaba ser el hijo bueno, para protegerme a mí mismo.

Aquel era el oscuro secreto, que había estado emponzoñando su alma tanto tiempo.

Respiró hondo y peleó contra las lágrimas, que volvían a nublarle la vista, lágrimas de dolor…, lágrimas de vergüenza.

—Cuando papá os pegaba a uno de vosotros, yo me sentía mal…, pero también sentía alivio, porque no me estuviera pegando a mí —incapaz de controlarse, un hondo sollozo se le escapó de los labios—. Dios, cuánto debéis odiarme.

—¿Odiarte? —Luke se acercó a él—. Odiarte ¿por qué? ¿Por ser humano? ¿Por sentir lo mismo, que sentíamos nosotros? Lo siento, hermano… Siento desilusionarte, pero no hay ni un gramo de odio en mi corazón, hacia tí.

—Matthew, ¿de verdad crees que eras tú el único que se sentía aliviado, porque la paliza se la llevara otro? —Johnna se acercó también a él, con sus ojos grises llenos de comprensión y amor—. Yo recuerdo estar metida en la cama, oyendo cómo papá pegaba a Mark y deseando que no dejara de hacerlo, porque sabía que después vendría por mí —se volvió a Mark y le sonrió—. Perdóname.

Mark asintió.

—Era, como si estuviéramos en guerra —dijo—. Aunque éramos niños, todos aprendimos a sobrevivir a toda costa —se pasó una mano por el pelo, mirando a Matthew—. Por amor de Dios, Matthew, deja de

culparte por ser humano. El único monstruo de esta casa, era nuestro padre.

Matthew miró a su hermano, a los ojos y no vio censura en ellos, ni resentimiento, ni negatividad. Solo el brillo del amor fraternal, y por primera vez en su vida, se acercó a él y le dio el abrazo, que los dos llevaban toda la vida necesitando.

Y mientras lo abrazaba, vio lágrimas rodar por las mejillas de Johnna. Johnna, que siempre parecía tan fuerte, tan capaz, lloraba como una niña. Soltó a Mark y le hizo un gesto, para que se acercara.

—Necesitaba que me quisieras, Matthew —sollozó, con la cabeza oculta en su pecho—. Pero siempre eras tan frío, tan… distante. Creía, que me odiabas.

—¿Odiarte? Jamás te he odiado —se sorprendió—. Siempre te he querido. Os he querido a todos. Pero tenía tanto miedo de que me culpaseis, por todo lo que ocurrió que…

Todos se abrazaron llorando, un abrazo y unas lágrimas que curaron viejas heridas, que habían permanecido abiertas durante demasiado tiempo.

Matthew no cabía en sí de gozo. El sentimiento de culpa que no sabía que albergaba y que tan desolado le había dejado el corazón, desapareció ante el amor que sentía por sus hermanos y el que ellos, le devolvían.

Siguieron hablando de ello todavía un rato más, exponiendo sus peores recuerdos y los mejores, y el proceso de expulsar a su padre definitivamente de sus vidas, comenzó.

Por primera vez, Matthew compartió los recuerdos que tenía de su madre con unos hermanos, que eran demasiado jóvenes como para recordar.

—Deberíamos haber hablado de esto, hace tiempo —dijo Luke.

—Lo bueno es que por fin, lo hayamos hecho —contestó Johnna—. Y es un buen comienzo. Puede que, a pesar de todo, seamos una familia —dijo, secándose las lágrimas—. A lo mejor, a pesar de los intentos de papá para conseguir lo contrario, vamos a ser esa familia, que todos deseamos tanto.

Matthew asintió, demasiado emocionado para hablar. Fue a la mesa y se tomó otro trago de whisky. «Gracias, Lilly», pensó. «Gracias, por obligarme a mirar en mi interior. Gracias por hacerme ver, lo importante que es mi familia para mí.»

—Bueno… y ¿para qué era la reunión? ¿Era de esto, de lo que querías hablar?—preguntó Mark.

Matthew se echó a reír.

—Ni de lejos. No tenía ni idea, de que íbamos a acabar así —apuró la copa—. La reunión era para deciros, que había tomado una decisión: cuando el rancho fuera legalmente nuestro, quería vender mi parte a

quien quisiera comprármela.

—Y ¿sigues pensando igual? —preguntó Luke—. Porque desde este mismo momento te digo, que quiero que el rancho siga siendo un negocio familiar, y no seremos una familia sin ti, Matthew.

La emoción volvió a agolparse en su pecho, pero antes de que pudiera contestar, la puerta se abrió de golpe y Lilly entró corriendo.

—¡El establo está ardiendo! —gritó.

Hubo un segundo de parálisis general, y luego, todos salieron corriendo del salón.

Al verlos correr, Jerrod apareció en la puerta de la cocina.

—¿Qué pasa?

—¡Fuego! —exclamó Matthew—. ¡Hay un incendio, en el establo!

Al salir al porche, vieron las llamas elevándose ya hacia el cielo. En un clima tan seco como aquel, no había nada peor que un incendio.

Los relinchos de los caballos atrapados dentro, flotaban en el aire.

—Mark, Luke, acercaos a ver, si se puede sacar a los caballos —les dijo Matthew

—. April, llama a los bomberos. Jerrod, ayúdame con las mangueras.

Todos se pusieron en movimiento. Mientras Luke y Mark entraban en el establo, Matthew empuñó una de las mangueras dispuestas para aquella clase de emergencias, Jerrod otra y juntos corrieron hacia el fuego, con el agua saliendo ya a toda presión.

El aire estaba cargado de humo y cenizas, y Matthew sintió un enorme alivio al ver a los caballos salir, con los ojos desorbitados por el miedo y echar a correr. Y aún sintió mayor descanso al ver salir a sus hermanos, de aquel infierno.

Por el rabillo del ojo se fijó en Lilly, que con otra manguera bordeaba el establo, hacia la parte trasera. Habría querido decirle que se metiera en casa, donde no correría ningún riesgo; pero sabía que necesitaban más agua, si querían controlar las llamas.

Porque eran enormes; columnas brillantes que se elevaban hacia el cielo, iluminando la noche.

Luke se le acercó corriendo. Traía la cara negra, por el humo.

—Voy por otra manguera, para mojar el resto de los edificios —dijo.

Matthew asintió, y aún transcurrieron unos minutos antes de que se preguntara, cómo se habría iniciado aquel incendio: si habría sido un accidente o un nuevo ataque, contra el rancho.

Tardaron casi una hora, en apagarlo todo. Agotados y cubiertos de hollín, se acercaron a lo que quedaba del edificio, para valorar los daños.

Las mujeres, se unieron a ellos.

—Llamé a los bomberos, pero había otro incendio en la ciudad —explicó April.

El departamento de bomberos de Inferno consistía en un solo coche, un bombero profesional y un grupo de voluntarios—. Me han dicho que el *sheriff* Broder vendrá, más tarde.

Matthew asintió, ausente.

Luke, que estaba inspeccionado lo que quedaba, apareció con dos latas de gasolina.

—Están vacías —dijo—. ¿Alguien sabe, de dónde han salido?

Matthew negó, con la cabeza.

—Todos los contenedores de combustible, que se usan en el rancho, son de plástico. Esas latas, no son nuestras.

—Entonces, el incendio ha sido provocado —sentenció Luke—. Menos mal que los daños se concentran, en la pared posterior. Podremos salvar, el resto.

Matthew, volvió a asentir.

—¿Dónde está Lilly? —preguntó Clara, alarmada, y todos miraron a su alrededor.

—No estaba con nosotras —contestó April—. La última vez que la vi, arrastraba una manguera hacia el otro lado del establo.

—Yo acabo de dar la vuelta y no la he visto —dijo Luke.

Matthew miró a su alrededor, asustado.

—Abby, ¿quieres entrar, a ver si ha subido a su habitación?

La mujer de Luke asintió y salió apresuradamente, hacia la casa. Un momento después, la ventana de la habitación de Lilly se abrió.

—No está aquí —dijo—. Ni tampoco, en el resto de la casa.

Entonces sí que se asustó, de verdad. ¿Dónde podía haberse metido?

—Vamos a buscarla —dijo Mark.

Se esparcieron por el terreno en torno a la casa, llamándola a gritos. Con cada minuto que pasaba y no obtenían respuesta, Matthew sentía, como si una mano helada le apretase el corazón.

¿Habría sido una tapadera lo del incendio, una mera distracción? Pensó en la serpiente de su cama, en la rosa misteriosa, en los disparos… El terror se apoderó de él. Por amor de Dios, ¿qué había sido de ella?

¡Lo había conseguido! Acercó una silla al lado de la cama, sobre la que descansaba Lilly, con las manos atadas al cabecero de hierro. Era suya. Toda suya.

Se inclinó sobre ella y olió su pelo, su cara, su cuello… Qué bien olía. Quería tocar su cara, acariciar su piel de terciopelo; pero eso, podía esperar; así que apoyándose de nuevo en el respaldo de la silla, se felicitó.

Provocar un incendio había sido una idea, de inspiración divina. La distracción que necesitaba para alcanzar su objetivo, y que todo al final hubiese resultado tan fácil le confirmaba en su idea de que, Lilly y él, estaban destinados a unirse para siempre. Había visto a todos los

Delaney, llegar para la reunión y se había colado en los establos, para rociar con gasolina una de las paredes.

Las manos le habían temblado mientras lo hacía, temblores de necesidad y desesperación. Hacía tres días ya desde que los había visto, a Matthew y a ella, haciendo el amor; tres días en los que no había parado de darle vueltas, a lo que debía hacer para no perderla.

El golpe final de buena suerte había sido verla bordear el establo, con una de las mangueras para mojar la otra pared. En aquel instante supo, que era la señal que había estado esperando, que era, su oportunidad.

En un primer momento, intentó que lo acompañase voluntariamente; pero ella, al darse cuenta de lo que pretendía, se había resistido y él, al ver que intentaba gritar, le había dado un puñetazo en la mandíbula, que la había dejado sin sentido.

Luego, todo había sido cosa de tomarla en brazos y alejarla de la gente, que no tenía derecho a su compañía, para meterla luego, en su camioneta.

Hacía días que había preparado el sótano de su casa, para ella. Las estrechas ventanas estaban cubiertas, para que nadie pudiese mirar, había fregado el suelo y había hecho la cama, con unas preciosas sábanas nuevas.

Sobre la mesilla, había colocado un ramo de flores y varios cuadros, en las paredes. Quería que el lugar, le resultase agradable. Incluso las toallas eran nuevas, también.

Volvió a inclinarse sobre ella. Empezaba a aparecerle, un hematoma en la mandíbula. Esperaba, no haberle roto nada.

—¿Lilly? —susurró. Cómo le gustaba el sonido de ese nombre, en sus labios—.

Lilliana, despiértate, cariño.

Pero ella no se movió. No hubo cambios en su respiración, ni se movieron sus párpados, así que decidió esperar, satisfecho con poder observarla. Sabía que cuando se despertase se enfadaría, que tardaría un poco en darse cuenta, de que estaban hechos el uno para el otro.

Pero él, era paciente. Había esperado diecisiete años para tenerla, y ahora ya era suya. Tenía toda la eternidad, para hacérselo comprender.

—No te preocupes, que aquí estás a salvo, Lilly —murmuró. A lo mejor tenía hambre, cuando se despertase. Él era un gran cocinero, pero quizás lo mejor fuese una sopa, después de haber estado inconsciente—. Voy a la cocina, a prepararte un buen plato de sopa. Enseguida vuelvo.

Se detuvo al pie de la escalera y se volvió a mirarla, con toda la fuerza del amor que sentía por ella. Esperaba saber hacérselo entender, y esperaba que el sentimiento terminara por ser recíproco, porque, de no ser así, se enfadaría y su ira no era cosa buena. A veces incluso, le



asustaba.

Capítulo 13

—No te preocupes, aquí estás a salvo, Lilly.

Aquellas palabras penetraron en la niebla, que invadía su cabeza. Su contenido debía pretender calmarla, pero lo que ella sintió fue, un miedo incontrolable.

A medida que la inconsciencia se retiraba, sintió un dolor intenso en la mandíbula e intentó tocarse con la mano, el punto que tanto le molestaba, y el miedo se transformó en pánico al darse cuenta, de que tenía las manos atadas por encima de la cabeza.

Con un enorme esfuerzo, abrió los ojos. Estaba en una cama pequeña, con las manos atadas al cabecero.

Pero ¿qué estaba ocurriendo? ¿Cómo había llegado hasta allí? Cerró de nuevo los ojos e intentó pensar, encontrar respuestas a las preguntas, que le daban vueltas en la cabeza.

Recordó la escena con Matthew en su despacho, la humillación que había sentido al decirle que lo quería, la huida a su habitación. Recordó su llanto de dolor, por saber que él nunca llegaría a amarla.

Entonces se había levantado, para acercarse a la ventana. ¡El incendio! Había visto las llamas devorando el establo y se había lanzado escaleras abajo, para decírselo a los demás.

Frunció el ceño. El dolor de la mandíbula, le dificultaba pensar. Sí, recordaba el fuego y que había empuñado una manguera, para ayudar a apagar las llamas.

Mientras Matthew y Jerrod trabajaban en la parte delantera, ella se había ido a uno de los laterales, pensando en atacar el fuego desde otro flanco.

Pero a partir de ese momento, no recordaba nada más. Vagamente tenía la sensación de haber forcejeado con alguien y de sentirse en peligro, pero eso era todo.

Estaba claro que esa persona era, quien la había llevado hasta allí y la había maniatado, como si fuera una ternera. Tiró de la cuerda que la sujetaba, pero los nudos estaban bien hechos y el cabecero era sólido.

Tiró y tiró durante varios minutos, pero no consiguió nada.

¿Se habrían dado cuenta ya, de que no estaba en el rancho? ¿Sabría Matthew, que la habían secuestrado?

—Matthew…

Susurró su nombre y rogó porque estuviera ya, buscándola. Pero ¿dónde estaban? Si ni siquiera ella lo sabía, ¿cómo se lo iban a imaginar, los Delaney?

Sintió que los ojos, se le llenaban de lágrimas. Pero llorar, no serviría para nada.

Lo que tenía que hacer era averiguar, dónde estaba y por qué, la habían llevado allí.

El corazón se le desbocó, al oír el sonido de unos pasos. Luego oyó

el ruido de una puerta al abrirse y de nuevo pasos, en la escalera. Rápidamente volvió a cerrar los ojos para fingir que seguía inconsciente, hasta que pudiese trazar alguna clase de plan.

—Ah, mi bella durmiente —dijo una voz, que le sonaba familiar. ¿A quién pertenecía? Ya la había oído antes, pero en aquel momento no podía identificarla.

Mantuvo los ojos cerrados, temerosa de abrirlos.

Algo frío le rozó la mandíbula y con un respingo, abrió los ojos.

—¡Ned! —exclamó. Ned Sayville.

La sorpresa fue, mayúscula. ¿Por qué la habría llevado allí y la habría atado, a la cama?

—Ah, Lilly. Estás despierta —sonrió, y dejó la toalla de agua fría que le había puesto junto a la cara, sobre la mesilla—. Temía haberte golpeado, con demasiada fuerza. Llevas un buen rato, inconsciente.

—¿Ned? —repitió, intentando encontrarle sentido a todo aquello. Actuaba como si fuera perfectamente normal, que ella estuviera atada en el sótano de su casa.

—Siento haber tenido que pegarte. Ya sabes que no te haría daño, a menos que fuese absolutamente necesario —sonrió—. Te he traído, un plato de sopa. Debes tener hambre.

Comer era lo último en lo que podía pensar, en aquel momento.

—¿Por qué, has hecho esto? ¿Por qué estoy, aquí?

Él se recostó en el respaldo de su silla y la miró con dulzura, lo que la asustó todavía más.

—Porque éste, es tu sitio. Aquí, conmigo —se acercó a ella—. Tú eres mi destino, Lilly. Eres mi vida…, mi amor. Te perdí una vez, pero ahora que se ha vuelto a presentar la oportunidad, no voy a desperdiciarla.

Estaba loco. Su locura era de una clase mucho más peligrosa, que esas aparentes; ya que permanecía oculta, tras una máscara de normalidad. Pero estaba allí, en sus palabras, en el brillo de sus ojos castaños.

—Ned, te estás equivocando. Si me desatas y me dejas marchar, te conseguiré ayuda. No presentaré cargos contra ti, te lo prometo.

Él sonrió.

—Sabía que dirías eso…, que ibas a tardar un tiempo, en comprender. Pero verás, ya te he perdido una vez, y no quiero volver a correr, ese riesgo.

—¿Qué quieres decir con eso, de que ya me perdiste una vez?

Intentó no pensar, en lo que le dolía la mandíbula, en el frío que le corría por las venas.

—Hace diecisiete años.

No entendía nada.

—No comprendo. Pero si no te conozco.

Se recostó de nuevo en su silla, con una sonrisa de infinita paciencia.

—Pero yo sí te conocía a ti. En cuanto te vi, supe que eras la mujer que había estado esperando. La persona que podía hacer desaparecer mi soledad y hacer que mi vida fuese, perfecta —se rio—. Ya veo que aún no sabes, dónde nos conocimos. Te voy a dar una pista: los Taylor.

—¿Los Taylor? Pero si eran una familia de acogida, con la que estuve —recordó, intentando encontrar una explicación.

Él asintió.

—Estuviste allí, trece días y seis horas. Luego, te escapaste.

Lilly se lo quedó mirando, fijamente. Los Taylor tenían tres niños en acogida, cuando estuvo con ellos: un niño que se llamaba Billy; una niña de trece años, de nombre Sarah, y un chaval de diecisiete años, Edward.

—¿Edward? —lo llamó, sin convicción.

Él asintió, complacido.

—Edward es mi nombre, pero Ned me gusta más. Cuando te marchaste, estuve buscándote. Sabía que mi vida no sería la misma sin ti, pero no conseguí encontrarte.

Lilly sintió que la cabeza le daba vueltas y que el dolor de la mandíbula crecía, mientras intentaba encajar las piezas de aquel rompecabezas.

—¿Cómo… cómo volviste a encontrarme?

—Fue el destino. Iba de vuelta a casa cuando me paré en un supermercado, en el que no tenía costumbre de entrar. Y al llegar a la zona de la carne para comprar unas hamburguesas, allí estabas tú, comprando pechugas de pollo.

Se levantó, como si la excitación que le provocaba el recuerdo le impidiera, permanecer inmóvil.

—No podía creer, lo que veían mis ojos. Te reconocí, inmediatamente y supe que el destino me estaba ofreciendo, una segunda oportunidad. Durante varios días, anduve siguiéndote. Averigüé dónde vivías, tus horarios, la frecuencia con que visitabas a tu tía. Entonces vi, que había puesto la casa en venta; hablé con el agente de la propiedad inmobiliaria y me enteré, de que ibas a traerla aquí —se paseaba de un lado para otro, al pie de la cama—. Vine un par de días antes, de que llegaseis.

Sabía que tenía que estar preparado, para nuestro encuentro.

—Ned, por favor, desátame y déjame marchar —le rogó.

Él dejó de pasear y sonrió, con tristeza.

—Lo siento, Lilly, pero no puedo hacerlo. He esperado demasiado tiempo, a que llegase este momento…, a que llegases tú —volvió a sentarse, junto a la cama—.

Intenté olvidarte, te lo juro. Conocí a dos mujeres, que se parecían a

tí e intenté amarlas, pero no pude.

—¿Fuiste tú quien hizo las pintadas, en las cabañas?

—Sí. Y lo de la serpiente, también fue cosa mía —admitió, con una sonrisa—.

Eso fue, una especie de juego. Esperaba que la vieras, antes de que tuviese oportunidad de atacar. Luego, cuando la saqué de allí y te dejé la rosa, pensé que entenderías, pero no fue así.

—¿Y también fuiste tú quien disparó, cuando estábamos en el río?

—Le disparé a él, a Matthew. No tiene derecho a mirarte, como lo hace. Eres mía, no suya —entornó los ojos y su expresión, se volvió oscura—. Quería matarlo, pero fallé.

«Gracias a Dios», pensó Lilly. Así que ella era la causa de todas las desdichas, que habían acontecido en el rancho…

Miró a Ned y notó, que algo faltaba.

—¿Y tu cadena? —le preguntó, recordando el adorno que había admirado y del que vagamente recordaba haber tirado, antes de que él la golpeara.

Él se echó mano al cuello y la miró, sorprendido. Inmediatamente, se levantó de la silla.

—Será mejor que esté, en mi camioneta —advirtió—, porque como se me haya perdido, me voy a enfadar mucho, y no te voy a gustar nada, enfadado. Suceden cosas malas, cuando me enfado.

Y al verle subir escaleras arriba, Lilly tuvo que contener el llanto. No sabía qué desear: haber conseguido arrancarle la cadena del cuello y que hubiera quedado junto al establo, donde alguien pudiera encontrarla, o que estuviese en la camioneta y no tener que enfrentarse a la ira de Ned, cuando volviera.

Unos minutos más tarde, volvió a aparecer, el rostro rojo de ira. Se acercó a la cama y sin mediar palabra le dio un bofetón tan fuerte, que le dejó un pitido intenso en los oídos y lágrimas, en los ojos.

—La he perdido, por tu culpa. Me la compró mi madre, y la he perdido.

Respiró hondo varias veces, se sentó de nuevo en la silla y le acarició la mejilla, que acababa de golpearle. Lilly sintió que su contacto le repelía, pero aguantó para no volver la cara.

—Siento, haber tenido que pegarte —dijo.

A pesar del dolor, una pequeña esperanza comenzó a abrirse paso en su interior. ¿Habría conseguido arrancársela y dejarla caer al suelo, en el rancho? ¿La encontraría alguien?

Miró a su captor. ¿De qué sería capaz? ¿Habría pensado violarla? La idea de practicar el sexo con él, le revolvió el estómago. ¿Sería capaz, de matarla?

—Dices que encontraste a dos mujeres, parecidas a mí y que intentaste amarlas.

Tenía que averiguar, de qué era capaz aquel loco.

—Sí. Sarah fue la primera. Trabajaba en un banco y vivía en un apartamento cerca del mío, en Dallas. Un día la vi en la calle y por un instante me pareció que eras tú, pero claro, no lo eras. Aun así, pensé que podría funcionar y empecé a seguirla.

—Y ¿qué pasó? —le preguntó, con la esperanza de que no hubiera ocurrido nada y que aquella tal Sarah, siguiera viviendo tranquilamente en Dallas.

—Empezamos a salir y una noche la convencí, de que viniera a mi casa. Intenté explicarle que el destino me la había enviado, como sustituta tuya; pero ella no lo entendió y quiso marcharse. Yo me enfadé…, me enfadé mucho…, pero ella no quiso escucharme. Lo mismo ocurrió, con Loretta. Le dije que era mía, pero no me creyó y me enfadé. Las dos descansan en la tierra, a las afueras de Dallas.

¡Las había asesinado! Dos mujeres, cuyo único delito consistía en parecerse a ella. El corazón se le encogió de dolor…, de dolor y de miedo, ya que si había matado antes, nada le impedía volver a hacerlo.

Matthew estaba frenético. No habían conseguido, encontrar a Lilly. Habían buscado por toda la casa, en la cabaña de Clara…, en todas partes, pero sin resultados.

Y al pensar en todo lo que había ocurrido, durante los últimos días, en la serpiente y los disparos…, el corazón se le encogía con un miedo, que nunca antes había sentido. ¿Habría vuelto a ser atacada y estaría inconsciente en cualquier parte, incapaz de contestar a sus llamadas?

Mientras los demás se reunían en el porche sin saber qué hacer, Matthew acudió al último lugar en el que la había visto: junto al establo.

—¿Dónde estás, Lilly? —murmuró, en voz baja.

Sabía que no podía haberse marchado, tras el enfrentamiento que habían tenido en el despacho. No era propio de ella. Además, no se habría ido del rancho sin despedirse de Clara. Y sus cosas seguían, en su habitación.

Tenía que haberle pasado, algo malo. Lo sentía en los huesos, en el corazón.

Recogió del suelo la manguera, que había utilizado ella. ¿Qué habría hecho después?

Miró a su alrededor. Ojalá la luna brillase un poco más. ¿Dónde diablos podía estar?

Una sensación de peligro inminente le llegó a las entrañas, al mirar a su alrededor. ¿Podría haberla raptado, alguien?

Examinó el suelo de tierra, intentando descubrir alguna huella, pero lo que vio fue algo brillante, tirado entre las hierbas.

Se acercó y lo recogió. Era una cadena de oro con una cruz, en torno a la que se enredaban varias rosas. El corazón se le aceleró.

¿Dónde había visto antes aquella cruz? Uno de los trabajadores del rancho la llevaba, pero ¿quién?

«Piensa, Matthew. ¡Piensa!» Cerró los ojos y pensó, en cada uno de sus trabajadores. ¡Sayville! Aquella cruz era, suya.

Ned. Él fue quien salvó a Lilly, de la serpiente. ¿Habría jugado a ser el héroe, para alejar de sí mismo las sospechas?

Apretó la cruz en el puño y volvió a todo correr, al porche.

—He encontrado algo —dijo.

—¿Qué? —preguntó Mark.

Matthew se lo mostró.

—Es de Ned Sayville —dijo, y entró rápidamente a la casa, con la intención de buscar en su despacho el currículum de Ned. Allí debía figurar, su dirección.

—¿Qué haces? —le preguntó Mark, desde la puerta.

—Buscar la dirección de Ned. Creo que es él, quien tiene a Lilly.

Su hermano frunció el ceño.

—¿Qué te hace pensar, eso?

—No tengo tiempo, de explicártelo.

Encontró el currículum y la dirección: *425, Briarcliff Road*. Conocía la zona.

Recogió las llaves y sacó la pistola, del cajón.

—Voy a buscarla.

—¿Estás seguro, de que Ned se la ha llevado? Puede que la cadena se le cayera ayer; incluso otro día. No es prueba de que tenga algo que ver, con la desaparición de Lilly.

—No puedo estar seguro, tienes razón —admitió—. Pero tengo que ir a su casa y asegurarme.

—Espera —lo llamó su hermano, al verlo salir—. No vas a ir solo. Luke y yo, te acompañaremos.

Matthew no esperó. Tenía la sensación de que el tiempo corría en su contra y a cada momento que pasaba, sentía crecer el peligro.

Al subir a su camioneta, vio que sus hermanos hacían lo mismo, en la de Luke.

Emprendió la marcha, sin hacer caso del límite de velocidad. Tenía que ayudarla. Tenía que salvarla. Salvarla.

Sin ella, jamás se habría enfrentado al sentimiento de culpa que llevaba dentro, desde hacía años. Sin ella, lo más probable era que nunca se hubiera decidido a hablar con sus hermanos, sobre el pasado, y puede que nunca hubiera encontrado la paz necesaria, para que las heridas empezasen a curar.

El amor por Lilly creció, como la espuma. Aunque había intentado convencerse de que, lo que sentía por ella, no tenía nada que ver con el amor, se dio cuenta, de que solo pretendía engañarse.

Estaba enamorado de ella. Seguramente llevaba años, enamorado;

desde que ambos eran, unos adolescentes.

Se creía incapaz de querer a nadie; pensaba que la experiencia con su padre, había acabado con su capacidad de amar. Pero Lilly había alimentado la semilla del amor, que llevaba en el corazón y había conseguido que se diera cuenta, de que seguía siendo capaz de amar. Pensar que podía llegar a no saber nunca, lo que había hecho por él, y que no iba a tener la oportunidad de darle las gracias, era una idea insoportable.

Al llegar a Inferno, Matthew miró por el retrovisor. La camioneta de Luke venía pisándole los talones, y supo que pasara lo que pasase, descubrieran lo que descubriesen, podría contar con sus hermanos, y eso lo reconfortó, un poco.

Aparcó dos casas antes de llegar, al pequeño rancho de Ned. Si Lilly estaba allí, no quería alertarla de su llegada.

Sus hermanos aparcaron frente a él, al otro lado de la calle. Matthew bajó del coche, con el arma en la mano y sus hermanos se acercaron, corriendo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Mark.

—¿Plan?

—Antes de hacer nada, tenemos que echarle un vistazo a la casa —dijo Luke, y como si presintiera la impaciencia de su hermano, puso una mano en su brazo—. No querrás que hagamos algo, por lo que ese tío pueda atacar a Lilly, si es que no lo ha hecho ya.

Matthew sintió, que la desesperación le cercenaba el corazón, pero asintió.

—Parece que la casa, está vacía —dijo Luke, apostados los tres en una esquina del rancho—. El coche, no está.

Matthew señaló un pequeño garaje, separado de la casa y sin ventanas.

—Debe tenerlo ahí. Voy a echar un vistazo, por detrás.

Avanzando rápidamente y en silencio, Matthew llegó a la parte trasera de la casa, inundada de hierbas. Tampoco había luz allí, pero al acercarse un poco más, vio unas ventanas estrechas y pequeñas, que anunciaban la presencia de un sótano.

Se acercó aún un poco más y vio que no solo estaban a oscuras, porque no hubiese luz, sino porque habían sido tapadas. ¿Para qué pondría alguien un papel o una tela negra en las ventanas de un sótano, a menos que pretendiera ocultar algo?

El corazón se le aceleró y tuvo la certeza, de que Lilly estaba allí. Lo que no podía saber era, si estaba sana y salva o no.

Sin hacer ruido, volvió a donde lo esperaban sus hermanos.

—Creo, que la tiene en el sótano.

—Y ¿qué hacemos? —preguntó Mark.

—Yo, voy a entrar —dijo Matthew, apretando la empuñadura del

arma—. Y no pienso llamar educadamente, a la puerta.

Sus hermanos asintieron.

—Entre los tres, conseguiremos abrir la puerta —dijo Luke.

Intentando no hacer ruido, llegaron al porche y Luke, giró el pomo.

—Está cerrada con llave —dijo, y se retiró.

—A la de tres —dijo Matthew—. Una… dos… ¡tres!

Los tres hombres se abalanzaron sobre la puerta, con el hombro y la hicieron ceder.

Matthew entró como una exhalación, vagamente consciente de que sus hermanos lo seguían.

Alguien encendió la luz y Matthew buscó frenéticamente, una puerta que pudiera conducir al sótano. La encontró en la cocina, la abrió y a punto estuvo de caer escaleras abajo, por la precipitación.

Cuando llegó abajo, lo primero que vio fue a Lilly atada a la cama. Un millar de emociones distintas, lo llenaron.

—¡Matthew, detrás de ti! —gritó Lilly.

Matthew se giró a tiempo de ver a Ned, que cargaba contra él como un toro. Su cabeza lo empujó por el estómago y acabó tirándolo, boca arriba. El arma que llevaba se le escapó de la mano y fue a parar, bajo una cómoda.

—¡Es mía! —gritó Ned, estrellando un puñetazo en su mandíbula—. ¡Es mía, y tú, no vas a tenerla!

Y de nuevo su puño aplastó la cara de Matthew, esta vez en la mejilla.

La rabia que Matthew había estado intentando controlar explotó en su interior, transformándolo en un animal salvaje. Vio llegar el siguiente golpe de Ned y lo esquivó.

Con la fuerza de aquella rabia, rodó sobre el suelo y fue él quien quedó sobre Ned.

Mientras peleaban intentando sujetarse el uno al otro, sus hermanos corrían al lado de Lilly. Ned peleaba con una fuerza demencial, pero él le respondía con un ímpetu irrefrenable. La idea de que aquel hombre pudiera haberle hecho daño a Lilly, o que hubiera llegado a ponerle las manos encima, le proporcionaba la furia necesaria.

Con un rugido, consiguió colocarse sobre su atacante y estrellar un puño, en su cara. Le golpeó una y otra vez, y en su interior tuvo consciencia de que no solo lo estaba golpeando a él, sino también a su padre, dando rienda suelta a toda una vida de rabia y dolor, que llevaba dentro.

Durante unos segundos aquella rabia lo cegó, y siguió golpeando y golpeando, hasta que por fin la rabia cedió y pudo ver las heridas, del otro. Si seguía así, lo mataría.

Se quitó de encima de Ned y, agarrándolo por la camisa, lo incorporó.

—Luke, Mark… Sacad este saco de basura, de aquí.

Los hermanos lo arrastraron por los brazos, escaleras arriba y Matthew corrió junto a Lilly.

—¿Estás bien? —le preguntó, cuando lo único que deseaba era abrazarla, apretarla contra su pecho y sentir, el latido de su corazón.

Pero no lo hizo. No podía. La amaba con todo su corazón; con cada fibra de su ser; pero con el recuerdo fresco de lo que la rabia le había conducido a hacer; con la sangre de Ned aún ante los ojos, supo que por intensos que fueran sus sentimientos, nunca podría compartir su vida con Lilly. La quería demasiado, para arriesgarla así.

Capítulo 14

Era la una de la madrugada cuando, Lilly y Matthew, salieron por fin, de la oficina del *sheriff*.

Para ella había sido horrible tener que recordar cada minuto, desde el incendio del establo, hasta que la habían rescatado. Pero lo peor de todo era desear, desesperadamente, sentirse abrazada por Matthew y que él no le ofreciera, sus brazos.

En aquel momento iba sentada junto a él, en su camioneta, de vuelta al rancho.

Le dolían la cara y los brazos, por la tensión constante de estar atada a la cama; pero era el dolor de corazón, lo que la estaba consumiendo.

—Siento lo del establo —dijo, para romper el incómodo silencio.

—No tienes por qué. No ha sido culpa tuya —contestó él. Llegaban ya, frente a la puerta del rancho—. Además, eso siempre puede volver a construirse.

Paró el coche ante la puerta de la casa y tía Clara salió a todo correr, llorando como una magdalena.

—¡Cariño! —exclamó, abriendo de par en par los brazos—. Pobre niña mía…, qué miedo he pasado.

Por primera vez desde que comenzara aquella terrible experiencia, Lilly se echó a llorar. Lloró por el miedo que aún le quedaba dentro del cuerpo y por el alivio de sentirse ya a salvo. Y también lloró porque aquellos brazos, a pesar de ser de un ser muy querido, no eran los que ella deseaba.

—Os dejaré solas —dijo Matthew.

—Espera —dijo Lilly—. Puedes cerrar con llave, si quieres. Me quedo esta noche, en casa de tía Clara.

Sabía que no iba a soportar dormir bajo el mismo techo que él, pero en distinta cama.

—Bien. Nos veremos mañana.

Y entró en la casa, sin tan siquiera mirar atrás.

—Vamos, hija —dijo su tía, pasándole el brazo por los hombros—. Ya estás a salvo, y ahora, tienes que descansar.

Lilly dejó que tía Clara la condujese a su casa; una vez allí, le dio un camisón y preparó el sofá con sábanas y una almohada.

Cuando estuvo ya bajo la ropa, Clara se sentó en la mecedora, a su lado.

—¿Te encuentras bien, cariño? ¿Crees que vas a poder dormir?

Lilly intentó sonreír.

—Sí, estoy bien. Muy cansada, pero bien.

Aunque tenía la sensación, de que el sueño le iba a ser esquivo aquella noche.

Se quedaron un momento en silencio y Lilly tomó inmediatamente,

una decisión.

—Tía Clara, mañana por la mañana me vuelvo a Dallas.

—¿No crees que el *sheriff* necesitará que estés aquí, para que declares contra ese hombre?

Lilly se arrebujó bajo las sábanas.

—Según me ha dicho, antes de que se le juzgue por secuestro, lo más seguro es que se lo lleven a Texas para ser juzgado, por el asesinato de dos mujeres.

—¿Asesinato? —exclamó tía Clara, horrorizada.

Aunque la había llamado desde la oficina del *sheriff,* para hacerle saber que estaba bien, no le había contado los detalles.

—Solo he podido darle al *sheriff,* los nombres propios de esas chicas —añadió, después de referirle la historia—, pero cree que bastará, para que se inicie la investigación en Texas.

—Qué suerte, hemos tenido —suspiró ella—. Menos mal que Matthew encontró la cadena con la cruz, en el suelo y salió disparado, para casa de Ned.

Lilly asintió.

—La fiesta de Halloween, es mañana —continuó—. ¿No te gustaría, quedarte?

—No estoy de humor, para fiestas. Además, tengo que volver a casa. He de hacer, un montón de cosas.

Clara guardó silencio, durante un momento.

—Hija, puede que consigas engañarte a ti misma; pero no, a mí. Sé muy bien, por qué quieres volver a casa: porque estás enamorada de Matthew.

Lilly fue a rebatírselo, pero la tía Clara se lo impidió.

—Habría que estar ciega para no darse cuenta de lo que sentís, el uno por el otro —respondió, meciéndose—. Lo que no entiendo es por qué, si lo quieres, vas a huir.

Lilly sintió, que se le hacía un nudo en la garganta.

—Tienes razón —dijo por fin—. Quiero a Matthew, pero él no me quiere a mí.

—No sé por qué, piensas eso. Jamás he visto a un hombre tan enamorado de una mujer, como él lo está de ti.

Su tía, estaba viendo visiones.

—Matthew no tiene sitio en su vida para nadie, y en cuanto a mí, ya es más que hora, de que recupere mi vida.

La tía Clara se levantó de la mecedora y la besó, en la frente.

—Decidas lo que decidas, sabes que cuentas con mi apoyo, al cien por cien.

Anda, intenta dormir un poco, que todo se verá mejor con la luz del día.

Lilly le dio las buenas noches, a pesar de estar convencida de que

nada se iba a ver mejor, al día siguiente. Hasta que no consiguiera olvidar el amor que sentía por Matthew, hasta que no consiguiera olvidar el sabor dulce de sus besos, la magia de su unión, no habría nada para ella, salvo vacío y oscura soledad.

A la mañana siguiente se despertó, con más ganas aún de marcharse de Inferno, de modo que se duchó y se vistió. Cuando salió del baño, se encontró con que tía Clara se había levantado ya y que el aroma a café recién hecho, inundaba la casa.

Tomaron una taza juntas y después, se despidieron.

—Llámame, en cuanto llegues —le pidió tía Clara, abrazándola con fuerza.

—Te lo prometo —contestó, y tras un último apretón, se separó de la mujer que era como una madre para ella y se dirigió, a la casa principal.

Tardaría una media hora en hacer las maletas, de modo que podría estar en carretera alrededor de las ocho…, de camino a la vida que una vez le pareció tan llena pero que en aquel momento supo, que estaría llena solo de soledad y vacío.

Matthew no estaba en la casa cuando entró, así que subió a su habitación y comenzó a hacer las maletas. Con cada blusa que guardaba, con cada par de pantalones, una esquirla de corazón se le caía a los pies.

Cuando terminó, cerró la maleta y se acercó a la ventana.

Los establos, que antes tanto le gustaba contemplar desde allí, estaban medio achicharrados y ennegrecidos. Como su corazón. Achicharrado por el amor, ennegrecido por la pena. Y seguro que los establos estarían como nuevos, mucho antes que su corazón.

Podría haber sido feliz allí. Estaba segura de que le habría gustado la vida en el rancho, que habría hecho lo que fuera necesario para contribuir a su buena marcha.

Pero, no iba a ser así.

Con un suspiro, bajó la maleta de la cama. Había llegado el momento de decir adiós, al rancho que tanto quería y al hombre que siempre sería el dueño de su corazón.

Estaba ya en el vestíbulo, cuando Matthew entró.

—¿Qué haces? —le preguntó él, al ver su maleta.

Esperaba haber podido marcharse, sin tener que verlo. Habría sido mucho más fácil escabullirse, como un ladrón en la noche, llevándose intactos lo poco que le quedaba de dignidad y de corazón.

—Me vuelvo a casa —dijo, y salió al porche.

—¿Crees que es lo más acertado? —le preguntó él, saliendo tras ella —. Quiero decir, que lo de ayer fue un trauma bastante fuerte, y quizás deberías quedarte un par de días más.

—No es necesario. Estoy bien —contestó, sin mirarlo—. Necesito

volver a mi casa.

Bajó las escaleras y se dirigió al coche.

—¡Espera, Lilly! —la llamó, y tiró de su brazo, para que lo mirase. ¿Por qué demonios tenía que estar tan guapo aquella mañana, tan lleno de energía?

Sintió un cosquilleo en los dedos por el deseo de tocarlo, y los labios le palpitaron de pura necesidad de sentir los de él, pero lo único que hizo fue sujetar con más fuerza la maleta.

—¿Y la fiesta de esta noche? —le preguntó él, con una sonrisa forzada—. ¿De verdad no te gustaría, asistir?

Aunque habría querido devolvérsela, esconder el dolor que le laceraba por dentro, no fue capaz ni de esbozar, algo parecido a una sonrisa.

—Ya es hora de que me vaya. Además, no estoy de humor para fiestas.

Abrió el maletero del coche y metió la maleta.

—Espera, por favor. Tengo que hablar contigo.

Ella se detuvo, ante la puerta del conductor.

—¿Qué quieres? —le preguntó, con impaciencia. Aquellos minutos estaban siendo, una pura agonía.

—Yo… solo quería darte las gracias —contestó, pasándose una mano por la cabeza.

La belleza de sus ojos, la perseguiría durante años. Aquellos iris grises como el humo, estaban llenos de ternura en aquel momento.

—Gracias ¿por qué?

—Por darme la lata, para que mirara en mi interior —confesó, con una sonrisa de medio lado. Dio un paso hacia ella y Lilly, se apoyó en el coche.

—¿De qué estás hablando?

—Anoche, por primera vez en nuestra vida, mis hermanos y yo hablamos de verdad, sobre la experiencia con nuestro padre. Tenías razón. Había mucha ira en mi interior, pero anoche me di cuenta de que no estaba enfadado con nadie, aparte de mí mismo —alzó una mano como si quisiera tocar su pelo, pero no lo hizo—. Algo se rompió dentro de mí, y al romperse dio paso al amor por mi familia y a una paz, que nunca había sentido antes.

—Me alegro por ti, Matthew —contestó, a pesar de la tensión que sentía en el pecho y que amenazaba con salir por los ojos, en forma de lágrimas—. Bueno…, tengo que ponerme en marcha ya.

Y buscó las llaves en el fondo del bolso, peleando por impedir que las lágrimas salieran.

—No habría funcionado, Lilly —dijo él, con suavidad.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Por qué no? —preguntó, sin tan siquiera intención de fingir que

no sabía de qué estaba hablando. Si no la quería, tendría que decírselo en aquel momento.

Él bajó la mirada.

—No funcionaría, porque he elegido vivir mi vida yo solo.

Había un tormento oscuro y profundo en el fondo de su mirada, que Lilly necesitaba comprender.

—¿Por qué? Háblame, Matthew. Quiero entenderte.

Cuando volvió a mirarla, vio brillar en sus ojos algo intenso y resplandeciente, algo que bien podía ser amor. Una tímida esperanza se abrió paso en su interior, pero quedó hecha añicos, por las palabras que oyó.

—No puedo explicártelo. Lo único que puedo decirte es que nunca en mi vida, he pensado en tener mujer o en vivir con alguien.

—Y ahora, dime que no me quieres.

Las lágrimas, le nublaron la visión.

Él se guardó las manos, en los bolsillos.

—Eso no importa. He tomado una decisión, y basta.

Lilly respiró hondo.

—Sí, supongo que tienes razón.

Abrió la puerta del coche, se sentó y metió las llaves, en el contacto.

No le había dicho que las cosas no podían funcionar entre ellos, porque no la quisiera. E incluso, en un momento determinado, había creído ver amor en su mirada, pero… aunque no se equivocara y fuera eso lo que de verdad sentía por ella, no tenía intención de dejarse llevar, por los sentimientos.

Matthew dio un paso atrás y ella, puso el motor en marcha. No iba a volver a mirarlo. No quería saber nada del hombre que había tenido su corazón en las manos, y lo había tirado, a la basura.

El miedo se apoderó de Matthew cuando se dio cuenta de que de verdad se marchaba. Sabía que estaba llorando, había visto sus lágrimas al arrancar, y le dolieron muy adentro, en el mismo lugar en que le dolía el amor, que sentía por ella.

Había querido que le diera una explicación, de por qué no podía dejar que el amor fuera la base de una vida juntos, y al darse cuenta de que iba a salir de su vida para siempre, también se dio cuenta de que se merecía esa explicación, saber por qué había decidido vivir solo.

Sin pensárselo más, metió el brazo por la ventanilla abierta y le quitó las llaves del contacto.

—¿Qué haces? —le preguntó ella, molesta—. Haz el favor, de devolverme las llaves.

Él respiró hondo y al mirarla a los ojos, se le encogió el corazón. Las lágrimas le habían rodado por las mejillas, unas lágrimas de las que él era el único culpable.

—Tengo, que decirte algo. Te debo una explicación —le dijo,

abriendo la puerta del coche.

—No me debes nada —le espetó ella, con impaciencia.

—Por favor, Lilly. Sal del coche y déjame hablar contigo, antes de que te vayas.

Por un momento eterno pensó que iba a negarse, pero al fin bajó del coche, cerró la puerta y se quedó apoyada contra ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, a la defensiva.

Cuánto deseaba abrazarla, acariciar su pelo negro, besar los labios que temblaban con emoción. Pero sabía que haciéndolo, solo conseguiría ponerlo todo más difícil para ambos.

—Le pegaba, Lilly —dijo, sin más.

Ella frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—De mi padre. Pegaba a mi madre —dio un golpe con la puntera de la bota, a una piedrecilla—. Creo, que ninguno de mis hermanos lo recuerda. Eran demasiado pequeños. Pero yo, sí lo recuerdo. Recuerdo su rostro, amoratado e hinchado.

Recuerdo verle, el labio roto y un ojo ennegrecido.

Lilly bajó los brazos y dio un paso hacia él, pero Matthew retrocedió. No quería que lo tocase. Si lo hacía, se vendría abajo.

—No puedo correr ese riesgo, Lilly. Te quiero demasiado, y me temo que me parezco demasiado a él —aquel era su temor más íntimo, un miedo que jamás había reflejado en voz alta, un miedo que solo había examinado en las horas más oscuras de la noche—. Y, si en algún momento llegase a hacerte daño, me moriría.

—Matthew… —lo estaba mirando con esa dulzura, que le hacía desear que las cosas fueran de otra manera—. ¿Se puede saber qué es lo que te hace pensar, que puedes ser como tu padre? —tomó su mano, y el contacto fue pura agonía para él.

Intentó soltarse, pero ella no se lo permitió—. ¿Cuándo fue la última vez que atacaste, a alguien indefenso? ¿Cuándo fue la última vez que permitiste, que tu rabia escapara por completo a tu control y te arrastrara a hacer daño, a alguien?

—Anoche —contestó soltándose por fin, y con el ceño fruncido recordó aquella especie de ceguera que había experimentado, mientras pegaba a Ned Sayville—. Perdí el control y me dejé llevar, que era lo que hacía mi padre.

—¡No! —protestó ella, con vehemencia—. En mi opinión, anoche recuperaste el control incluso demasiado pronto —dijo, rozándose la mejilla que aún le dolía—. Me habría parecido estupendo, que Ned se llevase otra media docena de golpes. Tu ira estaba perfectamente justificada, y no tiene nada que ver con la posibilidad, de que puedas parecerte a tu padre.

Se acercó a él, tanto que pudo sentir su respiración, y puso la mano

en su mejilla.

Matthew peleó contra el deseo de cerrar los ojos y dejar, que aquel calor le llegara.

—Tú no eres como tu padre, Matthew. Yo no podría querer, a un hombre como él, y a ti te quiero tanto, que me duele.

Sus palabras eran puro tormento para él, pero no podía impedir que se marchara.

Lilly se acercó aún más.

—Matthew, lo que tu padre hizo con tu madre y con sus hijos, no tiene nada que ver con el amor, sino con el control y con el odio. Si me quieres, si de verdad me quieres, tienes que creer en ese amor… y en ti mismo, como creo yo.

Sus palabras le envolvieron el corazón, arrancando de él la desesperación y la oscuridad.

—Lilly…

Musitó su nombre, antes de darle un beso que contenía todo su amor, toda la ternura y todo el deseo que le inspiraba. Y en el beso que ella le devolvió, sintió la misma corriente de sentimientos.

Cuando se separaron, Lilly tomó su cara entre las manos.

—Tenías razón respecto a mí, Matthew. He permitido que el abandono de mis padres, me haya mantenido al margen de todo; pero estoy dispuesta a correr el riesgo contigo y con tu amor. Y si permites que me vaya, es porque tu padre sigue controlándote aún, desde la tumba.

—No voy a permitir, que salgas de aquí —susurró con firmeza, y volvió a abrazarla—. Lilly…, estoy cansado de estar solo, y te quiero tanto, que no puedo imaginarme la vida sin ti. Pero he tenido tanto miedo de amar a una mujer y poder llegar a infligirle el mismo daño, que mi padre le hizo a mi madre…

—No tienes por qué temer eso, Matthew —le contestó, con suavidad —.

Conozco tu corazón y tu alma, y tú, simplemente, no eres capaz de algo así.

Matthew cerró los ojos, dejándose consolar por sus palabras.

—Lilly, te quiero tanto…

Cuando volvió a mirarla, tenía otra vez los ojos llenos de lágrimas; pero aquella vez, eran de felicidad.

—Tengo una idea —dijo.

—Y ¿qué idea es esa?

—Que vayamos juntos esta noche, a la fiesta de Halloween. Pero no vestido de lobo solitario. Yo iré de novio y tú de novia. Cásate conmigo, Lilly. Cásate y sé mi esposa, para llenar mis días y mis noches de amor.

—Sí, Matthew… Me casaré contigo.

Y volvieron a besarse con la promesa en los labios, de toda una vida juntos.

—¿Sabes qué pienso? —le preguntó ella, cuando se separaron.

—¿Qué? —preguntó él, secándole las lágrimas con un dedo, mientras se prometía que jamás volvería a hacerla llorar, de tristeza.

—Creo que el destino nos ha unido, para recompensarnos por nuestra niñez.

Creo que la vida que vamos a compartir es un regalo, a cambio del dolor de nuestro pasado.

Matthew la miró a los ojos, con el corazón henchido. Estaba diciendo la verdad.

Ella era su regalo, un tesoro que guardaría durante el resto de su vida.

—Te quiero, Lilly —le dijo, tomándola una vez más en los brazos.

—Entonces, llévame dentro. Llévame, a casa.

—A casa, sí. Contigo en ella, eso es lo que será.

Y al volver a besarla, Matthew se dio cuenta de que ya no era ni un hombre solo ni solitario, sino el más afortunado del mundo.

Epílogo

—Ya es oficial —anunció George Cahill, mirándolos a todos con una sonrisa—. Me satisface anunciaros, que habéis satisfecho los términos del testamento de vuestro padre y que el rancho es ahora propiedad, de los cuatro herederos de la familia Delaney y de sus esposas.

Matthew abrazó a Lilly a su costado, sintiéndose muy orgulloso. Estaban todos reunidos en la estancia, las personas que durante los últimos meses habían llegado a ser, una adorable familia.

Luke estaba sentado junto a Abby, y Jessica y Jason al lado de ellos. Jerrod y Johnna estaban tomados de la mano, un poco más a la izquierda, y Mark pasaba un brazo por la cintura de April, cuyo embarazo era cada vez más prominente, y al otro lado estaba, su hijo Brian. Clara estaba frente a ellos, sonriendo llena de felicidad.

El amor que reinaba entre los miembros de la familia, no era la única cosa positiva que había ocurrido en los últimos meses. También se habían reconstruido los establos, las renovaciones del granero se habían terminado y el rancho estaba teniendo un éxito, sorprendente.

Sin embargo, lo más sorprendente de todo era presenciar los cambios que se habían obrado en Matthew. La ira que siempre había formado parte íntima de su ser, había desaparecido como por encanto, como si no pudiera mantenerse frente a tanta felicidad. Todos y cada uno de los días se despertaba, con Lilly en sus brazos y con una plegaria de gratitud en los labios. Y cada noche se acostaba con la misma mujer y la misma oración, en el fondo de su corazón.

—Lo hemos conseguido —exclamó Johnna, sonriendo.

Y todos se abrazaron.

—Desde luego, no ha sido fácil —dijo Matthew—. Hemos tenido que pelear contra fuerzas externas desde el principio, pero los muros más altos estaban en nuestros recuerdos.

—¿Puedo decir algo? —preguntó April.

—Claro, tesoro —respondió Mark, que se ganó una deslumbrante sonrisa.

—Vas a ser padre —le dijo, tocándose el vientre.

—Eso ya lo sé —contestó, sonriendo a sus hermanos.

—Quiero decir, ahora mismo —aclaró—. No quería estropear el momento, pero tengo contracciones cada tres minutos, más o menos.

Mark cambió la sonrisa por el pánico y miró a Matthew y a Luke.

—Tenemos que irnos.

—Claro que hay que irse —se rio Lilly, y abrazó a April—. Os seguiremos hasta el hospital.

April asintió.

—Y será mejor, que nos demos prisa.

En cuestión de minutos, avanzaban con los coches en caravana. Matthew y Lilly se llevaron a Brian en su coche, porque Mark y April

entrarían directamente a Urgencias.

—Brian —le dijo Lilly al niño, al llegar—, ¿quieres ir un momento con la tía Abby y el tío Luke? Tengo que hablar con Matthew.

Brian asintió y echó a correr.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Matthew, preocupado.

Lilly sonrió.

—Nada. Que una nueva generación de Delaneys, está ya en camino.

—Es maravilloso, ¿verdad? —contestó él, pasándole un brazo por la cintura—. Mi vida es maravillosa, desde que te tengo a ti.

—Me alegro de que te sientas así, porque dentro de siete meses, tendremos que venir otra vez a este hospital.

—¿Qué me estás diciendo?

Ella se echó a reír, y su risa le llegó al corazón.

—Pues que dentro de siete meses, vas a ser padre.

—¡Lilly! ¡Oh, Lilly! —los ojos se le llenaron de lágrimas al mirar a la mujer, que había llenado su corazón y su vida de amor—. ¡Un hijo! ¡Vamos a tener un hijo! — exclamó, y la besó ardorosamente en los labios. —Una nueva generación, Matthew.

Él acarició su mejilla, tan lleno de felicidad, que parecía a punto de estallar.

—Y esta generación va a estar bendecida, porque nacerá del amor.

—¡Matthew! —lo llamó Luke, desde la puerta de Urgencias—. Vamos, que tenemos que estar todos juntos.

Todos juntos. La familia Delaney toda junta, con sus esposas e hijos, y la promesa, de un futuro feliz.

—Matthew —le dijo Lilly, mientras caminaban apresuradamente—. Hoy no les diremos nada del embarazo. Este día es, de Mark y April.

Su consideración, le hizo darle otro beso.

—Te quiero, señora Delaney.

—Y yo te quiero a ti, señor Delaney —respondió ella, con el amor brillándole en los ojos—. Y vas a ser, el mejor padre del mundo.

Él se echó a reír.

—Ay, Lilly, ¿tú crees que se puede ser, todavía más feliz?

—Desde luego. Lo mejor, está todavía por llegar.

Y al entrar en la sala de espera, Matthew apretó su mano consciente de que lo mejor era estar allí en aquel momento, con la impronta de su beso en los labios, la presencia de su hijo en el corazón y el amor de su familia, a su alrededor.